

010

VICENTE

MORALES

HISTORIA

DE

UN JUGADOR

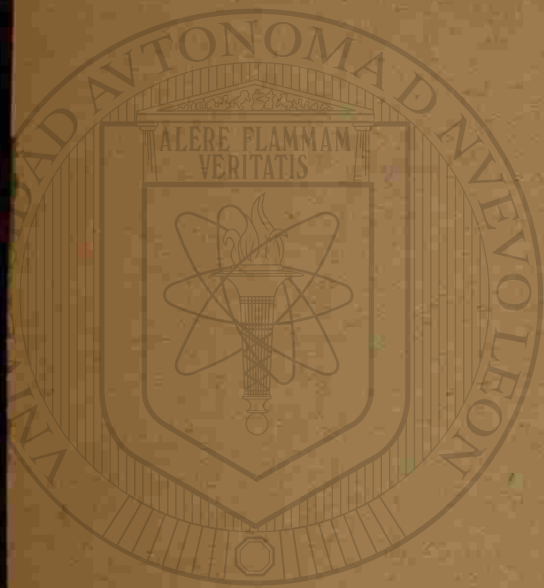
PQ7297

M6

G4



1020028292



GERARDO

(HISTORIA DE UN JUGADOR.)

NOVELA ORIGINAL

POR

VICENTE MORALES



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. ALFONSO REYES
85022

ALFONSO REYES
Año. 1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN

MEXICO.—1874.

Imprenta de I. Cumpido, calle de los Rebeldes num. 2.

33565

853

No GERARDO

PQ7297

M. 6



FONDO RICARDO CARRUBIAS

33263

Núm. Clas. N 2829
 Núm. Add. 3386
 Núm. Add. 8
 Procedencia 84
 Precio 84
 Fecha 84
 Estado 84
 Catalogo 84

Escuela de Medicina, Noviembre 12 de 1873.

Sr. D. Vicente Morales.

Querido amigo y compañero:

Acabo de dar lectura en este instante á la última página de su preciosa novela *El Jugador*, y al devolvérsela no puedo menos que enviarle mi felicitacion mas completa y mi mas cordial enhorabuena.

Le habia hecho á usted la formal promesa de escribir un prólogo para ella, y estaba resuelto á cumplir mi ofrecimiento una vez terminada la lectura; pero la verdad es que yo no sabia agregar nada á todo lo que usted ha acumulado en su obra contra ese vicio degradante y necio que se llama el juego. Degradante porque con la última moneda que se pierde, se pierde la vergüenza, y necio, porque se le quiere hacer la representacion de una esperanza equívoca.

Usted no tiene la culpa de que el asunto de su novela no se pueda llamar nuevo.

En último resultado, yo mas bien consideraria esa circunstancia como un mérito, porque siempre es un mérito en el novelista que desde la Biblia se viene llamando apóstol, tener bastante honradez y conciencia suficiente para llamar á las cosas por sus verdaderos nombres; para desenmascarar á la religion y hacer conocer el fanatismo; para abofetear á la filantropía sobre las mejillas de la usura; para detener á Don Juan Tenorio en el camino de los cielos y conducirlo á la Diputacion, y para borrar del diccionario de los salones la palabra *pasatiempo* y sustituirla sencilla y llanamente con la verdadera: juego.

La sociedad debe darle á usted las gracias.

Su frente ha renunciado á una corona, pero en cambio se puede ceñir otra. Usted, que ha dado pruebas de la fecundidad de su imaginacion y de la abundancia de recursos de su ingenio, podia muy bien haber tocado alguna de las muchas cuestiones sociales que preocupan actualmente á los filósofos y los meralitas; con sus profundos conocimientos de la humanidad y el laborioso estudio que usted ha hecho de sus vicios y de sus virtudes, podia haber emprendido en su elegante estilo, la solucion de alguno de esas difficilísimos problemas; pero usted ha abandonado esa tarea para emprender otra mas ardua: usted ha visto á la sociedad muriéndose bajo la influencia de todas las enfermedades de nuestra época; bajo la influencia del lujo saliendo de la casa de Baulot para llevar la miseria á las familias; de la prostitucion penetrando con un pedazo de pan hasta la pocilga de la huérfana; de las preocupaciones, que son y que serán nuestro *atavismo* por quién sabe cuántos años; usted ha visto todas esas manifestaciones del cáncer que la sociedad lleva en su seno, ha tocado cada una de las inmundas llagas que la afli-

jen, y en lugar de detenerse en ellas y de instituir un tratamiento para cada uno de esos males, ha querido profundizar hasta su primera causa, y una vez encontrada como era de esperarse de su rectitud y su talento, á ella le ha dirigido y lanzado todos sus ataques.

Nuestra sociedad no quiere convencerse de que lo único que puede rehabilitar nuestros corazones y nuestras conciencias, se halla en el trabajo. Confunde la llama del amor con la de los deseos; se habilita de un libro mayor y otro de caja, para escribir las divinas estrofas del epitalamio; deja en pié á la gran muger que espera al Viérnes Santo para prostituirse (porque nadie querrá creerlo), para hundir en la desgracia á la infeliz que se atreve á tener hambre en cualquier dia; busca á Dios allí donde ella la primera sabe muy bien que no se encuentra, y despues de haber cometido todos estos disparates, aun cree tener corazon porque en *un caso ofrecido* puede *disponer* de algunas lágrimas, y aun cree tener conciencia por no haber agregado ni un centavo mas en la cuenta contra el jugador que no supo *ver la puerta* ni ser suficientemente honrado para apostar á *aquella sota*.

La sociedad no quiere comprender que para la satisfacion de su *auris sacra fames* hay otros caminos que el de la bolsa y el de la roleta y otras puertas que la de la usura y de la lotería.

La sociedad no ve mas que el exterior de aquel desconocido que sale *quien sabe de qué lugar* donde hay mucho humo y mucho fuego, cubierto con un traje que absolutamente no se parece á los fabricados por Salin ó por Bergé, y se burla de aquel corazon que sabe sentir sin embargo lo bastante para merecer el beso con que su esposa lo recibe, y se burla de aquella inteligencia que sabe raciocinar sin embargo lo bas-

tante para comprender que ántes que el camino de tal Tivoli, debe enseñarle á su hijo por dónde se entra á tal escuela.

Hay en los lábios de esa sociedad que ha hecho viciosas hasta sus virtudes, un monton de pequeños dientes blancos que destilan amargura ó ironías para cada uno de esos sublimes desgraciados que tal vez porque no han leído el Génesis, aceptan el trabajo mas bien como una bendicion que como un castigo de la Providencia; pero la verdad es que hacen mal todas esas hermosas damas y esos elegantes caballeros en quejarse de no poder dormir tan tranquila y dulcemente como sus servidores que sin embargo se divierten ménos.

Yo no sé ni quiero investigar si el siglo XIX tiene derecho á esperar la fraternidad universal, pero sí estoy seguro de que este cristiano y amoroso pensamiento solo llegará á realizarse cuando el hombre se convenza de que ha venido á la tierra con otra mision que la de estar soñando en una eternidad dudosa y de que bien se puede (en la suposicion del alma), esperar los momentos de esa eternidad, siendo útil á sí mismo y á sus semejantes.

Esta cuestion que está resuelta ya teóricamente, á nosotros nos toca realizarla poniendo de relieve la estupidez de aquel aldeano que creyéndose de paso en una gran ciudad, no quiso aceptar el trabajo que se le ofrecia y acabó por morir de hambre. Es preciso que nosotros les mostremos á esos viajeros otros lugares de pasatiempo y de descanso que los que ellos han escojido en su extravío; que los apartemos de los garitos y de las tabernas, para llevarlos al teatro y á las bibliotecas; que les enseñemos primero nuestras fábricas y nuestros hogares, y despues si ellos lo quieren llevarlos á nuestros templos y nuestras sacristías.

Ellos acabarán tarde ó temprano por agradecerónoslo.

Usted ha comenzado ya y debe continuar en esa vía, en la que yo que no puedo acompañarle de otro modo, le seguiré desde lejos con mi felicitacion y mis aplausos.

En nombre de la juventud, yo le aseguro á usted que no serán los únicos los aplausos míos.

MANUEL ACUÑA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.

INTRODUCCION.

El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.

LA LLEGADA.

El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.
El no saber arrojó un rayo de luz sobre el mundo.

DOS INCOGNITOS.

A las cuatro de la tarde de un día frío y lluvioso del mes de Diciembre del año de 18....., un coche de camino cambiaba de tiro en el pueblo de Ayotla, y continuaba su marcha lo mas rápidamente que les era posible á los cuatro caballos flacos que tiraban del vehículo.

En el interior del carruaje, venia un hombre como de unos setenta años de edad, que lanzaba á cada momento gemidos ahogados. A su lado, una muger como de cuarenta años, envuelta en un manton de lana, le contemplaba con tristeza y le dirigia palabras consoladoras.

—Parece que vamos en el *arenal*, dijo la señora.

—¡Ay! repuso el viejo, y yo que desearia estar en la garita de *San Lázaro*.

Reinó un momento de silencio.

—¡Ah! Camila, Camila, dijo el anciano, dichosa tú, que no tienes hijos; qué bien hiciste en no casarte.

—Pedro, tú exageras la situación.....

—¿Qué dices!

—Sí, porque espero que Gerardo no esté tan grave..... que.....

—Calla, hermana, calla: ¿crees por ventura que es su muerte la que me aflige?

—Yo creía.....

—No, Camila: su vida de crímenes es lo que ha envenenado los últimos días de mi vejez..... ¿Por qué no se murió Gerardo al nacer? ¿cuántos males hubiera evitado!..... Los años mas floridos de mi vida empleados en educarlo bajo los principios mas sólidos de religion y de moral, para.....

El anciano no pudo concluir, y se puso á llorar.

Es doloroso ver correr las lágrimas, cuando son vertidas por un sér atribulado..... Son el recurso de las mugeres y de los niños, pero cuando las vierte un hombre, y un hombre cuya cabeza está cubierta por la nieve de los años, entonces, esas lágrimas son sagradas y no se pueden ver sin conmoverse.

—Hermano, dijo la señora, tú que has sido tan bueno, acepta las faltas de tu hijo como tu corona de martirio.

—Sí, Camila, tienes razon: las acepto en nombre de Jesu cristo, pero no he podido contener el llanto..... Hacia tanto tiempo que no lloraba, hermana!

Y el anciano D. Pedro, limpió con el dorso de su mano de recha sus ojos húmedos aún.

—Yo me alegro de que no viva su madre, dijo Camila.

—Tienes razon: ¡qué pasar hubiera sido para ella! Por esta causa no tiene disculpa este malvado..... una madre como la que tuvo, á quien siempre miró practicar la virtud... Un padre, siento decirlo, pero creo que he sido bueno para con él, y no le he dado mal ejemplo.

—Constantemente bueno, hermano.

—¿Quién pensara, Dios mio, que este habia de ser el fin!

—Es verdad, no puede ser mas espantoso.

—¡Horrible!

—¡Inaudito!

—No hay en el mundo, una muerte como la suya..... Quiera el cielo concederle un arrepentimiento sincero!

—Se lo concederá, Pedro, no lo dudes, no tanto por él sino por sus padres.

Hubo una pausa muy prolongada.

El coche seguia caminando con alguna mas rapidez, pues habia salido del *arenal*.

—¿Qué dices, Camila, nos presentamos en la casa sin previo aviso? preguntó don Pedro á su hermana, al cabo de un largo rato.

—Sí, Pedro, no hay tiempo que perder.

—Dices bien; pero su estado.. ..

—A pesar de él.

—Tienes razon, dijo el anciano reflexionando.

Comenzaba á anochecer.

Los dos hermanos no volvieron á hablarse una palabra: la oscuridad de la noche, en medio de un camino solitario, y los tétricos pensamientos de que ambos estaban poseidos, los habia hecho enmudecer.

Daban el *toque de ánimas* en las iglesias de la capital, cuando el carruaje llegó á la garita.

Después de vencer con dinero, las dificultades que los guardas oponían para franquear el paso al carruaje, este comenzó á rodar lentamente por el empedrado húmedo y frío de las calles de México.

Después de un cuarto de hora de marcha, el carruaje llegó á la calle de *Revilagigedo*, y se detuvo en el número 22. Seguramente eran esperados allí los viajeros, pues pasados diez minutos, sin que nadie hubiese llamado á una gran puerta, esta se abrió del todo, y el coche entró en un patio cuadrangular, alumbrado por lámparas de aceite, brillantes y lujosas.

Un mozo abrió la portezuela diciendo:

—¡Mi señor amo don Pedro, en qué situación nos volvemos á ver!

El anciano bajó del coche y contestó al mozo:

—Mi viejo Nicolás; qué quieres, hijo mío, es una prueba que el cielo me envía. Y agregó: ¿cómo sigue el enfermo?

—Mal, señor, muy mal.

—¿Está solo?

—No señor.

—¿Quién está con él?

—Ellos!

El anciano exhaló un gemido; dió la mano á su hermana para que bajara del coche, y tomados del brazo, y precedidos de Nicolás, subieron la escalera con cierta lentitud.

PRIMERA PARTE

GERARDO.

UN NOVIQ OFICIAL

A mediados del mes de Abril del año de 18... es decir, veinticinco años antes de la llegada de don Pedro y de Camila su hermana á México, la sala de la casa de don Nemesio Pastrana, situada en la calle de la *Concepcion*, presentaba un aspecto inusitado.

Don Nemesio era un hombre de unos cincuenta años, que habia visto deslizarse los mejores de su juventud, en el *Ministerio de Guerra y Marina*, aunque de marina jamás habia tenido que *despachar* negocio alguno.

El señor Pastrana era jefe de una *mesa*, que no *despachaba*, pero su excelencia el ministro le tenia particular cariño, por treinta años de buenos servicios, y por su prácti-

Daban el *toque de ánimas* en las iglesias de la capital, cuando el carruaje llegó á la garita.

Después de vencer con dinero, las dificultades que los guardas oponían para franquear el paso al carruaje, este comenzó á rodar lentamente por el empedrado húmedo y frío de las calles de México.

Después de un cuarto de hora de marcha, el carruaje llegó á la calle de *Revilagigedo*, y se detuvo en el número 22. Seguramente eran esperados allí los viajeros, pues pasados diez minutos, sin que nadie hubiese llamado á una gran puerta, esta se abrió del todo, y el coche entró en un patio cuadrangular, alumbrado por lámparas de aceite, brillantes y lujosas.

Un mozo abrió la portezuela diciendo:

— ¡Mi señor amo don Pedro, en qué situación nos volvemos á ver!

El anciano bajó del coche y contestó al mozo:

— Mi viejo Nicolás; qué quieres, hijo mío, es una prueba que el cielo me envía. Y agregó: ¿cómo sigue el enfermo?

— Mal, señor, muy mal.

— ¿Está solo?

— No señor.

— ¿Quién está con él?

— Ellos!

El anciano exhaló un gemido; dió la mano á su hermana para que bajara del coche, y tomados del brazo, y precedidos de Nicolás, subieron la escalera con cierta lentitud.

PRIMERA PARTE

GERARDO.

UN NOVIQ OFICIAL

A mediados del mes de Abril del año de 18... es decir, veinticinco años antes de la llegada de don Pedro y de Camila su hermana á México, la sala de la casa de don Nemesio Pastrana, situada en la calle de la *Concepcion*, presentaba un aspecto inusitado.

Don Nemesio era un hombre de unos cincuenta años, que habia visto deslizarse los mejores de su juventud, en el *Ministerio de Guerra y Marina*, aunque de marina jamás habia tenido que *despachar* negocio alguno.

El señor Pastrana era jefe de una *mesa*, que no *despachaba*, pero su excelencia el ministro le tenia particular cariño, por treinta años de buenos servicios, y por su prácti-

ca indisputable en ciertos negocios. Mas de una vez, su excelencia habia pensado jubilar al señor don Nemesio, pero comprendiendo que la jubilacion seria para su amigo, peor aún que una borrasca en las Antillas, dejólo en el ministerio, disfrutando de ciertas prerogativas.

Don Nemesio, pues, cuando su excelencia pedía la firma despues de las cinco de la tarde, ya se habia marchado á su casa.

En su casa era á donde el señor don Nemesio se creía en un Eden, y á fé que habia razon para ello. Figuras, lectores, que allí tenía el señor Pastrana dos ángeles; porque Constanza, su hija mayor, contaba diez y nueve años: no era un tipo de belleza, pero tenia un rostro agraciado, unos ojos que expresaban sin intencion, la languidez y el amor, unas manos y piés, pequeños y bien formados.

En cuanto á Julia, su hermana menor, diremos: que era bellísima, aérea y espiritual. Era el reverso de Constanza, tanto en figura como en carácter.

Julia era blanca como su hermana, pero de pelo rubio y ojos azules. Julia era alegre, frívola, charlatana; Constanza sombría, seria y de pocas palabras.

Ambas hermanas, eran sencillas, virtuosas y de un corazón sensible.

Creemos con esto haber dado á nuestros lectores una idea de la familia del señor Pastrana, y por lo tanto vamos á referirles lo que esa noche pasaba.

La sala, como antes dijimos, presentaba un aspecto inusitado, pues los á muebles, que eran de caoba con asientos de cerda, se les habia quitado esa noche las cubiertas de indiana y estaban relucientes, gracias á un poco de aceite con que las jóvenes los habian limpiado: sobre la mesa redonda, ha-

bia dos candeleros de cristal verde, conteniendo velas de esperma. En la consola, sobre la que descansaba un espejo de cortas dimensiones, habia otros dos candeleros con sus respectivas luces.

Don Nemesio, sentado en el sofá, veía todos aquellos preparativos con miradas hoscas.

—¡Constanza! gritó Julia, pon las escupideras en su lugar, y traeme el brasero con lumbré.

Constanza ejecutó lo que Julia le habia ordenado. Julia perfumó la pieza con alhucenta y liquidámbur.

Don Nemesio comenzó á toser, pero no dijo una palabra.

Luego que Julia, que parecia llevar la batuta, hubo terminado en sus faenas, se paró junto á la mesa redonda, dirigió una mirada escrutadora á la sala, y sonrió satisfecha, como lo hubiera hecho un general, despues de ver bien colocados á sus soldados, próximos para un ataque. Julia era una muchacha viva, esa noche se iba á batir y queria derrotar por completo al enemigo.

—Vaya, dijo don Nemesio, con una especie de enfado, todo está listo, solo falta el mequetrefe.

—Qué mequetrefe ni que nada, contestó Julia con violencia; ¡por Dios, papá! á todo le pone usted *peros*.....

—¡Hum! hizo don Nemesio, por no disgustar á sus hijas de quienes era esclavo.

Julia cantando, se acercó al espejo para contemplarse: la criatura estaba bella. Un vestido trasparente, ceñido á la esbelta cintura, dibujaba sus delicadas formas. Su peinado era sencillo pero elegante.

El reloj del convento de la Concepcion, marcó sonoramente las diez. Julia se estremeció y miró á Constanza:

esta se sonrió, haciéndole una seña de inteligencia á su hermana.

Al espirar la última campanada, la criada entró á avisar que un *señor* preguntaba por el *amo*.

—Que pase al instante, contestó Julia; y fué á sentarse al sofá.

Momentos despues, se presentaba en la sala un jóven alto, de color apisonado, de ojos pardos muy vivos, pelo castaño, boca pequeña y el rostro sombreado con ese aire melancólico que imprime en la fisonomía de los jóvenes la barba naiente.

Don Nemesio se habia puesto en pié. El jóven, al llegar á cierta distancia, se inclinó profundamente ante el señor Pastrana, sin proferir una palabra.

Julia exclamó al punto:

—Papá, tengo el gusto de presentarle á usted al señor don Gerardo Urrutia, persona de quien hablé á usted ya.

—Caballero, soy su servidor; tome usted asiento.

Despues de las fórmulas de estilo, se sentaron.

—¿Que le parece á usted nuestro barrio, Urrutia?

—Es bueno, Julia.

—Usted qué ha de decir.

—Positivamente.....

—Nosotras estamos contentas, porque mamá vivió por este rumbo mucho tiempo, dijo Constanza.

—Ademas, agregó don Nemesio, la casa es cómoda para nosotros, y la renta es moderada: yo soy pobre y debo arreglarme á mi sueldo por.....

—Papá es muy económico, repuso Julia, temiendo que el autor de sus dias con su acostumbrada franqueza militar, fuese á decir algo inconveniente.

Hubo una pausa: Gerardo miraba á hurtadillas á Julia;

esta correspondia á sus miradas, y su rostro irradiaba de satisfaccion.

—Ayer pasó usted á caballo por aquí, dijo Julia, pero tan aprisa, que apénas lo reconocí, cuando habia usted desaparecido.

—Sí, Julia, un negocio urgente me obligó á fatigar á mi *retinto*.....

—¿Está usted empleado en algo? preguntó don Nemesio.

—¡Ah, qué papá! dijeron las jóvenes.

—No señor, contestó Gerardo sonriendo, vivo de lo que papá me manda y me ocupo de algunos negocios de la familia, por pura distraccion: lo mas de mi tiempo lo empleo en pasearme.

—Hum! hizo don Nemesio.

—¿Le parece á usted malo, señor?

—No es del todo bueno, jóven, el que usted no tenga en que distraerse, digo en que ocuparse, así, seriamente: por que..... en fin, esta es mi opinion.

—Muy respetable, señor; y prometo á usted seguir su consejo.

—Hará usted bien.

Reinó de nuevo un momento de silencio. Las muchachas estaban mortificadas. Gerardo no estaba muy á su gusto.

—¿Fué usted á la feria de Talpam, Urrutia? dijo al fin Julia.

—¡Sí, señorita! tratándose de diversiones voy á todas partes.

—¿Qué tal estuvo?

—Muy amena.

—¿Bailó usted?

—Algo..... por compromiso. Soy poco bailar. ¿A usted le agrada el baile?

—Es mi mayor placer.

—¿Y á usted, señorita?

—Poco, contestó Constanza.

Gerardo miró su reloj. Un magnífico reloj de *Tobias*, con su cifra en la tapa, formada de brillantes.

—Tan pronto..... dijo Julia á Gerardo.

—Otra vez seré menos breve, contestó el jóven. Voy á escribirle á papá de un negocio importante. Y recalcó la palabra *negocio*, mirando con amor á Julia.

La jóven bajó los ojos ruborizándose.

—Señor, dijo Gerardo, poniéndose en pié. Al tener la honra de pisar su casa, la señorita su hija habrá impuesto á usted de mi pretension, segun se lo indiqué en mi carta: creo que usted no la rechazará, puesto que es honesta y caballerosa.

—Jóven, contestó don Nemesio, la conducta de usted, es en efecto leal y decente: hasta ahora, no tengo otra tacha que ponerle que sus pocos años, veremos despues..... Soy su servidor, y esta es su casa.

Gerardo estrechó la mano de don Nemesio, se inclinó profundamente ante las jóvenes, y salió de la sala acompañado de la familia, que le alumbró hasta la escalera.

Las muchachas corrieron al balcon. Gerardo montó en su carruaje, y este se alejó de la casa al trote de su magnífico tiro de frisiones.

Cuando el coche desapareció de la vista de las muchachas, cerraron el balcon y se dirigieron á donde estaba el señor don Nemesio.

—¿Que tal, señor papacito, es un *mequetrefe* el novio?

—Nó, pero no me inspira confianza.

—¡Jesus, papá! es usted incapaz.

—Tonta, dijo don Nemesio, mirando á su hija con profunda ternura: ¿crees que yo no desee tu felicidad?

—Sí, papá, contestó Julia conmovida.

—Pues bien, hija mia, no te alucines: ese jóven es rico; la mayor parte de los ricos son libertinos. Esto es consiguiente: el ocio y el dinero, son los agentes del libertinaje. Me llamaron la atencion varias cosas que he estado reflexionando y de las cuales te diré la primera: él, como he dicho antes, es rico y los ricos se casan entre sí. No creo que venga á ofrecerte su corazon y su mano de buena voluntad; tú eres pobre y no debes de ser su ideal; ademas yo tomaré informes.....

—En cuanto á eso, no, dijo Constanza, Julia es bonita, y no sería el primer rico que se casara con una jóven sin patrimonio.

—Ya veremos mas tarde, dijo don Nemesio; y mientras sus hijas entraban al comedor á cenar, él se dirigia á su recámara.

—Papá vé visiones, dijo Julia: ¿no es verdad, Constanza?

—Yo creo que Gerardo te ama, repuso su hermana.

—¡Qué elegante es! ¿verdad?

—Y simpático.

—Qué pulcro en su conversacion!

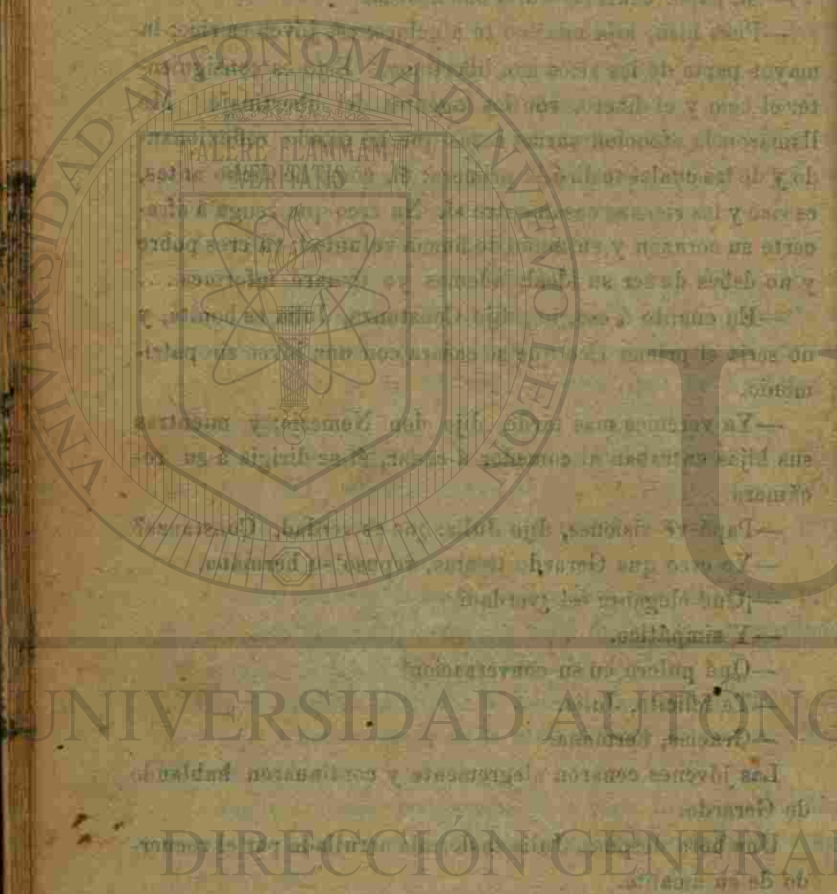
—Te felicito, Julia.

—Gracias, hermana.

Las jóvenes cenaron alegremente y continuaron hablando de Gerardo.

Una hora despues, Julia se dormia arrullada por el recuerdo de su amante.

Constanza, soñaba cosas extrañas.....



La puerta se abrió tembando de las el cuerpo...
— ¿Qué hora es? —
— ¿Qué hora es? —
— ¿Qué hora es? —

LA CASA MISTERIOSA.

— ¿Qué hora es? —
— ¿Qué hora es? —
— ¿Qué hora es? —

A la mitad de la calle de las *Moras*, habia en otro tiempo un miserable *café*, al que solo concurrían cierta clase de parroquianos de las once de la noche en adelante.

Lo extraño era que ninguno de ellos permanecía en la primera pieza, ni hacían que se les sirviese nada: se acercaban á un mozo que les salía al encuentro, y después de hablarle algo, entraban en las piezas interiores.

La noche habia llegado: las once sonaron en algunos relojes de las iglesias vecinas, cuando un embozado que venia par la calle de los *Sepulcros de Santo Domingo* dió vuelta por la calle de las *Moras* y entró en el *café*. Se le acercó un mozo: el embozado sacó de debajo de la capa una ficha de marfil encarnada con un *as de bastos* en el centro. El mozo le dejó franco el paso.

El incógnito entró por un pasillo estrecho y largo; oscuro completamente. Al fin de él habia una puerta: el visitante llamó de una manera particular.



La puerta se abrió inundando de luz el oscuro pasillo. El embozado había entrado, y la puerta volvió á cerrarse.

La pieza á donde el desconocido había entrado era bastante espaciosa: en el centro estaba una mesa rectangular, cubierta con un tapete verde.

Del techo pendían grandes lámparas de aceite con reverberos de hoja de lata, que hacían bajar la luz con toda su intensidad sobre la mesa, permaneciendo el techo á oscuras. Fijados en la pared, por medio de clavos, había otros quinés.

Muchas sillas de madera blanca y tosca estaban diseminadas por el aposento.

Sobre la mesa había una cantidad considerable de monedas de oro y plata colocadas simétricamente.

Una reunión de hombres, como de cuarenta ó cincuenta, se hallaba sentada junto á la mesa, y otros en pié, porque no había lugar para ellos.

Al entrar el embozado, volvieron algunos la cara, y uno de ellos exclamó:

—Por aquí, señor don Gerardo Urrutía, por aquí hay un asiento.

—Gracias, don Modesto, contestó Gerardo y ocupó su lugar.

Algunos de los jugadores lo saludaron con agrado.

Reinó un momento de silencio: el tallador barajaba.....

Dió á alzar, y dijo echando el albur:

—As, sota; oro, copa.

Oyóse el ruido de la plata y el oro, y palabras como estas:—«Me hace usted favor de ponerme ese peso en su parada..... Esto, á la sota, caballero, usted que alcanza.....

Diez onzas á la sota, sin viejas..... Cuatro onzas al as, sin

espadas..... Esto fuera de puerta, dijo un viejo de nariz granugienta, dándole á Gerardo cuatro pesos.

Gerardo había puesto veinte onzas al as.

—Corre, dijo el montero.

Todos callaron, el aleteo de una mosca se hubiera percibido en ese momento con toda claridad.

Los ojos estaban fijos en las manos del tallador que corría la baraja.

Algunos jóvenes elegantes, como Gerardo, manifestaban una indiferencia estóica, que no sentían.

¡Que odiosa es la cara de un jugador en este momento de angustia suprema para ellos! El demonio de la ambición bate sus alas por encima de sus cabezas.

Ningun gobierno de orden debe consentir jamás á esa lepra inmunda.

¡Gobernantes! perseguid el juego como el virus social, mas dañoso á la humanidad.....

—El as viejo, dijo el tallador presentando el as de copas á las diez cartas.

Entonces se escuchó un murmullo sordo: el ruido del oro y de la plata que recogían por un lado y que pagaban por otro los empleados de la partida secreta, se confundía con algunas conversaciones.

Los que habían apostado al as, estaban contentos, los que fueron á la sota, renegaban unos, y otros disimulaban su cólera diciendo: «Me gustaba mucho esa sota: ¡caramba! hubiera jurado que venía, pero siempre los oros me son fatales.

Las conversaciones quedaron interrumpidas al oír al montero que decía:

—Seis, cuatro; espada, basto.

GERARDO.

Se volvió á oír el mismo ruido, y se escucharon palabras como las que se dijeron al *echar* el primer albur.

Gerardo había apostado al seis cuarenta onzas.

—El seis á la segunda, *viejo*, dijo el montero.

—*Banco y baraja*, dijo un jóven imberbe, que jugaba con el oro y que estaba pálido de ira.

—Sí, sí, dijeron varias voces, esa baraja está ya *caliente*.

—Ah que usted, don Pedro! dijo un jugador á otro con ira mal reprimida, ha echado la *vaca* por un voladero. Está usted mirando que se está haciendo la *grande*, que don Gerardo está jugando á la *dobla*, y usted.....

—Dos y rey, oros; dijo el nuevo tallador.

—*Baraja fria, á la judía*, dijo el don Pedro á quien había reclamado su compañero.

—*Dos de un color, á la mayor*, dijo otra voz.

—Nada de *judías* ni *contra-judías*, decía el compañero de don Pedro, siga usted á don Gerardo que es hombre de fortuna.

Gerardo había puesto al dos ochenta onzas.

—Corre, dijo la voz del montero.

El silencio, la avidez y la angustia duraron un instante porque la misma voz dijo:

—El dos de espadas á la puerta.

Don Pedro había ido al rey..... Su compañero prorumpió en un juramento.

—Estás afortunado esta noche, Gerardo, exclamó un jóven.

—Como siempre, dijo otro.

—Va usted á *desmontar*, dijo don Pedro mirando á Gerardo de la manera mas amable que se puede ver, y lanzándole una sonrisa de esas que convierten en amigo del que las lanza, á aquel á quien son dirigidas.

—No, señor, contestó Gerardo, solo me propongo ahora ganar una cantidad que necesito para mañana.

—Caballo y sota, espadas, dijo el montero.

—Otra vez, dos de un *color*, dijo una voz al oído de don Pedro; vaya usted con el señor Urrutia.

—No, dijo este, lo que es ahora, pierde don Gerardo porque fué á la sota.

—No, no pierde, vaya usted á la sota.

—Corre, dijo la voz. Cayendo á bastos la *vieja*, agregó.

Gerardo había apostado ciento sesenta onzas á la sota.

—La sota *moza*, á las ocho cartas.

Escuchóse entónces un murmullo de admiracion, Gerardo había ganado cuatro albures seguidos.

—Me voy, dijo el jóven, guardándose en sus anchos bolsillos trescientas veinte onzas. Adios, señores.....

Todos le saludaron, y muchos lo siguieron con una larga mirada.

Aquella mirada iba henchida de ambicion, de celos, de envidia, de furor.....

Don Pedro, que había perdido todo, se acercó á Gerardo y le pidió prestado; el jóven le regaló diez onzas.

No he visto gente mas pródiga que los jugadores cuando ganan. Ya se vé, lo que poco cuesta.....

—Es un mal caballero Gerardo, dijo un jóven á otro jugador, yo nunca me retiro ganando sino hasta que se levanta la partida.

¡Qué sarcasmol ¡qué ironía!

Llaman los jugadores *poco caballeroso* que se levante un punto cuando gana, debe permanecer hasta que lo *desplumen*.

Lo *nada caballeroso*, lo inmoral, lo reprobable, es fre-

cuentar esos geritos inmundos, por otro nombre *partidas*, á donde el hombre de honor se envilece y se degrada. El jugador es peor aún que el bandido que sale al camino: trataré de probarlo. El segundo ha perdido todo sentimiento de honor, de vergüenza y de educacion: el primero nó vive en medio de una sociedad á quien roba por medio de la seducción y deslumbrándola con una ganancia efímera.

Sus potencias se embotan permaneciendo dias y noches enteras al lado de la mesa del juego. Si ganan, beben por placer, si pierden, para ahogar su insaciable sed de oro en el vino. Se olvidan los afectos mas caros y *santos* por el amor al juego; cuando se pierde, se roba para jugar..... ¡Y pensar que muchas veces, esta clase de hombres ha estado bajo la égida de la ley!

Muchos é ilustrados escritores, han hablado en contra del juego; mi débil voz nada vale, soy un pigmeo, mas no importa, coloco mi grano de arena al lado de sus grandes obras, para lanzarles al rostro á los adeptos de *Birjan*, un anatema, un reproche mas.

Yo me complazco al ver que en la actualidad, un gobierno moral, persigue el juego.....

Sigamos á Gerardo.

Al salir de la partida secreta, se dirigió á la plazuela de «Santo Domingo;» allí le esperaba su carruaje. Montó en él y el coche partió al trote de sus impacientes caballos.

En el momento en que el carruaje penetraba en la casa número ** de la calle de «Revillagigedo,» daba la una de la mañana el reloj de san Diego.

El jóven se apeó y subió la ancha escalera de su lujosa habitacion, precipitadamente.

En el corredor le esperaba uno de sus criados: era su camarista.

Gerardo entró en la antesala, despues en la sala, y por último en su recámara.

La recámara del señor Urrutia era sumamente lujosa y *comfortable*.

La alfombra, los muebles, el lecho y las colgaduras, eran objetos sumamente valiosos y del mejor gusto: el *leon* mas exigente, nada hubiera tenido que desear allí, ni que reprochar.

Gerardo sacó de sus bolsillos todo el oro que habia ganado, y lo fué apilando encima de su mesa de noche. El camarista alumbraba á su amo contemplándole á la vez con triste bondad.

—Nicolás, dijo el jóven, desnúdame; y despues traéme un trozo de carne fria y medio vaso de vino.

El mozo comenzó á desnudar á Gerardo en silencio, mirándole siempre á la cara. Gerardo llegó á observar que Nicolás lo veía con insistencia, y le dijo:

—¿Qué me ves tanto, zopenco?

—¿Fué usted á jugar hoy, *niño*?

—Sí, ¿y qué?

—Es malo el juego, contestó Nicolás, colocando un pañuelo en una canasta de bejuco.

—Luego se conoce que eres del año de uno, y tambien que has sido antiguo servidor de mi padre. Debido á eso, te tolero tus regañios: pero te advierto que no los soportaré por mas tiempo.

—¿Qué, me despedirá el *niño*?

—Tanto como eso, nó.
 —¿Me pegará el niño?
 —No, bruto, no: no te haré nada, pero no me *niñees* mas ni me atosigues; traeme la carne y el vino.

El criado desapareció.
 Gerardo se metió en el lecho, prorumpiendo en una exclamación de placer. ¡Carambal que agradable es su cama de uno..... Sobre todo, despues de dos desveladas.... Ayer en la noche con Rosario, que es incansable para bailar, y hoy en la *partida*. Ah, ah, hace frio, continuó el jóven, y se hundió en sus magníficos colchones de pluma.

Nicolás entró con una charola, conteniendo en un espléndido servicio, lo que se le habia pedido.

Gerardo se incorporó en el lecho, y se puso á cenar con satisfaccion.

El camarista le contemplaba á cierta distancia.

—Nicolás.....

—Niño.

—Ya te he dicho que no me digas niño.

—Como ví nacer á su *merced*, y lo cargué, y.....

—Sí, sí, ya sé la historia: no me la repitas. ¡Qué *chocchees* tienes! Dime cómo se te dé la gana y escucha.

Mañana, llevas tú mismo la mesada á la señorita Rosario: pagas los recibos que vengan á cobrar; me despiertas á las once, vas á la joyería y dices que me traigan un aderezo de lo mas elegante: el coche que esté listo á las once y media; guardas el dinero que sobre, y te cojes lo que se te dé la gana. ¿Entendiste? Ya sabes que prefiero repetir mis órdenes y no ser mal servido ó mal comprendido.

—Nada se me olvida.

—Repítelo.

—Pagar lo que cobren, despertar al niño á las once, traer un aderezo, el coche á las once y media, guardar el dinero y cojerme lo que quiera, dijo el mozo con cierto sonsonete, como muchacho de escuela ante el pedagogo.

—Nicolás..... ¡carambal! ¿y la mesada?

—Era mejor no.....

—¡Silencio!

—Para esa.....

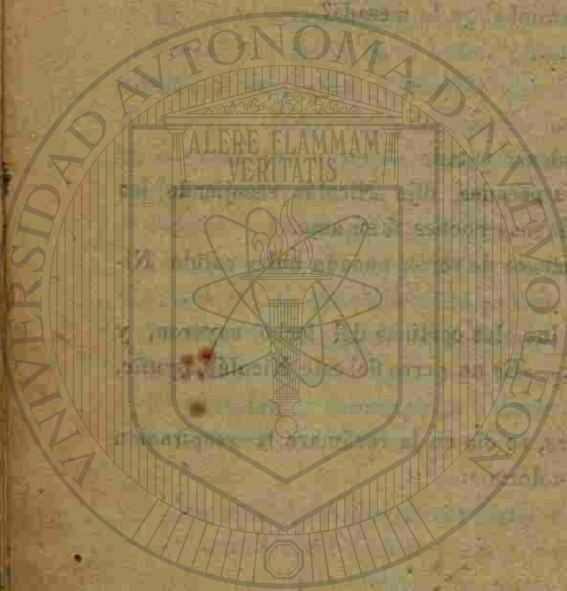
—¡Silencio! y obedezca usted.

—*Coscolina* de mis pecados, dijo Nicolás recojiendo los trastos y dando las buenas noches á su amo.

Gerardo no pudo menos de reirse cuando hubo salido Nicolás.

El jóven apagó la luz, las cortinas del lecho cayeron, y Gerardo murmuraba:—Es un perro fiel este Nicolás, *gruñe*, pero no *muerde*.....

Media hora despues, se oía en la recámara la respiracion tranquila de Gerardo: dormia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

—Parece que llegamos á buen tiempo, lector, escuchémos.
—Sí, mi Julia, ¿quién te ha de amar como yo, hija mía?
—Crees que tu padre, por un vano capricho, sin objeto, ar-
rancara de tu corazón las primeras impresiones que ha he-
cho germinar en él ese señor Urrutia que por tu mal cono-
ciste?..... No, Julia, no; pero ese hombre no te ama; mira,
soy viejo, y en este negocio tuyo poseo una *doble vista*:
veo con los ojos del hombre de experiencia y con los del
padre, que solo busca la felicidad de sus hijos.

EL PADRE Y LA HIJA.

Han trascurrido quince días. Nos hallamos nuevamente en casa de don Nemesio.

El día tocaba á su fin: don Nemesio y su hija estaban sentados en el sofá.

El rostro de Julia expresaba la mas profunda melancolía: sus ojos de cielo estaban empañados por las lágrimas..... El rocío del alma.

Don Nemesio estaba conmovido.

Parece que llegamos á buen tiempo, lector, escuchémos.

—Sí, mi Julia, ¿quién te ha de amar como yo, hija mía?
—Crees que tu padre, por un vano capricho, sin objeto, ar-
rancara de tu corazón las primeras impresiones que ha he-
cho germinar en él ese señor Urrutia que por tu mal cono-
ciste?..... No, Julia, no; pero ese hombre no te ama; mira,
soy viejo, y en este negocio tuyo poseo una *doble vista*:
veo con los ojos del hombre de experiencia y con los del
padre, que solo busca la felicidad de sus hijos.

Es jugador, ángel mio: no te conviene, aun suponiendo que te amara..... ¿Sabes lo que es un jugador? Es un hombre sin corazón, sin sentimientos: un hombre que todo lo sacrifica á su odioso vicio; que el día en que pierda venderá hasta la camisa que lleve puesta, que te dejaría en la miseria mas espantosa, y entonces..... ¿comerciaría con su propia muger! ¡¡Explotaría tu bellezall Hoy lloras por él, Julia, y mañana no te quedaria una lágrima en los ojos de vergüenza y de desesperacion..... ¿Qué dices, aceptas ese porvenir?.....

—No, papá.

—Entonces, ¿presecindirás?

—No tan pronto, papá: pero ofrezco á usted que dentro de unos cuantos días todo habrá terminado entre nosotros... Me cuesta trabajo, pero quiero obedecer á usted, y comprendo las razones alegadas.

En ese momento entró la criada diciendo que un mozo acababa de dejar lo que traía.

Julia recibió la charola que la criada le daba: sobre la charola iba un gran estuche de terciopelo azul y una carta.

Julia abrió la carta y leyó lo siguiente:

«Señorita doña Julia Pastrana.—Casa de usted, Mayo 1º de 18.....—Señorita.—Ruego á usted me permita ofrecerle ese pequeño obsequio, como débil prueba de mi amor.

«Espero que el papá de usted no llevará á mal que me permita esta libertad.

«El regalito en cuestion, debió usted haberlo recibido hace algunos días, pero no habia en la joyería nada digno de usted. El presente acaba de llegar.

«Su apasionado—GERARDO.»

Julia abrió el estuche y quedó deslumbrada, pues era al

fin muger, es decir, amiga de las galas y de todo lo brillante; pero en obsequio de la verdad y de ella diremos que sufrió un terrible desencanto.....

Se acercó á su padre y le presentó la carta y el regalo.

Don Nemesio retiró con la mano el estuche sin quererlo ver.

Constanza entró en la sala, y como su hermana, quedó deslumbrada ante el regalo. Era un aderezo de brillantes sobre esmalte azul, compuesto de aretes, prendedor y pulseras. Las piedras eran de unas aguas claras, magnificas; la montadura intachable: las piezas, juzgadas artísticamente, estaban bien concluidas.

—¡Oh, qué alhajas tan espléndidas! exclamó Constanza; qué lástima que no las pueda usar una jóven honrada.

—Bien dicho, Constanza, dijo Julia.

—¿Estás convencida de lo que te decia yo hace un instante, hija mia? agregó don Nemesio.

—Sí, papá.

—¿Y que piensas hacer?

—Dirigirle en el acto una carta acompañándole su regalo, y.....

—Despidiéndole, ¿no es cierto? le interrumpió Constanza con altivez.

—Justamente.

—Bien, Julia; bien, Constanza: las reconozco en ese rasgo como dignas hijas mias, exclamó don Nemesio con orgullo.

Yo te llevaré á bailes, al teatro, á cuantas diversiones quieras, hija mia, para que borres de tu corazón la impresion que haya dejade en él ese..... perverso jóven. En cuanto á él, se cuidará muy bien de pisar no solo esta casa, pero

ni la calle: yo veré á su excelencia, tú sabes que me estima, y se amenazará á ese señor con un destierro á Ulúa si insistiera en perseguirte.

—No, papá, todo está remediado con un favor que voy á pedirle á usted.

—Habla.

—Quiero entrar al convento de la Concepcion.

—¡Al convento! qué disparate! dijeron á la vez don Nemesio y Constanza.

—Por dos ó tres meses, agregó Julia, mientras... desiste Gerardo de... su propósito, y me olvida.

—No, hija mia, ¿por qué te habías de martirizar tú?

—Es que... dijo Julia conmovida, yo tambien deseo estar sola por algun tiempo, por...

La jóven no pudo concluir: la ahogaba la angustia. Don Nemesio sintió que el llanto venia á sus ojos, y dijo:—

—En mala hora lo conociste, Julia.

Reinó un momento de silencio. Los actores de aquella escena apenas podian dominar su emocion:—

—Lo pensaremos, Julia, dijo don Nemesio al cabo de un instante.

—Quisiera que ahora mismo me diera usted su consentimiento, papá.

—Julia.....

—Papá.....

El padre y la hija se abrazaron llorando: Constanza estaba sumamente pálida, pero no vertía una lágrima. La hermana de Julia era muy orgullosa.

—Haz lo que quieras, dijo don Nemesio, desprendiéndose de los brazos de su hija. Nunca he cohartado tu voluntad.

pero espero que al cabo del tiempo que dices, volverás al lado de tu padre.

—Se lo ofrezco á usted.

—No hablemos más de ello.

Don Nemesio entró en su recámara: Julia se puso á escribir. Constanza estaba á su lado.



DIRECCIÓN GENERAL

La criada hizo puntualmente lo que se le había ordenado. La luz entró en la pieza, alumbrando de lleno el rostro de Rosario, que se hallaba en el lecho. La joven se incorporó en la cama, reclinándose en los almohadones que recargó en la cabecera. Era una mujer de veinticinco años: blanca, de pelo y ojos negros. No era una belleza, pero sí una mujer de un poderoso atractivo.

En la calle de *Nuevo-México*, habitaba en una casa lujosamente puesta, una joven llamada Rosario.

Serian poco más o menos las diez de la mañana del día 20 de Mayo del año en que pasaban los acontecimientos que vamos refiriendo, cuando una criada entraba en la recámara de la joven Rosario que se hallaba á oscuras y á donde se respiraba un aire sofocante.

—¿Llamaba usted, señorita?

—Sí, Gertrudis; abre la puerta y también la vidriera de la ventana á fin de que entren la luz y el aire. Procura que la puerta quede de manera que el aire no me moleste.

La criada hizo puntualmente lo que se le había ordenado. La luz entró en la pieza, alumbrando de lleno el rostro de Rosario, que se hallaba en el lecho.

La joven se incorporó en la cama, reclinándose en los almohadones que recargó en la cabecera.

Era una mujer de veinticinco años: blanca, de pelo y ojos negros.

No era una belleza, pero sí una mujer de un poderoso atractivo.

Un *caracol* de blanca estopilla dibujaba ligeramente los contornos de su pecho.

—¿Se viste usted, señorita?

—Sí, Gertrudis.

La camarera dió la ropa á su señora, ayudándola á vestirse.

La jóven abandonó el lecho, cubierta con una *bata* trasparente, ligera: sus diminutos piés los calzó con unas chinelas de raso verde.

En este estado de *deshabillé* se dirigió á la sala. Allí se dejó caer en un sillón y pidió el desayuno.

Media hora despues, Gertrudis acercaba al sillón una pequeña mesa conteniendo un servicio de café. Rosario se sirvió café y leche, y comenzó á desmenuzar el pan con sus blancas y bonitas manos, con aire distraído.

A pocos momentos se presentó Gertrudis, avisando á Rosario que el carruaje del señor Urrutia acababa de parar á la puerta de la casa.

—Qué fastidio! exclamó esta; tan temprano.....

Gerardo entró en la sala elegantemente vestido.

—¡Caramba, hija, por vida mía que te desayunas temprano!

—Me desvelé, contestó Rosario.

—¿Y á dónde? preguntó Gerardo sentándose al lado de Rosario y tomándole una mano entre las suyas.

—Aquí.

—Que lacónica estás ahora.

—Sí.

Rosario bostezó.

—¿Tienes sueño?

—No.

—¿Pues qué tienes?

—Fastidio.

—Gracias, hija.

—Para servirte.

—Viva la sinceridad, dijo Gerardo riendo.

Rosario se encogió de hombros y comenzó á tomar su café á pequeños sorbos.

—¿Estás molesta conmigo?

—No.

—¿Pues qué tienes?

—Ya te lo dije, fastidio.

—¿De mí?

—Algo de tí, mucho de mi vida, que es desagradable, y...

—¿Con que de mí, eh?

—Hijo, despues de un año que te pertenezco, bien comprenderás que es tiempo de que el cansancio se vaya apoderando de mí.

—¿Sabes que eres original?

—No hay tal originalidad: soy como todas las mugeres, y como todo sér viviente, me fastidio al cabo de cierto tiempo: lo único que tengo es la franqueza de confesar lo que todas procuran callarse: mi natural cansancio.

—¿Te he dado motivo para que te fastidies de mí? dijo Gerardo.

—No, hijo, y puedes creer que eres uno de los amantes que mas tiempo he tenido. Dime tú, ¿soy yo la única mujer á quien has querido?

—No.

—¿Podré creer que fije yo tu corazón?

—Quién sabe.....

—No mientas: es preferible decir una barbaridad, un sacrilegio, que mentir. Yo, mira, voy á ser franca contigo: los

GERARDO.

33565

amantes que he tenido, los mas han sido por cuestion de vanidad; otros por venganza y dos por simpatía.

—Explícate.

—Voy á hacerlo, contestó Rosario, retirando la mesa, á donde quedó la taza casi llena de café.—Hace cuatro años que Enrique A** era un jóven de moda: ¿te acordarás?

—No estaba yo aún en México.

—Es cierto: pues escucha. Enrique era intachable en su vestido, en sus coches, en las alhajas que usaba, en sus queridas, etc. Se enamora un dia de la señorita H**, ya ves, una jóven de la mejor sociedad y de una reputacion intachable; pues bien, una noche tuve antojo de ir á la ópera: mandé tomar un palco primero á todo costo: me presenté á la mitad del primer acto deslumbradora de diamantes.

—Y de belleza.

—No me interrumpas, adulator. Y ¡oh casualidad! mi palco estaba junto al de la señorita H**. Todos los anteojos se fijaron en mí: en esto, vuelvo el rostro, y veo..... ¿á que no adivinas qué?

—A Enrique contemplánde.

—Tonto, que el palco estaba vacío.....

—¡Caracoles!

—Disimulé mi despecho y procuré informarme si ella fué la que abandonó el palco de aquella manera tan violenta; y entonces supe que Enrique la sacó de allí para que no estuviese al lado de una muger perdida. A este rasgo de moral tan severa, quedé maravillada.

Cuatro noches despues, un amigo mio me llevó á Enrique á casa: serian las diez de la noche cuando entró; á las doce, rendido á mis plantas, me juraba amor eterno..... Yo fuf

para él una muger de fuego, lo quemaba sin acercarse á sus labios la dorada copa del amor.....

Enrique, aquel Enrique espiritual, poético, que enviaba á su novia ramilletes de flores, que lloraba cuando ella le cantaba una *aria* ó una *cavatina*: que habia dejado á sus queridas, que de un libertino consumado era el amante mas fiel, no pudo soportar aquel suplicio de *Tántalo* que le impuse. Olvidó á la señorita H** y se entregó á mí sin reserva.....

Recuerdo que una tarde el carruaje de ella y el mio se encontraron en el paseo: ¡pobre niña! me parece que se desmayó al ver á Enrique á mi lado lleno de amor.....

—¡Eres terrible! dijo Gerardo admirado.

—No paró allí la cosa: tres meses despues abandoné á Enrique antes que le pasara la impresion, y acepté á un inglés muy rico, buen mozo y que todas las jovencitas se morian por llevarlo ante el cura.

Poco despues tuve otros amantes por ese orden, hasta que al fin te conocí á tí: estabas tambien de moda y..... francamente, eres el segundo á quien le tuve simpatía; pero chico, todo acaba en el mundo, tu crédito de *calavera*, de jugador terrible y de elegante, va decayendo, y..... me canso á mi pesar.

Gerardo veia con repugnancia á Rosario, y sin embargo, se sentia encadenado á aquella muger.

—Y bien, dijo al cabo de un instante, ¿qué pretendes, romper conmigo?

—Busca una manera de quitarme el cansancio.

—Pero..... ¿cómo? Yo te soy fiel, satisfago tus menores caprichos, ahora mismo te traia un aderezo de mucho gusto: mira.

Y Gerardo sacó de la bolsa de pecho de su levita el estuche de terciopelo, conteniendo el aderezo que ya conocemos.

Rosario se estremeció de sorpresa y de júbilo, pero Rosario era muger que lo entendía: volvió la cara á otro lado, y dijo con indiferencia:

—Está bonito.

—¿No es de tu agrado?

—Sí, pero podías darme otros mejores y tener tú mas lujo, si no fueras tonto.

—¿Qué dices?

—Claro: en lugar de pasar horas enteras á mi lado hablándome de amor y haciéndome cariños, cosa que, sea dicho de paso, degenera en ridícula, podíamos formar una sociedad mercantil que nos hiciera millonarios en poco tiempo.

—Habla, habla, dijo Gerardo, en cuyo corazon habia hecho vibrar Rosario la cuerda mas delicada.

—Conozco á un viejo, contestó Rosario, dejando caer cada palabra en el corazon de Gerardo de una manera sagaz, que es muy hábil en la baraja: en lugar de que te vayas á jugar á esos tabucos en que al salir de ellos estás expuesto á que te den una puñalada por robarte, establecemos la partida aquí..... Habrá música, es decir, mi piano; buenos vinos y licores; mugeres tambien, porque mis amigas.....

—Te comprendo, te comprendo, gritó Gerardo.

—Espera, loco. Convidas á tus amigos los mas ricos, y aquí los..... explotamos.

—Eres una muger sin igual, estoy y voy á estar cada dia mas apasionado de tí.

—Eso es precisamente lo que debes evitar, repuso Rosario. ¿No ves que si álguien de los que vengan me enamora, es preciso..... que sea yo amable con él?

—¿Cómo! en mi casa, dijo Gerardo perdiendo el color.

Rosario soltó una carcajada estrepitosa.

—Tonto, mil veces tonto, dijo dominando su hilaridad.

—No te he dicho que vamos á formar una sociedad comercial? El amor pasa, inocente, y el dinero es lo positivo. Tú nunca perderás los derechos á la muger, ¿qué mas puedo decirte? En cuanto al corazon..... ¿crees que lo posees ahora?

Gerardo iba de sorpresa en sorpresa. El jóven no estaba del todo corrompido, y no podia conformarse con la idea de que su querida fuera de otro, pertenciéndole á él todavía.

—Vamos, le dijo Rosario para acabarlo de decidir, pues veia la lucha que Gerardo sostenia entre el amor y la ambicion. Yo te acercaré á tí lo que se te escapa.

—¿Qué dices?

—Sí, lo de la calle de la Concepcion.

Gerardo perdió el color, pues supuso que Rosario sabia el desaire que habia sufrido, y las amenazas que se le habian hecho.

Rosario, en efecto, lo sabia todo, pero no era tan nécia de decirle á Gerardo la verdad. Ella sabia por experiencia que atacar el amor propio de ciertos hombres y en ciertas cosas, es matarlos y concitarse un enemigo.

—Una niña romántica, exclamó Rosario, que se metió al convento por tí: la hermana, que es de un carácter medio rudo, pero que te ama.

—¿Constanza me ama? dijo Gerardo sin saber ya ni lo que decia.

—Sí, hombre.

—¿Y cómo lo sabes?

—Yo todo lo sé. Conque no seas tonto, yo te acercaré

esos dos corazones, es decir, esas dos mugeres; eso es igual para los hombres y aun les conviene mas.

—Pero tú..... dijo Gerardo con recelo.

—De veras que estás ó eres tonto. Yo tambien te pertenezco: es decir, tienes ó puedes tener ¡tres mugeres! Los corazones poco te importan.

—Hablemos del negocio, dijo Gerardo bruscamente. Y se comenzó á pasear por la sala, metiéndose las manos por entre el cabello.

—Vaya, hasta que hablaste algo de provecho, dijo Rosario: escucha mi plan. La partida se establece en el comedor: aquí en la sala es la tertulia de las señoras; la noche nos la ameniza don Estéban á quien ya conoces, tocando el piano. Toda clase de vinos, licores, refrescos y etc., etc., se servirán *grátis*; y aunque digo *grátis*, no te asustes, espera, déjame concluir:

Los jugadores, antes de que comience la partida, depositarán en una caja cerrada que yo pondré al efecto, lo que gusten... Esta palabra de *lo que gusten*, es mas conveniente que pedirle á alguien la bolsa, puñal en mano: ¿no lo crees así?

—Continúa, dijo Gerardo. Estoy admirado de tu ingenio: verdaderamente no te conocia.

—La sala, como decia yo, será nuestra estancia, es decir, el *cuartel general*, el *centro de las operaciones*.

—¡Caramba! eres erudita en el tecnicismo militar.

—Fuí querida de un coronel; pero sigue escuchando. Los jugadores que pierdan, serán consolados por nosotras, los que ganen.....

—Que serán pocos.....

—No me interrumpas. Vendrán tambien á nuestro lado, á obsequiarnos; estos pagarán el gasto de los demas.

Gerardo se sonrió y dijo:

—Vamos ahora á lo mas difícil: ¿qué cantidad se presenta en la *carpeta*?

—Mil onzas al frente, y quinientas en caja.

—Yo no tengo esa suma.

—¿Cuanto podrás reunir?

—Cuando mas, quinientas onzas.

—Bueno: llévate ese aderezo y todas mis alhajas al *Monte de Piedad*, y principia á convidar: por mi parte, vendrán unas amiguitas..... que te van á trastornar los cascos.....

—Rosario..... exclamó el jóven con acento suplicante.

—Yo te *hare juego*, tonto, ya te dije que vamos á ser dos sócios; si tú quieres echar los fondos por un abismo, ya te iré á la mano. Con que, al avio.

Rosario se levantó de su asiento, fué á su recámara, y volvió con un cofrecito conteniendo sus joyas.

Gerardo se habia puesto el sombrero: tomó el cofre y el aderezo, y antes de partir pidió un beso á Rosario.

—Tómalo, dijo esta presentando su boca, y no olvides que delante de tus amigos, antes que tu querida, soy tu sócio..... adios.

...una vez de esos días de cuando yo estaba de nuevo en la escuela de los niños de los padres de Gerardo. En esos días yo me acordaba muy bien de cuando yo estaba en la escuela de los niños de los padres de Gerardo. En esos días yo me acordaba muy bien de cuando yo estaba en la escuela de los niños de los padres de Gerardo. En esos días yo me acordaba muy bien de cuando yo estaba en la escuela de los niños de los padres de Gerardo.

UNA TERTULIA DE..... CONFIANZA.

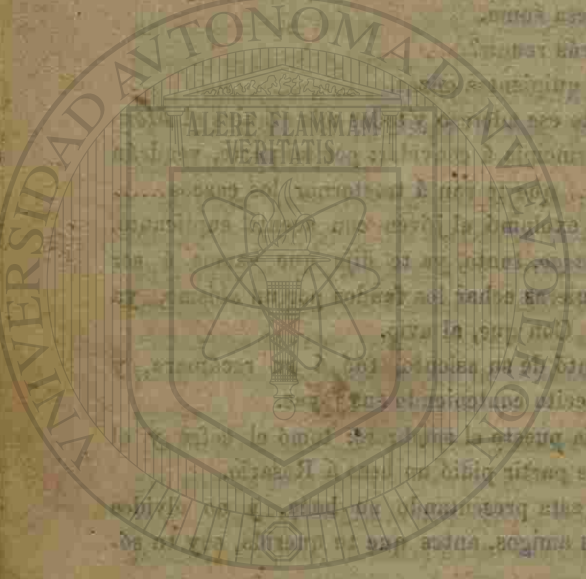
En el momento que yo estaba en la escuela de los niños de los padres de Gerardo. En esos días yo me acordaba muy bien de cuando yo estaba en la escuela de los niños de los padres de Gerardo. En esos días yo me acordaba muy bien de cuando yo estaba en la escuela de los niños de los padres de Gerardo.

Tres días después de la conversacion de Rosario y su amante, la casa de esta presentaba un aspecto tentador. Cuando les dimos á conocer por la primera vez á nuestros lectores á la querida de Gerardo, fué en la recámara, pues la joven no habia abandonado aún el lecho: pero ahora nos vemos obligados á describir la habitación de Rosario.

Se tendrá presente que era una casa baja: pues bien, después de salvar la puerta de entrada, seguia un oscuro pasillo, este conducia á un corredor: á la mitad de él habia una puerta vidriera, que era la entrada para la sala. Al terminar el mismo corredor, habia otra puerta, esta era la del comedor á donde, segun oímos decir á Rosario, debia situarse la mesa del juego: el comedor estaba comunicado con la recámara de la joven y con la cocina: de esta última, se seguia una gran azotehuela, á donde habia dos cuartos para los oriados.

Era el mes de mayo: las ventanas de la sala, que daban á la calle, estaban abiertas, dejando mirar á los transeuntes

...que debia ser una casa baja: pues bien, después de salvar la puerta de entrada, seguia un oscuro pasillo, este conducia á un corredor: á la mitad de él habia una puerta vidriera, que era la entrada para la sala. Al terminar el mismo corredor, habia otra puerta, esta era la del comedor á donde, segun oímos decir á Rosario, debia situarse la mesa del juego: el comedor estaba comunicado con la recámara de la joven y con la cocina: de esta última, se seguia una gran azotehuela, á donde habia dos cuartos para los oriados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL

unos muebles de madera de rosa, tapizados de gros azul y flores de oro: un piano de cola bastante bueno; cuadros de pinturas que representaban los mas jóvenes hermosas en distintas actitudes. La pieza estaba alumbrada por velas de esperma, puestas en candelabros caprichosos, colocados sobre las rinconeras, la mesa redonda y las consolas: dos espejos multiplicaban las bujías.

En el sofá estaba sentada Rosario, perfectamente vestida y mejor peinada: tenia á los lados dos amigas, vestidas y peinadas como ella. Una era rubia, de ojos claros y provocativo mirar: la otra morena, de grandes ojos, no tan bellos como los de Rosario, pero que no dejaban de tener su mérito.

La rubia se llamaba Adela: mas bien dicho, ella se habia puesto este bonito nombre, pues no estaba bien que una joven de diez y ocho años, de pelo de oro y de miradas asesinas, se hubiese dejado el prosaico nombre de Anastasia. En cuanto á la morena, la llamaban Luisa, y nuestros informes no llegaron hasta el punto de averiguar si este era su verdadero nombre; por lo que suponemos de muy buena fé que este seria el que le habian dado en la pila bautismal.

—¡Ay! Chayo, dijo Adela, qué feliz eres tú, siempre divertida!...

—Qué quieres, Adelita, es preciso hacerse la vida lo menos pesada que se pueda.

—Haces bien, agregó Luisa, y yo por mi parte te doy las gracias porque te acordaste de mí.

—Tambien yo, exclamó la rubia mirando á Rosario con ternura.

—Cuidado con tonteras, dijo Rosario; es preciso, Adela, que yo te dirija: piensa en el porvenir, muchacha; nada de enamorarte del primer petaca, solo porque habla bonito y

viste bien: las apariencias engañan, y lo que es ahora, de casa has de sacar un amante que te quite de pobre.

—Aprende á mí, dijo Luisa, he vivido año y medio completamente soltera, gracias al viejo don Severo á quien arruiné.

—Y qué feo era tu viejo, repuso Adela. Yo por eso me pierdo, me guio por la simpatía. ¿Y tú, Chayo?

—Yo soy *liebre corrida*, hija mia: sólo á dos hombres les he tenido cariño.

—Sí, le interrumpió Luisa, al coronel y á Gerardo.

—Y tu Gerardo me gusta, agregó Adela, y si no fuera!...

—Ahí lo tienes.

—No, es broma.

—Te doy mi palabra que no me encelo de tí: él y yo estamos ligados por otro motivo, pero te.....

—Rosario, Rosario, he perdido mi última onza, y esto al principiar la partida..... Estoy de malas, sí señor, de malas, entré diciendo un joven alto, de anteojos de oro, y que hablaba con mucha violencia, tanto que á veces no se le entendia, pues no completaba sus conceptos.

—Venga usted acá, loco; salude usted á mis amigas: no digan que es usted desatento y poco amable.

—Encantadoras señor.... beso á ustedes los piés, per..... voy á echarme caja porque... Y el joven se puso de un brinco en el dintel de la puerta.

—Arturo, venga usted acá, dijo Rosario, y dirigió una mirada á Adela, que queria decir: «Hé aquí á tu hombre.»

El joven volvió frente á Rosario, y ántes que esta tuviera tiempo para decirle algo, comenzó á hablar, pero con tanta violencia, que las tres *entretenidas* se echaron á reir y Rosario le dijo:

—O habla usted mas despacio, ó nos quedamos sin saber lo que usted quiera decirnos.

—Pues bien, Rosario, que voy á seguir jugando porque me han *picado*, y.....

—Enfírese usted, no sea tonto, platicarémos un poco.

—Va usted á perderlo todo, señor, agregó Adela, con un timbre de voz tal, y una mirada candorosa, como no lo hubiera hecho una niña de diez años.

Arturo se fijó hasta entonces en Adela, y debió simpatizarle seguramente, pues se estremeció y se quedó mirando á la jóven.

Las tres mugeres notaron aquella mirada.

—Y bien, ¿qué hago aquí? dijo el jóven.

—Platicar.

—No, bailaremos mejor: voy por Manuel y por don Esteban: el muy bribon, está perdiendo.

El jóven salió, y las tres mugeres se miraron como diciéndose: «Ahora nos toca á nosotras hacerlos perder».....

Era la media noche: el comedor parecia un infierno. Redeados de la mesa estaban aún como diez ó doce jóvenes bien vestidos. Los demas jugadores habían perdido y bailaban en la sala para disimular su cólera, esperando resarcirse en otra noche.

Gerardo, sentado junto al tallador, pagaba y recogía el dinero sin poder disimular su alegría.

—Señores, dijo el tallador, por ser la primera noche de juego, la partida se levanta á las doce y media: van á echarse tres alburea de despedida.

—Sí, sí, dijo un jugador, hombre como de unos treinta años,

lo que yo quiero es bailar: he visto que han entrado mas muchachas á la sala y estoy alborotado.

El tallador echó los dos primeros albures en que perdieron los mas, y luego dijo echando el último:

—Rey, dos; oro, espada.

—Al dos, dijo un jóven, todo mi capital.

—Cómo juegas los doses! le dijo otro.

—Y cómo he perdido toda la noche! contestó el jugador.

Por última, ya ves, treinta onzas al dos.

—Yo, de *punto*, lo jugaba tambien, agregó Gerardo.

Los jugadores se habían *cargado* al dos.

—Corre, dijo el tallador, que era un viejo de mala catadura, de ojos bizcos y muy tembloroso de manos.

Todos callaron.

—El rey viejo, dijo al fin.

—¡Maldita sea mi suertel dijo uno.

—¡Rayol agregó otro.

—A bailar, á bailar, dijo un tercero.

Los jugadores abandonaron el comedor y se dirigieron á la sala. Gerardo recogió el oro, lo guardó en la recámara, hizo su corte de caja, y despnea de pagar al viejo, se presentó en la sala.

En la sala habia como mas de veinte hombres: aunque todos estaban vestidos con elegancia, no todos eran gente de buenos principios y de educacion. Las mugeres serian doce ó catorce: describirlas seria prolijo é innecesario: con decir que eran por el estilo de Rosario, de Adela y de Luisa, está dicho todo. En sus frentes se leia la impureza y el cinismo, en sus ojos la lubricidad, en sus sonrisas provocativas el descaro.

Cuando Gerardo entró á la sala, Arturo, aquel jóven de

los anteojos de oro, bailaba entusiasmado con Rosario: ella lo envolvía con sus ardientes miradas. Gerardo frunció el seño: Rosario lo vió y le hizo una seña de inteligencia, mandándole al mismo tiempo á Adela para que bailase con él.

—Vamos, dijo la jóven acercándose á Gerardo, yo creí que no era usted celoso: baile usted conmigo, Urrutia.

Y Adela se lanzó bailando con Gerardo, enamorándolo casi.

A las cuatro de la mañana, aquello era literalmente el infierno: respetamos bastante á nuestros lectores para atrevernos á describir aquella casa. Solo diremos que Rosario y Gerardo eran ya únicamente *sócios*.

alguna camarada que se hubiera de jugar á la ruleta...
 lado de una ventanilla...
 mismo tiempo...
 que dice...
 volver...
 parte de la noche...

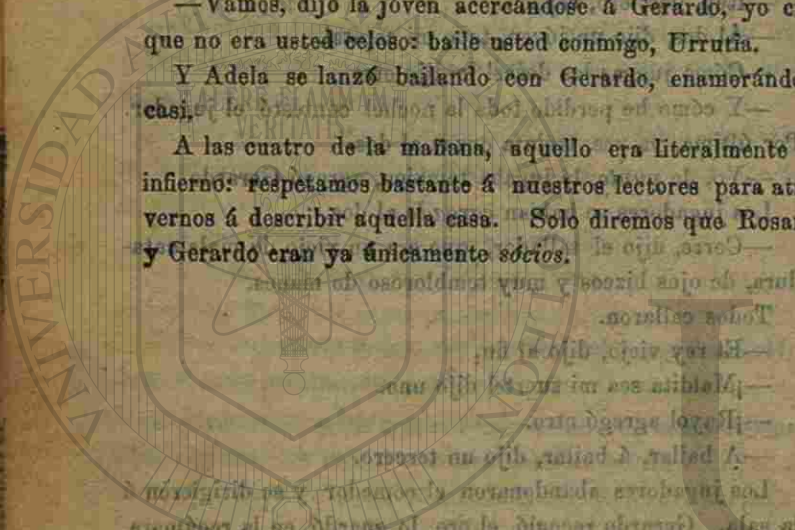
Constante como el pez en su elemento...
 y con el...
 CONSTANZA.

había dicho...
 por...
 esta...
 para una...
 de...

Habían pasado cinco meses desde el día aquel en que Julia había manifestado á su padre su determinación de entrar al convento.

Don Nemesio, como recordarán nuestros lectores, había opuesto una prudente resistencia al deseo de Julia, pero habiéndole asegurado esta que volvería á la casa paterna, la dejó que buscara en el aislamiento del claustro el consuelo de su primera decepcion.

Julia no había vuelto á su casa: por el contrario, hacia tres meses que había tomado el velo de novicia. Este acontecimiento llenó de amargura al bueno de don Nemesio, y lo hizo, despues de muchos años que no había llorado, verter abundantes lágrimas..... Su método de vida sufrió un trastorno: antes, del ministerio se dirigia á su casa inmediatamente para estar á la disposicion de sus hijas por si querian salir á alguna parte; despues nó, salia de su oficina y entraba en algun *billar*, pasando allí largas horas en mirar jugar *carambola* ó *guerra*. Algunas veces se encontraba con



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

los anteojos de oro, bailaba entusiasmado con Rosario: ella lo envolvía con sus ardientes miradas. Gerardo frunció el seño: Rosario lo vió y le hizo una seña de inteligencia, mandándole al mismo tiempo á Adela para que bailase con él.

—Vamos, dijo la jóven acercándose á Gerardo, yo creí que no era usted celoso: baile usted conmigo, Urrutia.

Y Adela se lanzó bailando con Gerardo, enamorándolo casi.

A las cuatro de la mañana, aquello era literalmente el infierno: respetamos bastante á nuestros lectores para atrevernos á describir aquella casa. Solo diremos que Rosario y Gerardo eran ya únicamente *sócios*.

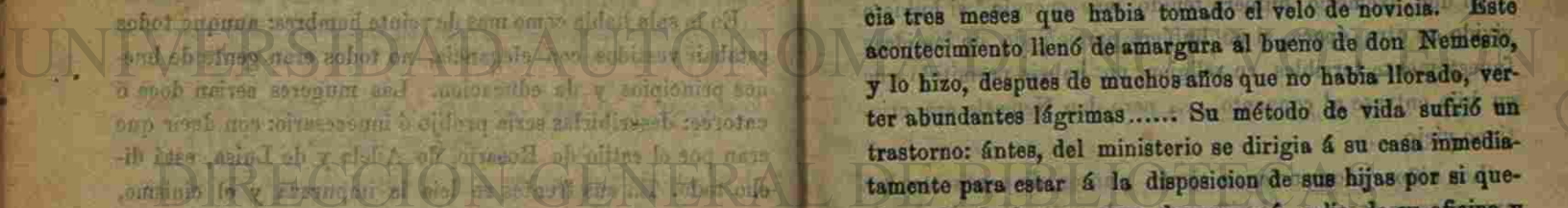
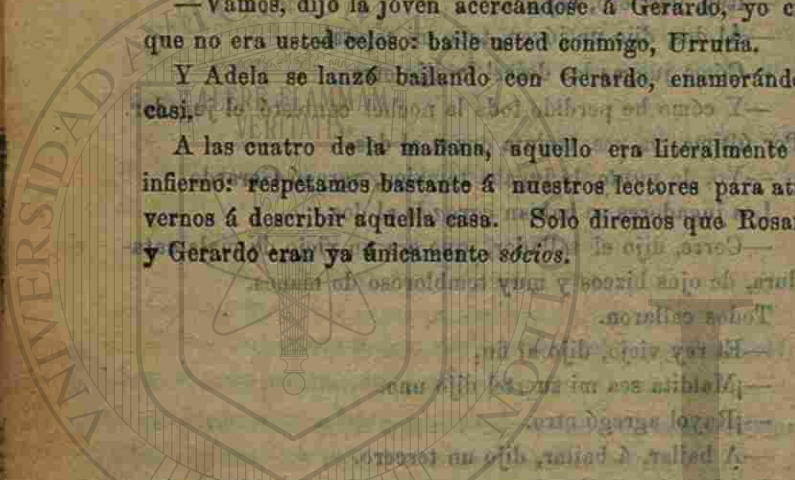
alguna camarada que se le ocurriera...
 lado de una...
 mismo...
 que...
 re...
 parte de la noche...

Constante...
 y...
 CONSTANZA.

Habian pasado cinco meses desde el dia aquel en que Julia habia manifestado á su padre su determinacion de entrar al convento.

Don Nemesio, como recordarán nuestros lectores, habia opuesto una prudente resistencia al deseo de Julia, pero habiéndole asegurado esta que volveria á la casa paterna, la dejó que buscara en el aislamiento del claustro el consuelo de su primera decepcion.

Julia no habia vuelto á su casa: por el contrario, habia tres meses que habia tomado el velo de novicia. Este acontecimiento llenó de amargura al bueno de don Nemesio, y lo hizo, despues de muchos años que no habia llorado, verter abundantes lágrimas..... Su método de vida sufrió un trastorno: antes, del ministerio se dirigia á su casa inmediatamente para estar á la disposicion de sus hijas por si querian salir á alguna parte; despues nó, salia de su oficina y entraba en algun billar, pasando allí largas horas en mirar jugar *carambola* ó *guerra*. Algunas veces se encontraba con



algun camarada que lo invitaba á jugar *dominó* ó *damas* al lado de sus respectivos vasos de café con catalan. Don Nemesio llegaba entonces á su casa cerca de las diez de la noche: daba las *buenas noches* á Constanza y se dirigía á su recámara. Su hija mayor, como se ve, pasaba todo el día y parte de la noche sola.

Constanza estaba como el péz, en su elemento: el carácter melancólico y sombrío de la jóven encontraba goces y distraccion en la soledad.

Julia habia sido la alegría de la casa, la que todo lo alborotaba, la que hacia salir á don Nemesio de sus casillas: ella proyectaba paseos, bailecitos, convidaba á sus amigas para una *merienda de atole y chongos*, ó improvisaba un *almuerzo en la Villa de Guadalupe*: los domingos iban con su papá á los toros, y Julia hablaba en sentido encomiástico de Bernardo Gavisto una semana entera con sus amigas. Otras veces iban al *Coliseo*, y entónces *Mata*, la *Cañete* y *Castro*, eran los que daban material á la bulliciosa Julia para sus sempiternas charlas. Todo esto habia concluido, y por eso don Nemesio, acostumbrado á aquella vida y al carácter de su hija Julia, habia recibido con la toma de velo de esta, un golpe mortal.

Si don Nemesio hubiera tenido mas energía, si hubiera vivido en otra época, si no hubiera participado de las ideas funestamente terribles en religion, no habria permitido que su hija entrase al convento... pero don Nemesio era cristiano viejo.

Los niños y los ancianos tienen puntos de contacto: los extremos se tocan. Al niño que se le quita el pecho que lo amamanta, es fácil matarlo: el anciano que recibe una impresion como la de don Nemesio, está en situacion peligrosa.

El señor Pastrana estaba bien constituido y gozaba de perfecta salud: era una de esas naturalezas *antiguas*, es decir, privilegiadas. A pesar de esto, la salud de don Nemesio no era la misma: declinaba sensiblemente.....

Quando Gerardo comenzó á enamorar á Julia, Constanza, como era consiguiente, estuvo impuesta de la pretension del señor Urrutia desde que este la formuló. Aquella jóven de carácter sombrío, nunca habia amado, porque Constanza, lector, jamas habia tenido un novio. Quando bailando con algun jóven, este le decia la galantería mas insignificante, Constanza suplicaba á su compañero que la sentase, pues se hallaba fatigada. Alguien se atrevió una vez á hacerle una pretension formal: Constanza, despues de rechazar al pretendiente con suma urbanidad, pero con energía, se encerró en su recámara y lloró largas horas. Esta hurañez dió lugar á murmuraciones gratuitas, pues nadie creía que una jóven de diez y ocho á diez y nueve años repulsara intuitivamente á los hombres: corrióse la voz, y en el círculo que las señoritas Pastrana frecuentaban, ninguno volvió á dirigirse á Constanza con pretensiones amorosas. La jóven se creyó libre, y *respiró*, segun sus propias palabras, *fuera del ambiente amoroso*.

Por lo demás, Constanza, como ántes hemos dicho, era buena, virtuosa y sensible.

Estas naturalezas tardias son terribles quando llega su desarrollo: Constanza ignoraba esto, pero nosotros lo sabemos.

Quando una jóven de esta clase, rara y poco comun, llega á amar, ama con desesperacion, con locura, con una intensidad

tal, que el menor obstáculo la hace precipitarse, sin que vacile un solo instante, en el abismo.....

Decíamos, pues, que Constanza conoció al mismo tiempo que Julia al señor Urrutia, y que estuvo impuesta de la pretension de este desde el momento en que se la manifestó á su hermana: Constanza, al conocer á Gerardo, sintió por la primera vez en su corazon una cosa inexplicable. Cuando el jóven visitó su casa, Constanza estaba tan inquieta como Julia por que llegase la hora en que Gerardo se presentaba: sentia placer con verlo, con oirlo hablar, y sufría al acercarse el momento en que el jóven les decia *adiós*.

Cuando la escena del aderezo, Constanza no solo se sintió herida en su amor propio como hermana de Julia, sino que sintió un dolor mas intenso, mas sensible, por aquel desengaño. Constanza se explicaba esto mas tarde, cuando su hermana cortó sus relaciones con Gerardo y se fué al convento, de esta manera: «Como amo tanto á Julia, quise á Gerardo; al manifestarse él tan poco caballeroso, casi sentí un dolor igual al de Julia.»

Pero corrió el tiempo, el tiempo que unas veces borra de nuestra memoria y otras aviva ciertas peripacias, y á Constanza no se le olvidaba ni el nombre ni la figura de Gerardo. Muchas veces obraba como una máquina, se ocupaba en los quehaceres domésticos en compañía de la sirviente sin pensar en lo que hacia, porque su imaginacion era presa de la fascinacion mas completa..... Pronunciaba sin querer, despierta ó dormida, el nombre de Gerardo: le veía de una manera fantástica en la labor que hacia, en el libro que habia tomado para leer, y el cual dejaba abierto horas enteras sin quitar de él su vista y sin haber leído una sola sílaba.

Este estado de enagenacion mental llegó á alarmar á la jóven, y entónces, creyéndose presa de una tentacion de Satanas, comenzó á hacer rogaciones á Dios para que la librase del poder del demonio: las monjas de la *Concepcion* fueron puestas en movimiento por Constanza, y mas de una vez aquellas almas virtuosas elevaron al Cristo del Calvario sus preces, con esa salmodia llena de monótona tristeza, desde el coro de su convento.

Constanza mandaba decir misas, rezaba novenas y ayunaba: á medida que se debilitaba su naturaleza, mas y mas se arraigaba en su cerebro la imágen de Gerardo.

Pasó un mes, y despues dos, y la jóven veía que ni oraciones, ni misas, ni prácticas de virtud, ni ayunos, podian vencer el poder del demonio: entónces se verificó en Constanza un cambio singular; se sentaba todas las tardes junto á la vidriera del balcon resuelta á corresponderle al primer aficionado que se presentase; el primero á quien vió fué á Gerardo, que hacia un mes que rondaba á caballo la calle inútilmente.

Gerardo la saludó: Constanza correspondió á su saludo, y en seguida se retiró del balcon porque su emocion era profunda. Una vez en su recámara, la jóven se decia:— «No hay duda, le amo: ¿pero no es esto una insensatez?»

Constanza enjugaba dos lágrimas fugitivas cuando la criada entró de improviso en la recámara con el rostro trastornado.

—¡Señorita, señorita! el señor *aquel* me acaba de dar una carta para usted.

—¡Para mí! dijo Constanza con un acento que queria decir: «Ya la esperaba.»

—Sí, *niña*, aquí está. Y la hábil sirvienta abandonó al punto la recámara.

Constanza se quedó inmóvil con la carta de Gerardo en la mano. La jóven sintió al pronto alegría; pero cuando reflexionó, tuvo miedo: se le figuraba que aquella carta iba concebida en un dialecto diabólico y escrita con caracteres de fuego.

Por último, rompió el sobre, y reconoció no con poca sorpresa la cursiva letra de Gerardo, que sin ser Satanás en persona, era su homónimo, y sin estar escrita con caracteres de fuego, estaba llena de veneno y de infamia, sin que por esto dejara de decir en correcto español lo siguiente:

«Constanza:

«Impuesto por varios amigos míos, del carácter singular y poco comun de usted, renuncié á declararle la pasión en que mi pecho se abrasaba, y dando un rodeo con objeto de acercarme á su persona, cometí la villanía de enamorar á su hermana Julia con la única esperanza de aprovechar una ocasion favorable para llegar á manifestarle algun día al verdadero ideal de mi alma, el amor que le profesaba. Pero Dios me castigó; sí, Julia no debía ser mi amada ni por casualidad; usted recordará la manera con que ella quebró conmigo, creyéndose ofendida por un regalo que sin intencion mala le hice.

«Mis amigos me pusieron al corriente, mas tarde, de que mi conducta habia sido con justicia mal interpretada, pues es mal visto entre gente de buena sociedad que un novio haga regalos de cierta clase. Pero esto no lo sabia el humilde *provincial*, que obraba con sencillez.....

«Para concluir diré á usted, Constanza, que perdone mi mala accion de enamorar á Julia, y que no solicito su amor, sino su compasion.

«Adios..... Besa sus piés su desgraciado amante,

GERARDO.»

La carta anterior hizo el efecto que el señor Urrutia se habia propuesto: Constanza creyó comprenderlo todo, y entónces se echaba en cara su carácter extravagante.

Esa noche no durmió: en su insomnio la jóven se creía autora de la desgracia de su hermana, y para no ser causa de otra mayor, resolvió corresponderle á Gerardo.

Al dia siguiente, el señor Urrutia recibia una carta de Constanza, en que la jóven deploraba lo sucedido, y le decia que ella no habia amado nunca, porque no habia encontrado á nadie digno de ella, pero que si él se le hubiese dirigido quizá hubiera obtenido lo que demandaba.

El señor Urrutia solicitó una entrevista: hubo sus inconvenientes, la criada salió cinco ó seis veces á la calle, y por último fue concedida la entrevista entre siete y ocho de la noche, pues don Nemesio podia sorprenderlos.

Gerardo entró con resolucion á la casa, seguro de su triunfo y de que el señor Pastrana no los sorprenderia, pues el jóven estaba impuesto, y aun él mismo habia visto, que don Nemesio llegaba tarde á su casa.

La primera entrevista fué patética y conmovedora por parte de Constanza: Gerardo representó su papel admirablemente, yendo á reirse en seguida al lado de Rosario de su aventura galante.

Las citas eran diariamente, dando por resultado lo que mis lectores se pueden figurar, esto es, que mientras don Ne-

mesio buscaba distracciones por la pérdida de una hija, la otra se extravió por una senda mas dolorosa.

Cuando Gerardo comprendió lo que pasaba, se fué retirando poco á poco hasta hacerlo del todo. Constanza lloraba sin consuelo, y lo mandaba requerir para que no la abandonase en situacion tan crítica: pero Gerardo no hacia caso; por ese tiempo su capital habia aumentado considerablemente merced á las barajas de su partida. Rosario y él, solo esperaban robar el único punto que comprendiendo quizá las trampas que allí se hacian, jugaba de una manera sagaz.

Este punto era Arturo, aquel jóven de los anteojos de oro que conocimos la primera noche de juego en casa de Rosario y que era ademas el amante de esta.

Gerardo le odiaba con todo su corazon, pues no habia podido robarlo, y él sí se habia quedado con su querida.

—Era el mes de Diciembre: el año de 18... tocaba á su fin: Rosario y Gerardo estaban en la sala de la casa de la primera. Las ventanas estaban cerradas, pues un viento helado soplaba en la calle.

Rosario estaba sentada en el sofá y Gerardo se paseaba por el aposento deteniéndose á veces frente á ella cuando la conversacion se animaba. Eran las siete de la noche: la partida debia principiarse á las diez.

Gerardo estaba colérico: Rosario, con su calma habitual, heria á su sócio-amante con sus sarcasmos.

—Que esto no puede continuar así, te digo.

—¿Y por qué, Gerardo? preguntó la cortesana riendo.

—Porque ese señor me envenena el alma tan solo con su presencia.

—Haces mal.

—No, no hago mal: no quiero que sea tu amante por mas tiempo. Esto te probará, á pesar de tus diabólicas teorías, que te amo.

—Yo también te quiero, y puedes creer que solo en tu obsequio y por tu bien, es decir, por nuestros intereses, lo acepté por amante.

—¿Qué dices! Explicáte. Y Gerardo descargó un puñetazo sobre una consola, haciendo bambolear unos jarrones de China y caer un candelabro al suelo.

—Cuidado, dijo Rosario con mucha calma, no te lastimes la mano, ni rompas mis jarrones; esos me los dió el coronel, y ya no hay en México de esa loza.....

—¡Caramba! No se puede hablar contigo, me voy. Y Gerardo se dirigió á la puerta.

—No debe dilatar Arturo, dijo Rosario, ese es más racional que tú.

Gerardo se quedó parado en el dintel de la puerta como una estatua.

—Ven, tonto, hablemos en paz, y verás como nos entendemos, dijo Rosario, al cabo de un momento de contemplar á Gerardo.

El señor Urrutia volvió al lado de Rosario, y se dejó caer en un sillón con marcada ira.

—¿Nos explicamos ó no?

—Ya lo habríamos hecho, si no fuera por tus violencias.

—Habla.

—Recordarás, hijito, que una de las condiciones de nuestro pacto fué la de desechar toda *preocupación social*, hacer dinero, y no andar con celos, ni amoríos, ni lloriqueos, propios tan solo de poetas ó de muchachos que comienzan á entrar en la senda del amor, y que ven estas cuestiones bajo un punto de vista tan espiritual, que en un momento dado se elevan los angelitos en alas de su fantasía, al quinto cielo.

Gerardo se sonrió, y Rosario, después de una pausa, siguió diciendo:

—Te proporcioné esa primera noche á Adela, que deseaba que fueras suyo..... Después, yo te dirijí con Constanza, y si has logrado tu objeto, es debido á mí. ¿Cuándo me he encelado? Por el contrario, mucho gusto he tenido en que varías de mugeres, porque una cansa..... Yo en cambio, dime, ¿cuántos amantes he tenido? Uno solamente, Arturo; y eso te garantizo que no le profeso ni pizca de cariño: si se lo tuviera, lo habría hecho mi socio, habría depositado en él mi confianza, y al hacerlo le hubiera entregado mi corazón.

Gerardo se estremeció.

—Por el contrario, ya lo ves, lo acepté por nuestros intereses, si no lo hubiera aceptado, á esta hora no vendría á jugar, y perderíamos quinientas ó mil onzas que pueden ingresar á nuestra caja.

Tan pronto como arruinemos á Arturo, opino porque suspendamos la partida: en ocho meses hemos ganado más de ciento cincuenta mil pesos. Haremos las particiones é iremos á dar un paseo por Europa.

Respecto de Constanza, opino porque recojas al niño que tenga, y que salves á esa pobre jóven de la situación en que se encuentra: diariamente recibe una carta suya dirigida á tí....

—Todo me parece muy bien, repuso Gerardo, pero te ruego que en esta noche quede terminado todo entre tí y Arturo, pues de lo contrario, no respondo de mis actos. Esta noche lleva la caja don Estéban, yo no me muevo de aquí.

Rosario trató de persuadir á Gerardo de que su propósito era una necedad, y que solo debían atender á sus intereses; mas todo en vano: al señor Urrutia lo había tentado el diablo de los celos sensuales.

Trabóse entre ambos un altercado que vino á interrumpir la presencia de Arturo en la sala.

El jóven saludó á Gerardo ceremoniosamente, y á Rosario con cariño. En seguida fué á sentarse al otro sillón. Rosario estaba en medio de los dos.

—¿Juega usted esta noche, Arturo?

—Sí, encantadora Chayo, contestó Arturo dándole en el hombro una palmadita.

Gerardo se estremeció de ira y tosizó con fuerza.

—¿No lleva usted la *caja* esta noche, Urrutia?

—No.

—¿Pues quién la lleva?

—Don Estéban.

—¿Está usted de mal humor?

—Sí.

—¡Caramba! parece usted *espartano*.

—No le haga usted caso, Arturo, dijo Rosario.

—Sí, hágame usted caso, Arturo, replicó Gerardo; le ruego á usted se vaya á jugar y me deje á solas con la señora: despues que concluya la partida hablaremos usted y yo; es indispensable.

—Obre usted con libertad, Arturo, dijo Rosario.

—Voy á complacer al señor, contestó Arturo.

Se levantó de su asiento, y en la puerta de la sala se detuvo, y volviéndose á Gerardo, le dijo:

—Urrutia, á la ocasion la pintan calva.

—Yo la aprovecharé, Arturo, contestó Gerardo con una sonrisa que hizo estremecer á Rosario.

Despues de la salida del rival de Gerardo, reinó un momento de silencio que ninguno de los dos se atrevía á rom-

per: el último altercado iba á ser terrible; Rosario y su amante, presintiéndolo, hacian acopio de argumentos y frases amargas, que cual un torrente iba á desbordarse de la boca de ambos.

Por fin Gerardo habló el primero.

—Estoy cansado, dijo, de soportar tus sarcasmos, tus teorías y tu tiranía: sí, tiranía que he soportado porque he sido un necio..... Pero todo tiene fin en en este mundo, y tanto lo has repetido, que me he llegado á cansar, y esta noche definitivamente acaba todo entre nosotros. Ya veremos quién pierde mas.

—No seré yo por cierto: bien poco he ganado con tus relaciones. Eres como todos los hombres á quienes se les prefiere de algun modo: ¡ingrato!..... ¿Crees por ventura que Arturo ocupa algun lugar en mi coraacion?..... No, Gerardo, no; pero ustedes los hombres..... tienen unas leyes..... que..... Y Rosario, llorando y con entrecortado acento, continuó:—Quisieran tener á todas las mugeres, y que todas, aunque estuviesen impuestas de sus infidelidades, fuesen constantes.....

El llanto de Rosario trastornó al señor Urrutia. La cortesana iba ganando terreno en el corazon de su amante; merced á sus lágrimas vertidas por amor ó por estudio, no lo sabemos, lo cierto es que Gerardo se sintió conmovido y le dijo á Rosario:

—No llores: convengo en que nos es grato á los hombres tener muchas mugeres, pero entre todas, alguna, tal vez la mas indigna, se lleva nuestra predileccion. Ya ves que soy sincero: tú no mereces mi cariño, eres una muger perdida, llena de nulidades, y sin embargo, me siento encadenado á tí..... Hay momentos en que quisiera devo verte la vir-

ginidad del alma y del cuerpo, y huir, huir á un monte, al desierto, á donde nadie te viera y á donde yo pudiera exclamar: ¡Esta muger ha sido, es y será únicamente mía!.....

Gerardo pronunció las últimas palabras con un entusiasmo salvaje. Rosario se acercó á él, echóle su brazo por el cuello y lo atrajo hácia ella con blandura..... Se oyó el chasquido de un beso, y en el mismo instante una carcajada burlesca.

—¡Qué farsal dijo Arturo desde la puerta. Señores, mirad á Pablo y Virginia en dulces coloquios, mientras su agente, su tallador, nos roba por allá.

Rosario y Gerardo quedaron aterrados: los jugadores que seguían á Arturo se rieron estrepitosamente. Gerardo se había puesto en pié, y dijo á Arturo:

—Esas palabras.....

—Esta sota de bastos *marcada* con tres puntos especiales; y así toda la baraja....., contestó Arturo mostrando á Urrutia una carta.

—Dispense usted una palabra, Arturo, replicó Gerardo.

—¡Gerardo! dijo Rosario.

—¡Señores! dijeron algunos concurrentes interponiéndose entre ellos.

—Es una explicación únicamente la que vamos á tener este caballero y yo, contestó Gerardo, llevándose al joven á la recámara.

—Bailaremos, dijo Rosario, mientras Gerardo y Arturo se explican.

—Gracias, contestaron todos, y comenzaron á salir de la casa, profiriendo palabras injuriosas en contra de Gerardo y de Rosario.

—Cuando salió el último, la cortesana mandó cerrar la puer-

ta, yendo á sentarse á un sillón en espera de la conferencia de Arturo y de Gerardo. El viejo tallador se había escurrido el primero en medio de la confusion general.

Un cuarto de hora despues el señor Urrutia se presentaba en la sala. Rosario, al verlo, dió un grito.

Gerardo estaba pálido: el cabello lo tenia erizado; la boca contraída: la mirada era vaga. Sobre la pechera de su camisa habia una mancha de sangre.

—¡Gerardo! ¿Qué pasa? ¡Dios mío! tengo miedo.....

—Escucha, dijo Gerardo tomando á la cortesana por un brazo y con acento que impropriamente llamaremos cavernoso. Arturo nos habia descubierto..... Arturo, era tu amante.... me insultó, y..... tuve un momento en que la sangre se me subió á la cabeza: estábamos solos. (Y Gerardo, con la vista extraviada, miró en torno de sí.) Mi mano oprimia con complacencia el pomo de mi puñal.....

—Acaba pronto.

—En uno de los cuartos de la azotehuela está ese hombre....

—¿Herido?..... ¿Tal vez de gravedad?

—¡Está muerto! dijo Gerardo con una mirada de loco y sonriendo diabólicamente.

Rosario exhaló un grito y cayó desplomada en un sillón.

Reinó un momento de silencio, interrumpido solamente por el tic tac de la péndola del reloj que estaba sobre una consola.

—Es indispensable, dijo Gerardo, como saliendo de su estupor, que mañana mismo te mudes de aquí, sin dejar huellas de tu persona.

—¡Qué dices! ¿Me abandonas? dijo Rosario, mirando que Gerardo se embozaba en su capa y se ponía el sombrero.

—Sí, voy á disponer mi equipaje.

—¡Esto mas, Gerardo!

—Ya te unirás conmigo en otra parte..... Adios.

Y Gerardo, sin atender á nada, salió rápidamente de la casa del crimen.

Rosario se puso á Horar.....

Media hora despues, dos mugeres envueltas en sus abrigos salian á la azotehuela; una de ellas llevaba en la mano un candelero con una vela. Su paso era vacilante.

—Gertrudis, acércate tú primero.

—Es que..... tengo miedo, *niña*.

—Pues vamos las dos.

Las dos mugeres avanzaron lentamente, y una de ellas abrió la puerta de uno de los cuartos.

Lo que vieron las hizo retroceder espantadas.

Arturo, pálido como la cera, estaba tendido en un lago de sangre, la pechera de su camisa estaba roja y bajo la tetilla izquierda tenia una herida profunda que debió atravesarle el corazon. En la mano derecha tenia una carta de la baraja: era una sota de bastos.

Rosario avanzó hasta él: la criada, vacilando en acercarse, se habia quedado en el dintel de la puerta. Una ráfaga de viento hizo que la vela se apgase.

—¡Jesual dijo Rosario; no te vayas, Gertrudis, porque me muero.....

—No, *niña*, contestó la criada.

—Traes cerillos?

—No.

—Yo, debo tener, espera.

—Rezarémos mientras, *niña*.

—¿Qué rezamos?

—La magnífica.

—No, repuso Rosario, otra cosa; reza conmigo.

Y Rosario empezó á decir: *Yo pecador, etc.*

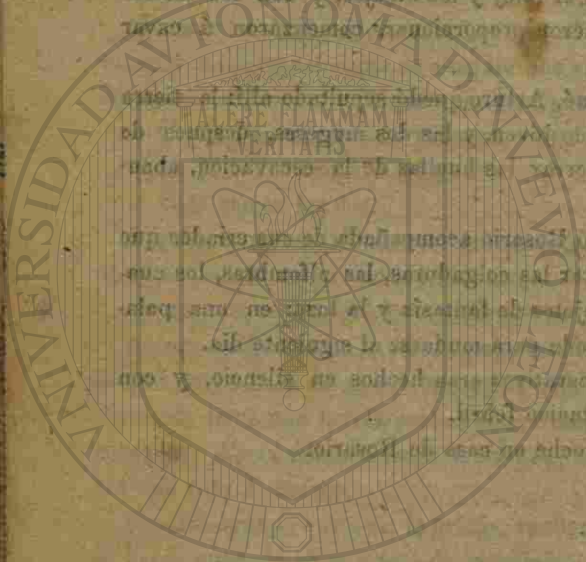
A la mitad de la oracion, la cortesana encontró los cerillos y encendió la vela. Las dos mugeres se acercaron al muerto: le quitaron el reloj y las alhajas, y con los instrumentos que se pudieron proporcionar, comenzaron á cavar la fosa.

Concluida que fué, Arturo quedó sepultado allí: la tierra cubrió al desgraciado jóven, y las dos mugeres, despues de lavar la sangre y borrar las huellas de la escavacion, abandonaron el cuarto.

La noche la pasó Rosario acompañada de sus criados que la ayudaban á quitar las colgaduras, las alfombras, los cuadros, á empacar objetos de fantasía y la loza: en una palabra, á disponerlo todo para mudarse al siguiente día.

Todos estos preparativos eran hechos en silencio, y con una especie de agitacion febril.

Así se pasó la noche en casa de Rosario.



—No quiero Rosario, otra cosa, otra cosa.
Y Rosario supuso que había perdido. Era
A la mitad de la noche, la corriente cargada los vest
ellos y cesó de la vida. Los dos amigos se acercaron al
muerto, lo pusieron al lado y las almas y con los brazos
manos que se habían movido, y con los brazos
la cara, y con los brazos
concedida que había, y con los brazos
cubrió al desventurado, y con los brazos
lavar la sangre y lavar la sangre y lavar la sangre
Johnston el cuarto.
La noche se pasó, y con los brazos
de espaldas a poder las no quedaba las almas
lora a temer, y con los brazos
pra, a temer, y con los brazos
Todos estos preparativos se hicieron en silencio, y con
una espada se quitó la vida.
Así se pasó la noche en casa de Johnston.

Gerardo, trastornada su cabeza por la ira, había salido
de la casa de Rosario, y andando precipitadamente por las
solitarias calles que conducían para la en que él vivía, ha-
bia llegado á esta bien pronto.
Llamó con tres golpes violentos y fuertes, y la puerta se
abrió. Gerardo entró sin preguntar al portero, como tenía
de costumbre, si álguien lo había buscado: el portero, pues,
tuvo que alcanzarlo en la escalera, para entregarle una carta.
El señor Urrutia la tomó maquinalmente, y con ella en la
mano, llegó á su recámara.
Nicolás estaba á su lado.
—Nicolás.
—Niño.
—Cierra todas las puertas y escúchame.
El mozo permaneció inmóvil.
—¿No has oído? dijo Gerardo con angustia.
Nicolás extrañó el tono, y fué á cerrar la puerta de la sa-

NICOLAS SE TRASFORMA.

la y después la de la recámara, volviendo al lado de su amo, á quien contemplaba con curiosidad.

Gerardo puso la capa y el sombrero sobre una silla y le dijo al mozo, mirándole extraviadamente:

— Dame ropa blanca para mudarme, alístate una petaca con ropa y guarda mis papeles y dinero. Te escribiré por el correo con el nombre de..... ya hablaremos de eso á última hora: pero, ¿qué haces ahí como estatus? muévete, que estoy muy violento, no tengo tiempo que perder.

Nicolás miraba cada vez mas admirado á Gerardo; se acercó hasta tocarlo, y poniéndole el índice sobre el pecho, dijo con acento singular esta sola palabra:

— ¡Sangre!

Gerardo se estremeció, y no encontrando al pronto una palabra que contestar, volvió el rostro á otro lado: al hacerlo, vió sobre la pared una cosa extraña; entónces, tomando el brazo de Nicolás, le preguntó aterrorizado:

— ¿Qué es eso?.....

— ¡Tu concienzial repuso Nicolás con voz ronca.

Estas solas palabras fueron dichas con un tono tan solemne, que Gerardo quedó aterrado, dudando que Nicolás las hubiese proferido.

— ¿Qué dijiste?

— Que acabas de cometer un crimen, Gerardo, y que tu conciencia te acusa.

El señor Urrutia no se habia apercebido del tratamiento familiar que su mozo le daba, y murmuró con débil voz:

— Nicolás.....

— ¿Esa sangre?

— Me he batido.

— ¡Mientes!

— ¿Que miento?

— Sí, eres muy cobarde: te conozco; tú, lo que has hecho, es asesinar á alguno.

— Tenia ira, y.....

— Tenias celos ó sed de oro.

Gerardo miró con espantados ojos á Nicolás.

— Adivino, ¿no es verdad?

— Fué en casa de Rosario, dijo Gerardo como delirando. Arturo..... el amante de Rosario con mi consentimiento, descubrió nuestros... ardides.... Estaba perdido, y le maté.

Hubo una pausa muy prolongada: Nicolás, después de mirar tristemente á su amo, exhaló un sollozo y le dijo:

— Bien pronto hará tres años, Gerardo, que llegamos á México: al salir de nuestra tierra, Orizava, tu padre y mi amo y señor don Pedro, me recomendó vigilar tu conducta, evitara tu perdicion y lo pusiera al tanto del género de vida que siguieras y del uso que hicieras de tu libertad: y yo, complaciente con el hijo de mis señores á quienes tanto debo, he quedado lucido..... ¿Qué le diré ahora á tu padre? ¿que eres jugador y asesino.....? ¡Ay! mi primera debilidad fué darte un tratamiento respetuoso: ya se ve, veniamos á México, á la capital, y debiamos ser en todo gente elegante, despreocupada, de moda.... Pero, ¿qué habrian dicho tus amigos? ¿qué hubiera pensado la misma servidumbre al ver que un pobre criado te hablaba de tú?

Distintas ocasiones he querido enviar á tu padre el diario escrito que llevo de tu vida, y otras tantas no lo he hecho esperando verte volver sobre tus pasos: Yo tambien fui ligero de cascos cuando jóven, pero ¡ay! hasta en mi humilde esfera, los jóvenes eran ménos corrompidos que hoy.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Gerardo, detente en el camino del crimen, es tiempo ya. Y el pobre anciano se puso á llorar.

El jóven iba perdiendo poco á poco su terror, y comprendió que podia sacar partido del enternecimiento del anciano Nicolás. Dejólo, pues, llorar un momento, y le dijo á poco rato:

—Bien, Nicolás, yo me enendaré, pero ahora es preciso salvarme de esta situacion: ¿qué hago?

Nicolás quedó pensativo. Casualmente vió la carta que Gerardo habia recibido al entrar, y que su terror no le habia permitido leer.

—¿Y esa carta?

Gerardo fijó su vista en el sobre, y reconoció la letra de Constanza. La abrió y leyó lo siguiente:

«Gerardo:

«Te he escrito mil veces sin obtener contestacion: cuando recibas esta, habré dado á luz al sér infortunado que es tu hijo. Mi padre debe saberlo todo, ménos el nombre de mi seductor.»

«En nombre de lo que mas ames, repara tu falta, ten compasion de

«CONSTANZA.»

Gerardo volvió á palidecer, y la carta se escapó de sus manos.

—¿Qué es eso? preguntó Nicolás. ¿Un nuevo crimen?

—No: es una recomendacion para.....

Nicolás se sonrió: tomó la carta, y poniéndose sus anteojos, leyó su contenido.

—¿Lo ves, Gerardo, como era un nuevo crimen? Quizá

esta jóven es digna de tu amor; la has deshonrado y ahora la abandonas.

—Nicolás.....

—¡Ay, Gerardo! si viviera tu buena y excelente madre, si supiera esto tu padre.....

—Nicolás, estoy arrepentido, te juro reparar todos los males que he hecho, pero en la actualidad, sálvame, porque de lo contrario, no podré salvar á esta jóven.

—Pues bien, escucha: mi opinion es que entres á ejercicios en la *Profesa*, y que salgas de allí para casarte con esa señorita.

—Nicolás, ¿qué, no seria mejor huir por algun tiempo?

—¿Y á dónde irás que no te alcance la justicia del cielo?

—¿Qué dices! Explicáte, dijo Gerardo mirando en torno de sí con terror, pues la palabra justicia lo intimidaba.

—Ayer se dió el primer caso de cólera-morbo en México.

—¿Es verdad lo que dices?

—Es cierto, por desgracia.

—Entonces sí, haré lo que me aconsejas, arréglalo todo, y al salir me casaré con Constanza.

—Todo corre de mi cuenta.

—Está bien, pero no me dejes solo esta noche.

Gerardo tenia un terror pánico, y pasó la noche acompañado de Nicolás.

El mas repugnante de los crímenes habia manchado para siempre al jóven: el homicidio. Desde Cain hasta el último asesino, siempre serán vistos con horror aquellos que priven de la existencia á sus semejantes..... Gerardo habia quebrantado el quinto precepto del *Decálogo*: No MATARAS.

su casa. Había noches que al señor Pastrana le daban las doce en el café.

Era una tarde del mes de Diciembre: el invierno había sido ese año muy intenso: Constanza se había retirado de su balcon para irse á sentar al sofá, cuando sintió un dolor agudo.

Momentos despues el dolor crecia: la jóven se dirigió á su recámara, se acostó en el lecho, y comenzó á quejarse débilmente. El dolor aumentaba cada vez mas. Constanza se quejaba con mas fuerza.

Sus ayes llamaron la atencion de la criada y entró á ver qué tenia su ama.

La sirvienta era una muger de edad madura, pues la otra criada, comprendiendo lo que podria suceder, había huido una noche, temerosa de que el señor Pastrana la obligase á decir lo que supiera.

—¿Está usted mala, *niña*? entró diciendo la sirvienta.

—Sí, Regina.

—Válgame Dios, *niña*! ¿qué haremos?..... El amo viene tan tarde, que..... ¿Quiere usted que lo vaya á buscar?

—No, no: dijo Constanza con terror.

—Llamaré á un médico, señorita.

—No, Regina.

—¿Pues qué hacemos? ¿Cómo dejo á su merced con esos dolores? Voy á llamarlo.

—Regina..... no llame usted á nadie, me moriría de vergüenza al..... Constanza no pudo concluir; un dolor mas agudo la hizo prorumpir en un grito.

—Si el médico no ha de verle nada á su merced, repuso la criada, que creyó que Constanza lo hacia por un rasgo de exagerado pudor. ¿Qué le duele á usted?

—El (vientre, Regina, pero..... Y Constanza siguió dando de gritos, sin acabar de hablar.

Regina creyó de su deber ir por un facultativo, sin hacerle caso á su ama, y salió precipitadamente por él.

Media hora despues entraba el médico en la recámara de la jóven. Regina, la criada, estaba allí.

—Señorita, he sido llamado, dijo el doctor, por esta muger, y vengo á prestar á usted los auxilios de la ciencia. ¿Qué tiene usted? ¿qué le duele?

Constanza, comprendiendo que no había remedio, se quedó mirando al doctor, que era un hombre como de treinta y cinco años y de fisonomía agradable.

—Regina, déjanos solos al señor y á mí.

La criada salió sorprendida.

—Doctor, suplico á usted cierre la puerta.

El médico fué á cerrar con llave, principiando á sospechar.

—Veamos, ¿qué tiene usted?

—Doctor: estoy embarazada, mi padre, que es un pobre anciano, lo ignora: deme usted algo para que muera, y le viviré á usted agradecida las pocas horas que me queden de existencia.

El médico se sonrió.

—¿No quiere usted hacerme esa gracia, doctor?

—No, señorita, ese es un crimen, y yo no soy un criminal.

—Entonces me moriré de vergüenza, doctor..... No crea usted que soy una muger perdida, esta es una desgracia. Quizá á sus ojos estoy apareciendo como una muger degradada, y..... La jóven se puso á llorar.

—Cálmese usted, señorita: soy médico; nosotros sabemos tanto como los confesores. Me he visto en mas de un caso semejante al de usted: comprendo, comprendo, pobre niña,

un seductor ¿no es verdad? Un jóven, bien parecido, elegante, rico tal vez, de finos modales, de buena conversacion, es el autor de esto, ¿no es cierto?

—¡Ay! Dios mio.

—Abunda ese género, señorita, y si á la muger se le diese otra educacion y si se corriera severamente la seducción, no habria de esto: pero confie usted en mí, no seré únicamente el médico, seré el amigo. Yo esperaré al papá de usted, yo le daré la noticia con prudencia..... Voy á mandar llamar á una *partera* para que me ayude.....

Dos horas despues, Constanza estaba fuera de peligro, y un pobre niño lloraba en brazos de la *partera*.

El doctor habia tenido que operar á la jóven; el parto habia sido difícil: esto era consiguiente. Las circunstancias que habian concurrido durante el embarazo de Constanza, eran otros tantos motivos para hacer su alumbramiento peligroso: los arbitrios que las mugeres tienen para ocultar su estado, las aficciones diarias, los alimentos, la falta de ejercicio, las largas noches de invierno pasadas en vela, ora en rezos inoportunos, ora en lamentaciones y lágrimas, debian contribuir á que el acto natural fuese forzado y peligroso.

Eran las diez de la noche: Constanza estaba acompañada de la *partera*, mientras el doctor se paseaba en la sala, sumamente preocupado.

El doctor de que hablamos era un médico *estóico* por temperamento y por consecuencia de su profesion, pero no era *ex-céptico*, por el contrario, era CATOLICO ILUSTRADO. Nuestros lectores no extrañarán que marquemos estas palabras; es ya tiempo de que se conozca á los hombres de esta escuela: nuestro doctor es un tipo mal diseñado, como todo lo que nace de nuestra imaginacion, avara en deseos y pobre en

concepciones, pero estudiaremos este carácter lo mejor que podamos, y se nos perdonarán las imperfecciones en que incurramos al describirlo, en pró de la intencion.

El doctor, como ántes dijimos, era un hombre de una edad madura: durante los primeros años de su vida habia sido muy desgraciado. Su carrera habia sido concluida en medio de las circunstancias mas aciagas, pero jamas intentó cortar sus estudios.

Cuando se hubo recibido, se estableció pobremente, teniendo una gran fé en el porvenir: bien pronto se acreditó, y pudo entonces disfrutar de ciertas comodidades que jamas habia conocido.

Nuestro doctor le dió gracias á Jesus en quien habia reconocido al Dios-hombre, por sus beneficios.

Hacia el bien siempre que podia, sin hacer alarde de él: lo hacia en silencio y sin mirar á quién, en cumplimiento de los preceptos del divino Maestro.

Creía en Dios, en la Virgen y en la inmortalidad del alma.

Por Jesus, por ese Dios de cabellos de oro y sandalias de peregrino, como dice Pelletan, sentia admiracion, respeto y amor: por la Virgen, por esa figura poética y sublime del catolicismo, sentia ternura cuando pensaba en ella. Creía en que el alma inmortal, debia gozar mas tarde de Dios: en cuanto á las penas eternas, dudaba, y solo admitia el castigo de las culpas en este mundo de prueba y de dolor.

Vivia solo: nunca habia pensado en casarse; no por egoismo, sino para dedicarse por completo á la ciencia.

Hé aquí la religion y las costumbres del doctor, descritas á grandes rasgos.

El reloj del convento de la Concepcion dió una sola campanada: la puerta de la sala se abrió y entró por ella el señor

don Nemesio, con el semblante algo trastornado. La criada le habia dicho que Constanza estaba enferma y que el médico lo esperaba en la sala.

—Caballero..... ¿es usted?.....

—El médico, si señor.

—La criada me dijo que mi hija.....

—Ha corrido un gran peligro, pero está fuera de él: pero..... nos sentaremos, si usted me lo permite, porque tengo que hablarle á usted extensamente.

Don Nemesio se sentó en el sofá y el médico en un sillón.

—La Providencia, señor, parece que tiene sus elegidos en el mundo, para enviarles grandes dolores.....

—¿Ha muerto Constanza? dijo el señor Pastrana interrumpiendo al doctor.

—Siga usted escuchando.

—Ese preámbulo.....

—Tiene su objeto.

—Concluya usted, doctor, la incertidumbre mata.

—Pues bien, decia á usted que la Providencia envia dolores, para los cuales hay que revestirse de paciencia, de resignacion cristiana y obrar con calma. Así como hay hombres que son el azote de una nacion, hay otros que lo son de una familia: un seductor, por ejemplo, es verdugo de una familia..... ¡Ay! señor, si un jóven pensara un momento las lágrimas y las consecuencias trascendentales que ocasiona con seducir á una jóven, no lo haria..... Constanza, la hija de usted, ha sido víctima.....

—¿Qué dice usted, doctor?.....

—De la seducción,.....

—No comprendo aún..... explíquese usted.

—Constanza ha dado á luz un niño.

—¿Un qué?

—Un niño: es decir, es madre.....

El señor Pastrana se quedó mirando al doctor con extrañados ojos: se llevó las manos á la cabeza, como para asegurarse de su individualidad.

El doctor le observaba con atencion.....

En ese momento se oyó el llanto del recién nacido.

—¿Qué es eso?

—El hijo de Constanza que llora.

—Caballero, usted se chaceas, ¿no es cierto?

—No me he chaceado nunca con el corazon ni cen la honra de un padre.....

—¡La honra! Já, já, já..... ya no tengo honra, dijo don Nemesio con voz ahogada por los sollozos.

El médico se agitó en su asiento.

Don Nemesio se cubrió el rostro con las manos, y se hundió de nuevo en sus meditaciones. De súbito levantó el rostro, y mirando al doctor con lloresos ojos, le dijo:

—¿Qué pronto conciben las mugeres, ¿verdad?

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque esta mañana estaba buena esa que fué mi hija.....

—Es que usted no le habia conocido nada, pobre anciano.

—Y usted..... ¿cómo supo?.....

—Ella me reveló todo, y quise esperar á usted para prevenirlo.....

—¿Qué oficijsidad..... ¿Cuánto debo á usted, doctor?

—Nada, contestó el médico, sin sentirse herido por los sarcasmos del señor Pastrana.

—¿Qué, no se va usted, doctor?

—No.

—Me estorba usted.

—¿Por qué?

—Voy á matar á esa.....

—No la matará usted... .. ¿Qué culpa tiene esa infeliz muger? ¡cómo es posible que un padre participe de las ideas vulgares de la sociedad! ¡La muger! la débil criatura, es la que debe defenderse sola de la seducción: el seductor no es culpable, *estuvo en su derecho*, como dice el mundo.....

¡Perdónela usted en nombre de Jesucristo!

Las últimas palabras del médico volvieron al señor Pastrana á la vida real: el golpe que habia recibido le trastornó por un momento el cerebro. Comenzó á llorar en silencio, y despues, sollozando, tomó un brazo del doctor y le decia:

—¡A dónde está Dios!

—Mirando el llanto de un anciano padre, del que tomará cuenta al vil seductor.....

Don Nemesio siguió llorando.....

El médico se alegró de esta crisis: el señor Pastrana se habia salvado.....

Pasados algunos momentos, el señor don Nemesio enjugó el llanto de sus ojos y le dijo al médico:

—Quiero ver á mi hija.

—Vamos, contestó el doctor.

El médico entró el primero á la recámara, y suplicó á la partera que se retirase si ya habia concluido, encargándole fuera á su casa al siguiente dia.

La partera abandonó la estancia.

Don Nemesio entró preguntándole á su hija cómo se sentia: Constanza no respondió y se echó á llorar. El anciano fué á darle un beso en la frente.

Era el perdon del padre á la hija

Don Nemesio tomó en sus brazos al niño, y sonriendo á la vez que enjugaba dos lágrimas, exclamó con un candor que conmovia:

—Ya soy abuelito Qué bonito es el niño, ¿Cómo se llamará?

—Doctor, ¿cómo es el nombre de usted? preguntó Constanza conmovida.

—Es verdad, exclamó don Nemesio, el señor es nuestro amigo desde hoy.

—Gracias, dijo el doctor. Acepto y llevaré al niño á la fuente bautismal: mi nombre es Salvador R**

—Su nombre de usted está acreditado, repuso Constanza, usted ha sido mi salvador, y mi hijo llevará su nombre.

El médico, comprendiendo que el padre y la hija desearian estar solos, y que la jóven estaba fuera de todo peligro, se despidió de ellos ofreciéndoles venir al siguiente dia.

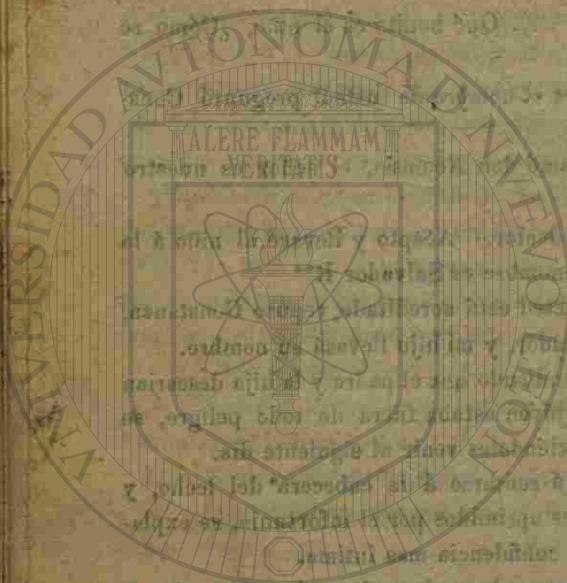
Don Nemesio fué á sentarse á la cabecera del lecho, y aquellos dos corazones oprimidos por el infortunio, se expresaron en medio de la confianza mas íntima.

Constanza reveló á su padre todo, ménos el nombre de su seductor.....

Cuando las campanas del vecino convento daban el toque de alba, la pálida luz de la mañana alumbraba la recámara de Constanza, en la que se veia el desórden consiguiente á la pasada noche.

Constanza dormia al lado de su pequeño hijo, con un sueño intranquilo: don Nemesio, sentado en una silla, recargada en la pared, dormia tambien. Su frente estaba inundada de sudor.

¡Pobres víctimas!



EL PANTEON DE SANTA MARIA.

Habian trascurrido dos meses.
El cólera, esa epidemia mortífera azote de la humanidad, diezmaba á la capital.

Las campanas de las iglesias habian enmudecido por órden de las autoridades; la campanilla del *Védico* se habia suprimido tambien para evitar el pánico de las gentes. Por las tardes, los templos eran invadidos por la muchedumbre que iba á hacer rogaciones á Dios.

Hombres, mugeres y niños de cierta edad corrian al confesionario presurosos, para estar listos á un llamamiento de la Providencia.

En las casas, las familias adoptaban métodos especiales de higiene; el régimen de las comidas era sóbrio.

Todas las ocupaciones eran prácticas religiosas, entretenimientos honestos. Nadie comia fruta, ninguno se desvelaba: las diversiones públicas estaban suprimidas.

Tal era el aspecto de México, en lo general, en esa época terrible.

Gerardo habia salido de ejercicios, más asustado que arrepentido: iba á misa diariamente, daba limosnas á los pobres, salia poco de su casa, y rezaba mucho en compaña de Nicolás.

El viejo sirviente se felicitaba para su interior de haber hecho una conversion.

Despues de mes y medio, Gerardo, acosado por el miedo y por Nicolás, escribió á Constanza pidiéndole una cita para arreglar el casamiento que debia reparar la honra perdida de la jóven.

La hija del señor Pastrana aceptó, y solo puso objeciones al lugar de la cita, pues el señor Urrutia queria que fuese en su casa. Gerardo pensó en un lugar solitario y se lo comunicó á su víctima: esta se negó. Se pensó entonces en un templo, pero los dos desistieron asustados. Por último, Gerardo propuso que fuese la entrevista en el panteon de Santa María. Aquel lugar, solitario y sagrado por mil títulos, prestaba á ambos amantes las seguridades que deseaban: fijóse el dia y la hora, y Gerardo llegó el primero al lugar de la cita.

Constanza salió á misa muy de mañana, y de allí se dirigió al panteon.

Gerardo la esperaba sentado en un sepulcro; Constanza, vestida de negro y sumamente pálida, se acercó á su pérfido amante.

Gerardo se puso en pié.

—Gerardo..... dijo la jóven, y bajó sus ojos sin atreverse á mirar cara á cara á su seductor.

—¿Cómo te va? contestó el señor Urrutia, y despues de contemplarla en silencio, pensó aquel malvado esto:—¿Qué

hermosa se ha puesto Constanza con ser madre!... Y aquel pensamiento impuro se grabó en el rostro del jóven.

Constanza, al ver á su amante, habia recorrido con la imaginacion la historia de su infortunio, y su corazon sensible se sintió oprimido con aquel doloroso recuerdo del pasado.

—Hablemos, dijo Gerardo, con la voz conmovida por los deseos.

—¡Ay, Gerardo! cuánto he sufrido por tí, repuso la infeliz amante, que habia creído que la emocion del jóven la habia motivado otra causa.

—¿Qué hermosa estás!

—Me parece que no es oportuno que me dirijas esas palabras: lo que ha pasado entre nosotros, el motivo que nos reune, el sitio y las circunstancias.....

—Es cierto, le interrumpió Gerardo aterrorizado al recordar la epidemia y que estaba en un cementerio.

—Si vieras qué noche tan terrible fué para mí aquella en que dí á luz á Salvador!..... No sé cómo no me volví loca..... Mi anciano padre, si supieras lo que me dijo..... ¡ay, Gerardo! pobre de mi padre..... Y Constanza se echó á llorar.

—Cállate, cállate: no llores, todo pasó ya; el remedio se va á poner, y debes olvidar tus sufrimientos: mírame á tus piés, Constanza..... vamos, ya no llores..... Te amo tanto, Constanza mia, que no sé cómo cometí semejante accion: pero mi disculpa es mi juventud y el amor que te profeso, dos móviles poderosos que nos empujaron al abismo; pero siempre pensé en volver sobre mis pasos, y reparar mi falta dándote mi nombre.

La jóven enjugó el llanto y preguntó al señor Urrutia:

—¿Cómo piensas arreglar el casamiento?

—Ocurriendo mañana mismo á ver al *provisor*, y pagar las *vanas*. El *dicho*, que te lo tomen á una hora en que tu papá no esté en la casa, y dentro de ocho días te espero aquí; montamos en mi coche y nos vamos á casar en el acto. Vuelves á tu casa, refieres á tu papá lo ocurrido, y en la noche me presento yo á pedirle perdon y llevarte á tu casa.

—Está bien: acepto todo, principalmente por mi hijo.

—¿Y por mí no?

—¡Ay, Gerardo! me tienes muy ofendida.

—Corramos un velo sobre el pasado ¿quieres?

—Sí.....

—Dame tu mano.

La jóven tendió su mano al señor Urrutia. Este imprimió un beso en ella, y se separaron.

Gerardo, al salir del panteon, dió al administrador una moneda de oro.

El empleado se inclinó profundamente ante el señor Urrutia, y este montó en su carruaje.

El plazo fijado por Gerardo habia concluido: á Constanza se le habia tomado el *dicho*, y todo estaba convenientemente arreglado.

El señor Urrutia se dirigió el octavo dia al panteon.

Serian como las cuatro de la tarde cuando Gerardo entró al cementerio: la cita era á las cuatro y media.

El jóven, con objeto de no fastidiarse mas de lo regular en espera de Constanza, comenzó á pasearse por los corredores y á leer las inscripciones de las lápidas.

Gerardo, sin apercibirse de ello, se fué entristeciendo po-

co á poco, y se sintió acometido de ideas lúgubres y extrañas.

Al visitar un panteon, nunca entramos á él como salimos despues de verle. Ese silencio glacial que reina en la mansion de los muertos, conmueve. Allí leemos sobre una lápida un soneto, una cuarteta ó un dístico que el esposo dedica á la memoria de la compañera de su vida: allá, alguna palabra tierna del hijo á la madre ó vice-versa: acullá, el nombre de un niño: mas allá, alguna alegoría sentimental. Nosotros hemos visitado varias veces un panteon, y nos ha impresionado siempre la visita, durándonos ciertas ideas tristes por algunos dias.

Generalmente los versos que se hallan escritos sobre las lápidas, no tienen ningun mérito literario, y algunos son hasta disparatados; sin embargo, nosotros nunca nos hemos burlado de esas producciones, pues hemos creído comprender algo superior al génio en esas composiciones dolorosas: la angustia del huérfano, la afliccion del padre ó de la madre, el dolor del esposo, el pesar del hermano ó del amigo.

Gerardo habia recorrido todo el corredor que mira al Poniente, yendo á sentarse despues sobre una piedra. El jóven estaba triste y meditabundo.

Miró su reloj, y vió que marcaba las cuatro y media.— «No debe de tardar Constanza, se dijo: ¿por qué dilatará? Vaya que me he entristecido!» Y Gerardo, para no resentir la espera, volvió á levantarse de su asiento, y tomando por otro corredor, siguió leyendo los nombres y los versos escritos en las lápidas.

Habia recorrido la mitad del corredor cuando llamó su atencion un nicho sin lápidas, y que sobre la mezcla aplana-

da, tenia escritos caracteres imperfectos y con la punta de un clavo seguramente, dos iniciales y una fecha que decian esto:

C. P.

1.º de Mayo de 18.....

Gerardo sintió palpar su corazon de una manera inusitada, y se dirigió con violencia á ver al administrador del panteon.

—¿Quisiera usted tener la bondad de mirar en su registro el número* de un nicho que ha excitado mi curiosidad?

—Con mucho gusto, caballero, repuso el empleado, que no habia olvidado la moneda de oro que el señor Urrutia le diera una vez.

El empleado abrió su fúnebre registro y comenzó á leer á media voz algunos números y nombres hasta llegar al que deseaba el jóven.

—¡Ah, señor! exclamó el empleado al encontrar el número, es un caso de cólera de los mas violentos, ocurrido en una jóven que segun he sabido iba á casarse.....

—¿Qué dice usted!

—Lo que usted escucha, caballero: la muerte anda ahora á caballo. ¡Pobre jóven! «Veinte años, doncella, calle de la Concepcion número **.....» Pero, ¡qué veol usted se pone malo, señor: está usted muy pálido ¿quiere usted agua? Si yo hubiera sabido.....

—El nombre, el nombre de esa jóven, preguntó Gerardo, que tuvo necesidad de apoyarse en la mesa en que estaba el fatídico registro.

—Señor.....

—Pronto, dijo el señor Urrutia, tirando sobre la mesa una media onza.

—Constanza Pastrana, murmuró el administrador.

No bien escuchó Gerardo el nombre de su amada, de su futura esposa, cuando tambaleó como un ébrio, y ántes que el empleado lo pudiera evitar, cayó al suelo privado de sentido.....*

El administrador y un sepulturero levantaron á Gerardo del suelo y lo trasportaron á su carruaje, refiriéndole al cochero lo que habia ocurrido.

El coche partió al galope de sus caballos, y entró á la casa de la calle de *Revillagigedo* llevando al jóven desmayado aún.

Fué colocado en el lecho, y su servidumbre corrió consternada en busca de un médico.....

* El episodio referido, es histórico.—N. del A.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE.

JULIA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNA PROFESION.

Nos vemos obligados á retroceder algunos meses, para interiorizar á nuestros lectores de lo que le habia acontecido á Julia, hasta el día de su profesion, acaecida un mes antes de la muerte de su hermana Constanza.

La jóven, como recordarán nuestros lectores, creyó encontrar un consuelo en el claustro á su primera decepcion.

El carácter de Julia, que era el contraste de el de su hermana, habia sufrido un cambio total.

Las jóvenes de carácter frio por naturaleza, cuando llega su época de transicion, están expuestas á lanzarse al abismo como le sucedió á Constanza; y las de carácter franco, espan-

sivo, alegre y ardiente, cuando sufren en la vida un golpe moral como el de Julia, se opera en ellas una metamorfosis rara: esto le sucedió á Julia.

El día señalado para su entrada al convento, la jóven no quiso que su padre la acompañase: al salir el señor Pastrana para el ministerio, su hija lo fué á dejar hasta la escalera como tenia de costumbre, y pronunció un *hasta luego*, que era su eterno adios, porque Julia se iba resuelta á no volver á su casa.

Su dolor fué por algunos días pasivo y espontáneo, pero poco á poco su alma se fué fortaleciendo en ese mismo dolor, hasta hallar un goce inexplicable en su propia pena.

Julia era verdaderamente feliz, cuando en las altas horas de la noche concurría á coro. Las notas suaves del órgano esparcían en todo su sér una especie de fluido magnético que la arrobaba: los cánticos de las monjas que entonaban la salmódica oracion, la conmovian hasta derramar lágrima silenciosas que brotaban de lo mas íntimo de su alma.

Se retiraba á su celda pensativa, y en sueños veía á Jesus enjugando su llanto.....

Otras veces, creía ver entre el humo del incienso que se elevaba en espiral hasta la cúpula y de allí tornaba á esparcirse por las naves del templo, la imágen de Gerardo que enamorado le pedia perdón.

Julia, en el interior del claustro, se mostraba alegre y expansiva, como habia sido siempre en su casa, pero aquel exterior, era la corteza efímera que encubria un corazón atribulado.

La hija del señor Pastrana era tan simpática, su estilo era tan franco y ameno, que se habia captado el cariño de las monjas y siempre andaba la jóven de celda en celda, por

que las religiosas se disputaban su compañía. Pero Julia era infortunada; viniendo á aumentar su desgracia las amonestaciones de su confesor que era demasidamente vulgar.

La jóven le habia revelado aquellos arrobamientos que sentia en el coro, aquella melancolía, la exquisita sensibilidad de su alma, sus lágrimas vertidas en medio de éxtasis embriagadores, y por último, sus sueños. El buen fraile, con la mejor buena fé, pero con la mas crasa ignorancia, creia combatir aquellos sentimientos, aquel dolor de una alma enamorada y sensible, con aterrorizarla diciéndole:—«¡Satanas! Satanás que pretende llevarse tu alma, es el que te pone esas tentaciones y perturba tu mente, Julia. Invoca á Dios, ora, haz penitencia, ayuna.....» Y Julia hacia lo que su confesor le mandaba, pero todo en vano, sus goces eran sus éxtasis en el coro.

Bien pronto corrió el tiempo y pasó el noviciado. Las relaciones del señor Pastrana y su excelencia el señor ministro proporcionaron la dote.

Julia, aumentada su belleza con el sello melancólico de su infortunio, vistió el traje blanco, se ciñó la corona de azahares, y salió á los tres días del último paseo, precursor de la profesión.

En esos días, Constanza tuvo cuidado de ocultar á su hijo: Julia ignoraba todo, y solo despues de profesada pensaba su hermana contarle su infortunio, reservándose siempre el nombre de su seductor.

Era una mañana apacible del mes de Febrero: la iglesia de la Concepcion se habia engalanado con sus mejores adornos. Los sacristanes daban la *última mano* á los altares

laterales, profusamente iluminados: el humo del incienso poblaba el templo: el órgano dejaba oír sus místicas notas.

Una concurrencia escogida y numerosa ocupaba todos los asientos.

El señor Pastrana entró á la iglesia, y fué á colocarse junto al coro, á donde habia de solemnizarse la profesion.

Por fin, la misa principió: las voces suaves y frescas de las monjas la cantaban desde el coro. A la mitad de la misa, *fray Pablo del corazon de Maria*, subió al púlpito, y en un sentido sermón comenzó á elogiar las virtudes de la novicia y las ventajas de la vida del claustro: los circunstantes se hallaban conmovidos..... En seguida los sacerdotes se dirigieron al coro: en él estaba la comunidad formada en dos alas, alumbrando con cirios en las manos. La abadesa se acercó, llevándola á Julia de la mano.

El señor Pastrana, con las lágrimas en los ojos, se sentía desfallecer.

El sacerdote que decia la misa dirigió á Julia una exhortación patética: encomió la vida del claustro, la felicitó por el esposo que habia elegido y recibió sus votos.

Cuando Julia comenzó á decir: «Yo, sor Julia del Corazon de Jesus, prometo y juro, etc.....» el señor Pastrana, no pudiendo resistir tantas emociones, se desmayó junto á un confesonario.....

Los demas circunstantes contemplaban á Julia conmovidos.

La hija de don Nemesio estaba bella: el vestido monjil aumentaba el brillo de sus ojos azules, en los que se adivinaba toda la tristeza de aquel resultado contrario á los deseos íntimos de su alma y aceptado únicamente por decepcion.....

Sus labios hubieran pronunciado mejor un juramento de amor eterno á un hombre, y no uno de castidad: séanos permitido

decirlo de una vez, nada de masedumbre, nada de castidad y de pureza expresaban aquellos ojos ni aquellos labios que se hicieron para dar besos ardientes á un esposo material.

Julia fué tendida en una losa, y la comunidad entonó con voz lúgubre la *vigilia*: Julia habia muerto para el mundo....

Cuando las campanas repicaban á vuelo, cuando la gente salia del templo y los convidados se dirigian á la *Portería*, en la cual se sirvió un refresco, un sacristán rociaba con agua el rostro de don Nemesio.

El anciano abrió los ojos.

—¿A dónde estoy? preguntó.

—En la iglesia.

—¿Y mi hija?

—¿Cuál hija?

—Julia..... la..... monja.

—¡Ahl ¿es usted su padre? Lo esperan á usted para el refresco: venga usted, venga usted, señor.

—Allá voy, dijo don Nemesio, levantándose del suelo, vaya usted á decir que allá voy.

El sacristán se alejó, y don Nemesio salió de la iglesia y se fué para su casa, con objeto de llorar libremente.

Entre tanto, en la portería, recibia Julia mil felicitaciones de los convidados: ella contestaba con sonrisas y frases cariñosas.

—¡Qué bella está! murmuraba una anciana al oído de una niña de quince años. Mira, sobrina, qué color tan hermoso ha dado la virtud á su blanco rostro: ¡ay! si lo que Dios hace solo para visto.

En efecto, las mejillas de Julia estaban coloradas, como si fuese á brotar sangre de ellas: pero no era de placer, por

el contrario, eran los síntomas de la desesperación, de la fiebre, del despecho..... En aquel momento la pobre joven se aturdió con las conversaciones, con los obsequios, con las frases cariñosas y con las copitas de vino Jerez: pero su corazón estaba oprimido, é interiormente Julia se decía:— «Amaste ¿no es verdad? Amaste con ternura y te pagaron mal..... pero el claustro sofoca los gritos impetuosos de la naturaleza: aquí se marchita la hermosura..... Ya me separa una barrera, ya no volveré á ver á ese hombre..... más ¿qué importa! soy esposa de Jesús.»

Y estos amargos pensamientos se retrataban en el límpido azul de su mirada, y entonces las viejas fanáticas y vulgares, que juzgan tan mal del exterior, interpretaban sus miradas melancólicas por miradas de beatitud y de unción.....

—Una copita de Málaga, Lupe, decía una monja, muge como de treinta años, gorda y colorada, á una señora vestida con elegancia.

—¡Ay, madre Agustina! el vino me perjudica.

—Pero no en este día, niña, hoy nada te hará daño.

—Qué tal, ¿qué le pareció á usted, Adela, el sermón de Fray Pablo? Es mi confesor, *pico de oro* tiene su paternidad, decía otra monja á una joven que comía con aire distraído unos bizcochitos.

—Muy bien lo hace fray Pablo, contestó la interpelada.

—Si es un sábio.

—Se le conoce.

—Y un santo.

—Qué simpático es!

—¿Quisiera usted ser monja, Adela?

—No, madre, contestó la joven que se acordó de su novio en ese instante.

—Muy bien, muy bien, madre Asuncion, decía una señora con voz chillona: ¿con que va usted á estar de gorja por algunos días?

—Sí, Amandita; tenemos *recreacion* por ocho días, *dispensa de coro* y *pastorelas*.

—Me alegro, madre, me alegro: diviértanse un poco.

—Voy á traerle á usted dulce, reverendo padre, decía una monjita de ojos hundidos y cara macilenta á uno de los sacerdotes que habia asistido á la ceremonia.

—¿Y qué dulce, sor Dolores?

—Membrillate, que tanto le gusta á su reverencia.

—¡Cómol ¿tiene usted membrillate?

—Y cómo que sí: y muy bueno; me dura todo el año: está blanco, blanco, parece dulce de leche.

—Este *suspiro*, chulita, decía una monja de ojos negros á una niña, presentándole un bizcochito.

—Mil gracias, contestó la mamá, ruborizándose de gratitud. Da las gracias, niña, dijo la señora.

—Y, oiga usted, madre Teresita: ¿qué, no tiene usted ahora canastitas de chaquiras?

—Se acabaron, mi alma; pero se harán: ¿cuántas quiere usted?

—Media docena.

—Pierda usted cuidado, solo que dilatarán, por.....

—Sí, sí, ya comprendo; las fiestas por la nueva monja: y, á propósito de ella, ¿qué tal?.....

—¡Oh! cosa buena, Refugito. Nuestra madre abadesa la quiere mucho: lo que es mi hermana Julia, ha caído aquí de piés..... no tarda seis meses en recibir un cargo de confianza.

—Qué gusto para ella.

—Se lo merece.

Dos horas despues, los convidados abandonaban la portería, dejando á las monjas sumamente gozosas.

Julia no cabia en sí de gozo y de suprema dicha.

Como que todas las monjas leian en su rostro la..... felicidad. (?)

En la actualidad había olvidado todo: el asesinato de Arturo, la muerte de Constanza, sus temores por el cólera y el su hijo. Pensaba únicamente en resarcirse de los sustos que había tenido y de su vida de *beato* y de *poltron*, como él la llamaba.

Gerardo era de un carácter alegre: la tristeza jamás la había conocido. El miedo sí, porque era cobarde, pero en cambio era tonto y rico: ¿qué más felicidad podía apetecer?.....

Tonto y alegre, dice un refrán: jamás he oído cosa más bien dicha y mejor probada.

Gerardo se había informado del paradero de Rosario, y supo que estaba fuera de la capital pero que debería llegar pronto; mientras, Gerardo iba todas las noches a jugar a distintas partes, y las más se iba a algunas orgías con sus amigos.

Era una noche del mes de Julio del año a que nos referimos: Gerardo, sentado en una silla y frente a su tocador, contemplaba su rostro que era bastante simpático, con cierta complacencia.

Un peluquero le rizaba el cabello: el joven tarareaba una *aria* de una ópera. Nicolás cepillaba la ropa.

Media hora después el peluquero concluyó su tarea; recibió su honorario y se despidió de su espléndido parroquiano.

—Dame la ropa, Nicolásito, dijo el joven.

El viejo criado presentó al señor Urrutia el pantalón, después los botines, en seguida la camisa, después el chaleco y por último la levita.

—¿Está el coche listo?

—Sí.

—Qué lacónico estás.

—¿Va usted a jugar, niño? preguntó Nicolás que había vuelto a tratar a su amo con cierto comedimiento desde que este volvió a su antigua vida.

—No, Nicolás: voy a un bailecito. No estés incómodo: ya te he dicho que solo jugaré cuando me haga falta el dinero; ya ves, siempre gano..... No te incomodes, viejito lindo.....

Nicolás refunfuñó algo ininteligible.

Gerardo se acabó de vestir y le dijo *adios* a Nicolás. El criado apenas contestó.

Gerardo montó en su coche, diciendo al auriga:—«San Lorenzo número 22». El coche salió de la casa, y el joven se dejó caer muellemente en los almohadones del carruaje.

Cuando el señor Urrutia llegó a la casa a donde se daba el baile, tocaban polka. Gerardo entró deslumbrando a todos con su lujo.

Adela, aquella muchacha que conocimos en casa de Rosario, le salió al encuentro.

—¿Estás comprometido con alguna? preguntó la joven a Gerardo.

—No, preciosa.

—Entonces.....

—Soy tuyo esta noche.

—Qué me place.....

Gerardo y Adela, dándose un beso, se confundieron entre las demás parejas bailando polka.

El señor Urrutia pasó allí la noche.....

En la mañana que siguió á aquella noche de orgía, Gerardo estaba con ese hastío que dejan en el alma los goees materiales. La fatiga del baile, la irritacion que trae consigo la bebida de licores fuertes y el deleite, habian hecho en Gerardo una profunda impresion.

Unas ojeras muy pronunciadas rodeaban las órbitas de sus ojos: la camisa y el vestido los tenia ajados; sentia sed y la luz del dia le lastimaba.

Gerardo abandonó la casa en que habia pasado la noche, á las cinco de la mañana.

Las campanas del convento de la Concepcion daban el toque de *alba* en el momento en que el jóven pasaba frente á la puerta de la iglesia.

Por una parte la curiosidad de ver si alguna linda jóven iba á la misa de alba, y por la otra una especie de fatalismo, impulsaron al señor Urrutia á entrar en el templo.

La iglesia estaba casi á oscuras, pues la opaca luz del crepúsculo matutino apenas alumbraba sus ámbitos. Un anciano sacerdote tenia en sus manos, bajo la forma de pan, á aquel *hombre de la Judea antiguamente crucificado*.

Gerardo se arrodilló conmovido á su pesar. Aquel silencioso y sencillo cuadro le hizo sentir una emocion extraña.

¡Qué contrastel! Mientras que él venia de apurar la copa del deleite, las monjas se acercaban al comulgatorio.

Una monja de las que iban á recibir la comunión, se separó violentamente de sus hermanas, y fué á hincarse casi frente á Gerardo.

El señor Urrutia la siguió con la vista y un calosfrio súbito invadió su cuerpo.

La monja le miraba de hito en hito, y dos lágrimas fugitivas rodaron por sus mejillas.

El jóven se sentia desfallecer tambien: habia reconocido en el acto, á pesar del vestido monjil y de la poca luz, á Julia; Julia lo habia visto primero, y todo un mundo de recuerdos y de pasion se habia agolpado en su cerebro.

Desde ese dia, Gerardo iba todas las mañanas al templo: Julia tambien estaba en el coro..... Se veian: ella lleraba, él..... la contemplaba convulso y apasionado.

En el corazon del señor Urrutia se habia operado un cambio notable. Cuando en otro tiempo enamoró á Julia, lo habia hecho por pasatiempo, por diversion; y sin embargo, Julia era tan simpática, tan amable, tenia á su disposicion tal atractivo y encantos, que Gerardo al ser despedido por ella, sintió en su corazon un dolor cruel. Su mente le decia que habia perdido quizá á la única muger que lo hubiera hecho feliz..... Pero hay algo superior á nuestra voluntad; sí, lo hay: se ciernen encima de nuestras cabezas: llamadle Providencia, Destino, Fatalidad, poco importa el nombre, existe, sí, existe una fuerza superior á la nuestra..... ¡ay! ¿quién podrá ser verdaderamente feliz?.....

Julia amaba á Gerardo: ¿á qué decirlo, si harto lo han comprendido nuestros lectores? Si se hubieran unido, quizá Julia hubiera apartado al jóven del camino de la perdicion, pero no sucedió así.....

Si quieres ser amado, ama: ha dicho en su *Moral univer-*

sal el baron de Holbach. Nunca he oido sentencia mas verídica, por eso Julia amaba á Gerardo, porque él la idolatraba.

Y aquel amor imposible, sacrilego y criminal, echaba raíces profundas en el corazón de los que fueron amantes. ¿Y sabeis por qué? Porque los dividia un obstáculo, una barrera.

El corazón humano es como un niño engreido y mimado, á quien se le dice: no toques eso, y lo hace mas pronto: así es el corazón: no quiere diques ni muros, ponérselos, es obstinarlo en su resolución.....

¡Aquí de la religion, aquí de la moralidad!

Gerardo sufrió un cambio: era tonto y se sintió iluminado de una luz extraña que irradiando en su corazón, se proyectaba en su cerebro: era avaro y se hizo caritativo: era insensible y se hizo tierno. Nunca habia llorado, á no ser de despecho, y obtuvo el don de las lágrimas: de esas lágrimas que cual suave rocío las sentimos caer en nuestro corazón.

¡Ay, el amor! no hay duda que nos transforma.

Aquellas visitas diarias al templo iban mimando la existencia de Julia. En el corazón de la profesora iba tomando incremento la pasión.

Sus recuerdos eran punzantes. El hábito quemaba su cuerpo.

Un dia, Gerardo le mostró un papel á Julia: la monja le hizo una seña imperceptible de que no lo podia recibir y que esperara.

Al siguiente dia, impuesto Gerardo de que Julia era la ma-

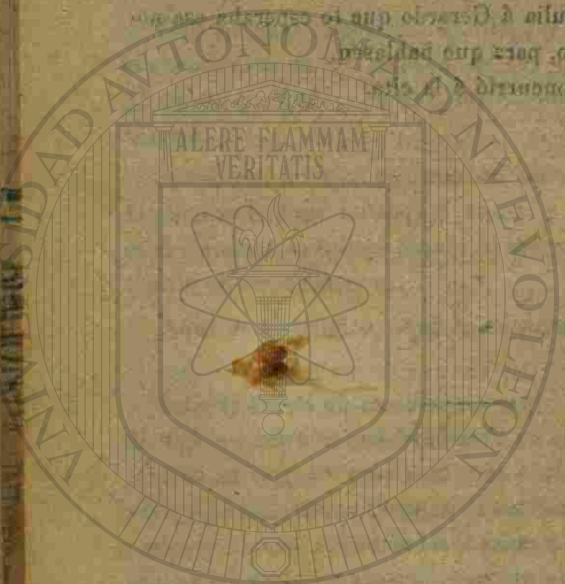
dre tornera, fué al torno con pretexto de mandar hacer un dulce. Julia le reconoció al punto y le dió un papel escrito con lápiz.

En el papel decia Julia á Gerardo que lo esperaba esa noche en un confesonario, para que hablasen.

El señor Urrutia concurrió á la cita.

de tenerla, fue el toro con pretzto de nualta, haen un
dele. Julia le reconocio al pata y le dio un papeo
con ligal ac.

En el papeo habia Julia a Gerardo que le habia
he en un confesionario, para que pudiese
el señor Urrutia conuino de el.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA
DIRECCIÓN GENERAL

Julia, cuando se iba, le dio un papeo con el
dele. Julia le reconocio al pata y le dio un papeo
con ligal ac.

LA TENTACIÓN.

— Espera, espera, espera...
Era de noche.

El viento zumbaba lígubremente agitando las hojas de los árboles en el jardín del convento. La campana del reloj había dado con triste sonoridad las doce: las monjas habían regresado del coro á sus celdas. Julia estaba en la suya desolada y llorosa.

Antes de entrar á coro, Julia había bajado al confesionario. Allí estaba Gerardo: se habían hablado, habían recordado la época de sus amores, en la que nunca creyeron que su pasión fuese á estrellarse ante los muros de un convento. Gerardo se había mostrado apasionado, conmovido y profundamente triste.

Julia, por su parte, había estado sumamente emocionada. Al principio no podía ni hablar, despues había hablado con angustiada pasión.

Al separarse ella de él, le había dicho esta sola palabra: —«Espera.»

Julia, sentada en una silla, estaba meditabunda. Pensaba en la manera de romper su clausura sin dejar huella de su paso para no ser perseguida; y queria evitar una persecucion, no por temor de caer en manos de la justicia eclesiástica y ser víctima de un castigo ejemplar, no: sino por no ser separada de Gerardo, á quien presentia idolatrar eternamente.

—Esperaré, esperaré resignada una oportunidad favorable para huir, se decia la monja interiormente, ya que fuí tan ligera en pronunciar votos que no podria cumplir toda mi vida. ¿Qué espero aquí en este claustro sombrío? Una vida de tormentos, de angustia y de desesperacion..... No, seré su amante ya que no fuí su esposa..... Quiero medir con la vista la extension del horizonte: quiero ser libre..... quiero estrecharlo con locura entre mis brazos y despues descender al infierno cuando muera.

No puedo soportar por mas tiempo este encierro: necesito aire; aire, sí, porque aquí me asfixio de congoja.

Beber en su aliento dulce ambrosia: mirarme en sus ojos, tocar mis labios á sus labios y..... morir despues.

Julia, agitada, comenzó á pasearse por la celda.

Así pasó la noche.

A las cuatro de la mañana llamaron á su puerta.

—Adelante, dijo Julia.

—Querida hermana, entró diciéndole una monja, nuestra muy respetada madre abadesa me manda que comunique á usted, que queda nombrada portera desde este momento, por haber fallecido sor Dolores que desempeñaba este encargo, hoy á las tres de la mañana.

—¿Qué dice usted, querida hermana?

—Lo que usted oye: nuestra hermana Dolores ha pasado al seno de Nuestro Señor.

Julia despidió á la monja fingiéndose conmovida, pero en realidad para que no sorprendiera su júbilo. Julia habia creído encontrar lo que buscaba: una oportunidad.

—¡Dios mío! exclamó Julia cayendo de rodillas, ¡Dios mío! aunque parezca un absurdo yo te invoco; rompe el lazo de mis prisiones; tú bien sabes que los juramentos que hice fueron en un momento de dolor, creyendo que todo habia concluido para mí en el mundo.....

Julia se levantó mas tranquila: procuró dar á su fisonomía el sello que requerian las circunstancias, y se dirigió á ver á la abadesa para darle las gracias por el cargo con que la habia henrado.

La abadesa la recibió con bondad, le entregó todas las llaves y la despidió en seguida.

Sor Julia, con pretexto de interiorizarse á fondo y llenar cumplidamente sus nuevos deberes, recorrió todo el convento, registrando las cerraduras de las puertas: esto tenia por objeto madurar el plan que ya germinaba en su cerebro.

Lo que me ha pasado es que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

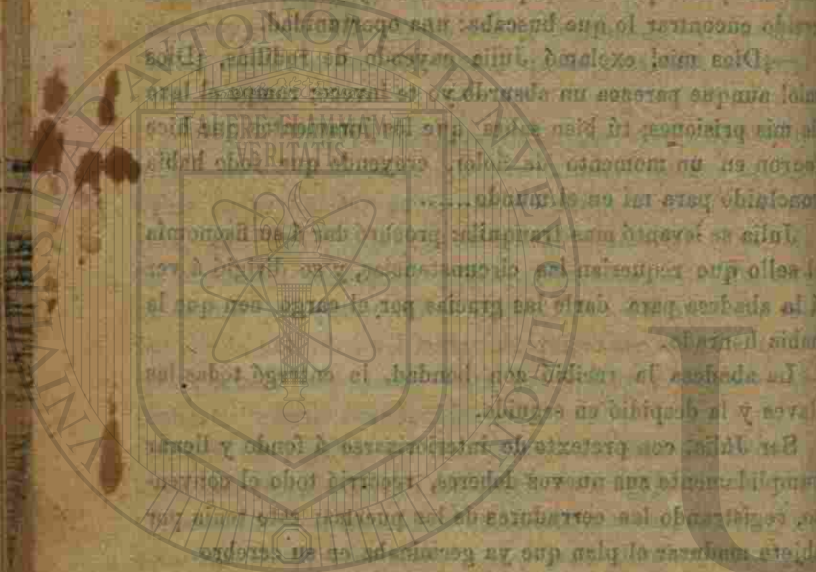
Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.



Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

Y esto me ha pasado a mí, que me he enamorado de una mujer que no me ama.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apt. 1625 MONTERREY, MEXICO

DE LO QUE ES CAPAZ UNA MUGER CUANDO AMA.

En la noche del siguiente día, un coche se detuvo como á las doce en el ángulo que forma el convento con la plazuela de Villamil.

Era el mes de Agosto: toda la tarde habia llovido con insistencia. Las calles estaban intransitables: uno que otro transeunte andaba á esas horas fuera de su casa.

Los guardas nocturnos, arrebujados en sus capotes, se guarecían de la menuda lluvia que seguía cayendo, replegados á los dinteles de algunas puertas.

En México no llaman la atención ciertas cosas, y mucho menos á la policía, ni en estos ni en aquellos tiempos. Por otra parte, no era para inspirar muchas sospechas un carruaje elegante, tirado por magníficos frisonos y estacionado en una esquinas: podía muy bien estar esperando á su dueño.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Nosotros, que todo lo sabemos, diremos á nuestros lectores que el carruaje era de Gerardo, que envuelto en una capa, estaba en el interior de él.

Le dejaremos esperando, y penetremos al convento, refiriendo ántes algunos pormenores.

La monja que habia muerto, fué aquella que vimos en la portería el día de la profesion de Julia, y que ofreció á un reverendo padre dulce de membrillo.

Sor Dolores habia contraído una enfermedad larga y penosa, á consecuencia del celibato. Esta enfermedad, despues de haberla hecho padecer largos años, la condujo al fin al sepulcro.

Julia estaba impuesta de la enfermedad de la monja, y no obstante que se alegró de hallar la ocasion para evadirse del convento, consagró algunas horas de sincero dolor por la memoria de Sor Dolores.

El cadáver de la monja fué expuesto en el coro bajo, y en la tarde se inhumó en el mismo lugar.

A la siguiente mañana, Gerardo recibió un papel de Julia, en que esta le pedia un puñal, y le avisaba que la esperase esa noche.

Veamos lo que pasó.

En el instante en que el reloj dió las doce y media, Julia salió de su celda con precaucion, andando despacio, mirando hácia atrás á cada momento, aplicando el oído al menor rumor.

La noche estaba oscura: la lluvia continuaba cayendo con

cierta monotonía, dejándose oír un ruido acompasado y ténue que inspiraba á Julia una tristeza pavorosa, que á veces la hacia vacilar en su propósito; entonces miraba hácia el cielo, como queriéndole interrogar.

Tambien el que va á cometer un crimen dirige una mirada interrogadora á lo desconocido.

Aquella masa de negras nubes no respondia á la exaltada imaginacion de la monja; y la lluvia, siempre la lluvia, seguia cayendo con lentitud.

¿Seria aquella situacion de la naturaleza una respuesta negativa á Julia? ¿ó seria acaso una prueba de neutralidad? Sor Julia creyó lo segundo y siguió avanzando.

Algunos relámpagos lejanos vinieron á alumbrar el camino de Julia, que aguzando el oído y tratando de mirar andaba paso á paso, empuñando resuelta su puñal.

A la fosforescente luz de los relámpagos, Julia abarcó con la mirada instantáneamente, aquellos corredores sombríos sostenidos por arcos toscos y espesos.

Su jaula debió parecerle en aquel momento sumamente horrorosa, puesto que sintió reanimarse, y continuó su marcha presintiendo en su alma la extension de otros horizontes donde respiraria mejor.

Julia se hallaba á la sazón en un patio que se comunicaba con el coro bajo por medio de una puerta estrecha, cuando dos monjas, que venian de rezar, salian por aquella puerta. Julia pensó en lanzarse sobre ellas y asesinarlas, pero una reflexion súbita la hizo variar de idea, y tirándose al suelo con presteza se escondió tras un arriate. Las monjas pasaron rezando.

Quando el rumor de sus pisadas se hubo extinguido, Julia se puso en pié, se entró por aquella puerta y después de cerrarla por dentro, se dirigió al coro bajo.

En la iglesia reinaba un silencio imponente.

Las sombras todo lo invadían, y allá en el altar mayor, un punto luminoso proyectaba una escasa luz: era la lámpara del Santísimo.

Julia tembló: Julia sintió como que muchas bocas que nada le decían, le lanzaban un vaho caliente á los oídos.

Retroceder era perderse, puesto que perdía la oportunidad; para avanzar en su empresa sentía un calofrío de muerte.

¿Qué hizo al fin?

Encendió una luz y avanzó, avanzó casi con fiebre; quitó las vigas y en seguida empuñó una pala que llevaba á prevención, y comenzó á sacar la tierra.

La lluvia azotaba los cristales de las ventanas, y los relámpagos alumbraban de una manera fantástica aquel lugar.

Cada vez que Julia introducía su pala dentro de la tierra, extrayéndola en seguida, el eco repetía el ruido de una manera pavorosa.

Por fin, Julia descubrió la caja que encerraba el cadáver de ser Dolores: rotó la cerradura con el puñal y abrió.

Al ver la cara lívida de la muerta, Julia dió un paso atrás; pero reponiéndose al punto, extrajo el cadáver de la caja y la colocó á un lado de la escavacion. Volvió de nuevo á empuñar su pala, y comenzó á tapar el sepulcro que solo encerraba una caja vacía.

Quando hubo borrado toda huella que diera á conocer la violacion de aquella tumba, se cargó á la muerta, se colgó

la pala del hábito, empuñó su arma y se dirigió á la puerta. En aquel momento, la luz que había olvidado se apagó: Julia buscó á tientas la linternilla y abrió la puerta.

Un viento helado soplabá por todas partes: Julia sudaba como si hubiese tomado un baño de vapor.

Rescribió el mismo camino que había traído sin tropiezo alguno, y llegó por fin á su celda.

Ya era tiempo: al entrar, cayó al suelo rendida de fatiga y de terror. Mas se repuso luego, colocó el cadáver en su propio lecho, y como si pudiera la muerta escucharla le dijo:

—«Hermana mia, perdóname, pero yo no quiero morir aquí como tú.»

En seguida le derramó aguardiente en el rostro, por el hábito, y sobre algunos muebles; aplicó la llama de la vela, y todo comenzó á arder. Cuando estuvo convencida de que el incendio tomaría incremento, besó la mano de la muerta, y echó á correr en dirección de la portería, cuya llave llevaba.

Atravesó corredores y patios como una sombra fantástica, y al abrir la puerta de la calle, se encontró con Gerardo que la esperaba con ansiedad.

—¡Julia, Julia! exclamó Urrutia.

—Pronto, pronto, porque me siento morir, contestó la prófuga.

El señor Urrutia cerró la portería llevándose la llave, envolvió á Julia en su capa y la cargó hasta el coche. Colocóla en los almohadones, entró él y el carruaje partió al trote de sus caballos.

Julia se había desmayado.

Cuando el carruaje entraba á la casa de *Revillagigedo*, un humo espeso se elevaba por encima del convento. Era la una de la mañana.

Cuando llegó el día, un semicírculo de tropa estaba frente al convento, impidiendo el paso á los curiosos.

Mucha gente del pueblo contemplaba con estúpidas miradas los fragmentos de madera incendiada que se sacaban humeantes aún del interior.

—*Misté*, *ña* Filomena, *misté* cuánta viga quemada, decía una muchacha tuerta á una vieja de nariz escarlata por efecto de las continuas libaciones.

—Dicen que se quemó una monja, repuso la vieja.

Y dicen también que estaba *compautada* con el diablo, agregó una mujer que tenía en sus brazos á un niño cubierto de harapos y muy sucio.

—¡Jesus nos ampare! dijo la vieja haciendo la señal de la cruz.

—¡Atras! decían los centinelas á la gente que trataba de rebasar la línea.

El incendio había sido de poca importancia.

Las monjas lloraron sinceramente á su hermana Julia, de la que solamente encontraron algunos restos horriblemente quemados.

Nadie sospechó nada, y se hicieron honras fúnebres por el descanso del alma de Julia.

Un periódico de la capital, hablando del suceso, decía lo siguiente en un párrafo de gaceta:

«INCENDIO.—Ocurrió uno ayer en la noche en el convento de la Concepción: la policía anduvo lista, y se evitaron mayores males.

«Parece que el fuego tuvo por origen el descuido de una monja enferma, que se daba fricciones de aguardiente por la noche. La infeliz que dió origen á esta catástrofe fué víctima de su descuido.—Descanse en paz.....»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una mañana fresca y pura amaneció el día del incendio. El sol, con sus calientes rayos, hacia que se levantasen de la tierra densos vapores: las flores, frescas y lozanas, parecía que saludaban al sol. Los pajarillos trinaban en las verdes y empapadas copas de los árboles. Allá, por el Occidente, se veían mil blancas nubes que bajaban á las montañas. Se respiraba un ambiente perfumado. En esa hora, Julia despertaba en el lecho de la recámara del señor Urrutia. Los ojos de la jóven se abrian con cierta pesadez, y comenzó por mirar con curiosidad cuanto le rodeaba: estaba sola; Gerardo había salido muy de mañana para arreglar varios negocios. Julia sentia cierta languidez en todo su cuerpo: como una especie de fatiga dolorosa; algo parecido al cansancio. Sus ojos contemplaban con entorpecimiento cuantos objetos habia en la recámara.

Una mañana fresca y pura amaneció el día del incendio. El sol, con sus calientes rayos, hacia que se levantasen de la tierra densos vapores: las flores, frescas y lozanas, parecía que saludaban al sol. Los pajarillos trinaban en las verdes y empapadas copas de los árboles. Allá, por el Occidente, se veían mil blancas nubes que bajaban á las montañas. Se respiraba un ambiente perfumado. En esa hora, Julia despertaba en el lecho de la recámara del señor Urrutia. Los ojos de la jóven se abrian con cierta pesadez, y comenzó por mirar con curiosidad cuanto le rodeaba: estaba sola; Gerardo había salido muy de mañana para arreglar varios negocios. Julia sentia cierta languidez en todo su cuerpo: como una especie de fatiga dolorosa; algo parecido al cansancio. Sus ojos contemplaban con entorpecimiento cuantos objetos habia en la recámara.

Una somnolencia, mitad grata, mitad pesada, la retenia en el lecho.

Julia, despues de mirarlo todo, se puso á llorar: estaba triste; le hacia falta algo; algo muy grato y que forma la belleza espiritual de la muger. ¡Su virginidad!

¿Y por qué no lo hemos de decir?

El corazon humano tiene arcanos misteriosos, y principalmente el de la muger. No hay una sola jóven honrada y pura en la cual no haya dejado un recuerdo doloroso su primera noche de boda.....

¡Qué saben ellas de lo que les va á acontecer! Sufren un desencanto al descender al terreno material: ademas, la pérdida de su primitivo estado, es como el último fulgor de la inocencia..... Despues es cuando entre caricias olvidan la justa causa por la que vertieron santas lágrimas.

Hay veces, que el amor que sentian por su amante, declina por el autor de su nuevo estado: más tarde cumple á su deber desempeñar la noble mision de madres: entónces en su corazon se opera el último cambio: entónces aman á su compañero con gratitud por haberlas hecho madres. Olvidan aquel resentimiento que guardaban en lo íntimo de su alma, para amarlo y respetarlo como el padre de sus hijos.

Nosotros conocemos á Julia: sabemos perfectamente que era inocente y cándida. Educada con sencillez por su padre y despues en el convento, qué sabia ella de lo que era el deleite?

En el albor de su vida juvenil, amó como se ama una sola vez en la vida, con pasion y con ternura. Al sufrir su primera decepcion, creyó haber muerto para el mundo y escogió el claustro como su mejor sepulcro: pero allí, en su retiro, comenzó á sentir renacer en su alma todos los encantos

y goces de su único amor. Y vino un dia en que volvió á ver al que fué su amante, y entónces, presa el alma de mortal congoja, se sintió débil para cumplir los votos que le hizo pronunciar el despecho. Ver y amar toda la vida al ídolo de su cariño fué su mas vehemente deseo desde ese dia: consiguiólo al fin, y ahora que estaba á su lado lloraba con amargura, lloraba y no queria ver á Gerardo. Experimentaba en su corazon algo parecido al sentimiento, á la vergüenza.

Algunos recuerdos de su primera edad vinieron á su mente. Recordaba á su buena madre cuando vivia; á su padre que tanto le habia hablado de la deshonra..... ¡Oh! qué fea es la deshonra, se decia Julia, y luego agregaba: Si pudiera huir, creo que abandonaria á Gerardo.

Despues pensaba en Constanza, y no sabiendo lo que le habia sucedido, casi se alegraba de que se hubiera muerto su hermana. Si algun dia, se decia Julia, la hubiera yo vuelto á ver, ¿qué diria de mí?.....

Recordaba con amargura hasta el convento; qué vida tan diferente se le esperaba ahora! Pensaba en su Niño Jesus que tenia en su celda, y por el cual sentia particular cariño. Julia estaba anegada en lágrimas, y del fondo de su alma se elevó eata ferviente súplica á Dios:

¡Señor, ten piedad de mí!

La puerta de la recámara se abrió.

Julia se habia cubierto la cara con la ropa de la cama.

Gerardo, pues era él quien habia entrado á la alcoba, se acercó de puntitas al lecho y descubrió el rostro de su sacrilega amante.

Julia fingió que dormia: el señor Urrutia se quedó contemplándola con amor, y sus lábios murmuraron esta palabra:

—Duerme.....

Después, acercó su cara al rostro de Julia, é imprimió un beso en su mejilla.

La jóven, hizo un movimiento como si despertase, y abrió los ojos.

Se miraron.....

¿Quién podría expresar con propiedad lo que se dijeron con aquella mirada?.....

Gerardo estaba trémulo: Julia sentía que el rubor le quemaba el rostro, y dos lágrimas, lágrimas purísimas que brotaron en sus ojos sin esfuerzo alguno, titilaron en ellos por un momento, rodando después por sus mejillas.

—Lloras..... ¿y por qué?.....

—Gerardo..... yo.....

—Tú, ¿qué, ángel querido?.....

—Ea.....

—Qué.....

—Tengo..... algo..... así..... inexplicable.....

—Parecido á.....

—La vergüenza. Dijo la jóven, rompiendo á llorar con amargura.

Gerardo sentía que el amante llanto le quemaba el corazón: pero al mismo tiempo sentía una mezcla indefinible de tristeza y de placer.

—Julia, no llores..... no seas tonta..... yo te amo: estoy á tu lado..... Nuestro lazo es mas indisoluble que el del matrimonio: nos liga el crimen..... El crimen, sí, pero no temas, no, que nada ni nadie nos separará. Al pié del cadalso, lo mismo que al borde del infierno, si lo hay, murmuraré esta palabra á tu oído:—¡Yo te amo!—Y la diré

siempre con tal ternura, que no pienses sino en mí..... Déjame embriagar en tu mirada, choca tus labios con los míos, no quiero otra cosa que identificarme con tu sér.

—Gerardo..... yo no sabía..... lo.....

—Tú no sabías nada, encanto mio: estaba un velo ante tus ojos: la inocencia..... Yo lo descorrí..... ¿Me amas menos por eso? No, ¿no es verdad? No llores, nada temas.... ¿no eres mia, enteramente mia?.....

—Sí.

—Pues enjuga ese llanto, Julia idoltrada.

La jóven lloraba con amor, sintiéndose magnetizada con las caricias de Gerardo.

—¿Y qué, vamos á vivir aquí? preguntó Julia con voz entrecortada aún por los sollozos.

—No, Julia: vamos á viajar. Es indispensable hacerlo: es una medida precautoria. Pasados algunos años, te presentaré sin peligro ante la sociedad, como mi esposa.

—¿Y mi padre, has sabido de él?

—Sí, contestó Gerardo mintiendo: y es tal el pesar que tenía con que tú fueras monja, que casi se ha alegrado al creerte víctima del incendio.

—Pobre padre!

—No te acuerdes de él: por mi amor todo lo has arrojado, no es tiempo de acordarse de nada. Vivamos el uno para el otro, sin mirar mas allá.

Julia, completamente consolada, estrechó á su amante en sus brazos.

.....
.....

La mañana fué agradable para los dos amantes: pasáronla en preparativos para su viaje, que interrumpían á cada momento para besarse con amor.

Dos días despues, un carruaje cubierto con una camisa blanca, salia por la garita de Vallejo, con direccion á San Luis. Eran Gerardo y Julia, que abandonaban la capital.

EL ABUELÓ Y EL NIETO.

Habian transcurrido cuatro años y dos meses desde el día en que Julia se habia fugado del convento, olvidando los votos que debiera guardar toda su vida.

Nuestros lectores nos van á acompañar á la casa del señor Pastrana.

El señor don Nemesio habia sufrido tanto, habia tenido pesares de tal magnitud en tan pocos años, que su cabeza, ántes gris, estaba ahora blanca como la nieve. La vista la habia perdido casi del todo; no podia andar dos calles sin sentirse fatigado: en una palabra, parecia un octogenario. Su excelencia el ministro, que siempre le habia distinguido con su amistad, y que estaba impuesto de las desgracias de su viejo amigo, le habia jubilado al fin, en vista de la absoluta imposibilidad del señor Pastrana para concurrir al ministerio. El señor don Nemesio recibia con toda exactitud y mensualmente su sueldo de retirado.

La cantidad que recibia le era suficiente para cubrir sus gastos.

No había querido mudarse de su antigua casa, porque estaba poblada para él de recuerdos: allí había vivido con su esposa durante la menor edad de sus hijas: allí había disfrutado también de días venturosos; por último, allí creía oír algunas veces en medio de esos espejismos del dolor, la voz alegre de su hija Julia cuando era la ventura del hogar. Allí, en fin, había muerto Constanza: el anciano la veía con su imaginación fascinada en su lecho de angustia, muriendo cristianamente y encargándole á él á su hijo Salvador.

Per todos estos motivos el señor Pastrana habitaba su casa de la calle de la Concepción, en la que disfrutaba algunas veces de ventura al lado de su nieto Salvador, niño precioso y de una imaginación viva y en quien se habían concentrado las afecciones del señor don Nemesio.

Serían como las siete de la noche en el momento en que Salvador salía de la recámara para la sala, tocando un pequeño tambor y marchando á paso *redoblado*, según le había enseñado su abuelo.

Don Nemesio, sentado en una silla próxima á la mesa redonda, se ocupaba en limpiar los cristales de sus anteojos.

Cuando el nieto llegó á estar cerca del abuelo, este le dijo: — ¡alto!

Salvador hizo alto militarmente, y esperó las demás voces de mando.

— ¡Frente!

Salvador presentó el frente á don Nemesio.

— Por la derecha, alinearos!

El niño, como si realmente estuviera en formación, se movió para buscar su alineamiento.

— Firmes!

Salvador obedeció.

— Muy bien, muy bien: ven á darme un beso, chiquitín. El niño corrió abriendo los brazos y presentó su frente al anciano.

— ¿Qué soy ya, papá grande?

— Tambor.

— No.

— ¿Pues qué quieres ser?

— Ayer me dijiste que era yo capitán.....

— Sí, pero ahora saliste tocando el tambor, y eres tambor.

— No, no quiero ser tropa.

— Pues bien, entonces eres comandante ¿quieres?

— Sí.

— Vamos á ver, dijo don Nemesio, que había sentado al niño en sus piernas, y contemplaba sus grandes ojos llenos de inteligencia y que lanzaban miradas melancólicas: vamos á ver, ¿qué has de ser tú de grande?

— General.

— ¿Y qué más?

— Presidente.

— ¿Y qué haces á tu abuelo entonces?.....

— Rey.

— No, hombre, no seas tonto, no puede haber rey á donde hay presidente.

— ¿Por qué, papá grande?

— Porque la monarquía es un sistema de gobierno, y la república es otro.

— Pues tú serás lo que quieras.

— Ministro, hombre.

— Eso es, eso es, papá, ministro vas á ser: ¿y de qué?

— De guerra.

En ese momento sonaron las ocho, y comenzaron á dar el toque de ánimas.

—Oye, papá, dijo el niño.

—Sí, hijo mio, contestó don Nemesio: la plegaria de las ocho ¿no? ¿quieres que recemos?

—Sí, por mamá y por mi tia, repuso el niño que estaba acostumbrado por su abuelo á rezar todas las noches al oír las ocho.

El anciano lo miró conmovido, hizo que el niño se arrodillase haciéndolo él también, y la oracion por Constanza y por Julia, principió en medio de las lágrimas silenciosas de don Nemesio.

Era un acto conmovedor el ver arrodillados y orando por el descanso de las almas de unos seres tan queridos, á un niño y á un anciano.

—¿Cómo no habia de escuchar aquella piadosa oracion, aquella sencilla plegaria, AQUEL que dijo:—*Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados!*

Terminada la oracion, el niño volvió á sus juegos infantiles, y el anciano lo contemplaba con tierno interes.

—¿Qué será de mi pobre hijo, cuando yo muera, pensaba don Nemesio: ese día no está lejano, por desgracia nuestra: siento que la vida se me acaba, ya es tiempo; bastantes golpes he soportado de la adversa suerte.....

Soy un tonto, continuó pensando don Nemesio: existe una Providencia protectora que está al corriente de mis temores y se sonríe de ellos. Mi hijo no será abandonado: quizá le reserve el cielo una suerte propicia, en compensacion de los infortunios que á nosotros se sirvió enviarnos.

Esto pensaba el señor don Nemesio cuando entró el doctor en la sala.

—¿Señor don Nemesio!

—Querido doctor.

—Padrino, gritó el niño, corriendo al encuentro del médico.

—¿Cómo te va, picarillo? ¿qué dice la escuela?

—Estoy ya en libro tercero, padrino.

—Muy bien, muy bien, repuso el médico acariciando al niño y tomando asiento junto al señor don Nemesio.

—¿Jugamos? preguntó el señor Pastrana.

—Un solo juego, estimado señor, porque tengo un enfermito de gravedad y estoy preocupado.

—¿Es algun niño?

—Sí: hijo de gente rica, y quisieran que no me quitase yo de su cabecera: lo quieren entrañablemente.

—¿Y que enfermedad tiene?

—Una fiebre peligrosa que al principio me hizo concebir serios temores por su vida: actualmente hay esperanzas de que se salve, siempre que observen, como lo espero, el tratamiento que he prevenido.

—¿Tiene madre?

—Sí, una jóven muy bella: Luisa Carranza de Urrutia.

El señor Pastrana se estremeció y repuso:

—¿De Urrutia? Yo conozco ese apellido: recuerdo que en otro tiempo..... por el año de..... sí, hace seis años ó siete, poco mas ó ménos, que un jóven que se llamaba Gerardo Urrutia.....

—Gerardo se llama también el marido de esta jóven.

—Pues es el mismo. ¿Con que está casado, eh?

—Sí: ¿le conoció usted?

—Ojalá y nunca le hubiese visto: él fué la causa de la desgracia de mi hija Julia.

—¿Que dice usted!

—Si, doctor: creo que ya le he referido á usted algo de esa historia. Hijo, Salvador, vete á acostar para que te levantes temprano.

—Sí, papá, dijo el niño.

Salvador se despidió de su abuelo y de su padrino.

Don Nemesio y el doctor quedaron frente á frente, disponiéndose á jugar un partido de ajedrez.

RECUERDOS.

—No culpo á nadie de nuestros males, dijo don Nemesio, cuando hubieron quedado solos, pero cuando conocí á ese joven, reinaba en mi hogar un contento y una paz octaviana. La primera noche que vino á casa, recuerdo que mi querida hija Julia tenia un placer que se le conocia en los ojos: los muebles brillaban de limpios; la sala estaba perfumada, mis hijas vestidas con sencillez pero con elegancia, esperaban la hora en que ese señor debía de llegar.

Por fin, se presentó; su exterior era bastante bueno: sus modales, su traje, todo era irreprochable. Su conversacion, aunque frívola, fué medida y respetuosa. En una palabra, no habia que reprocharle, repito, y sin embargo, cuando entró á esta misma sala, se me oprimió el corazon. Nunca he sido fatalista, pero estoy íntimamente convencido que nuestra alma tiene revelaciones secretas, que llamamos *corazonadas*.

Comenzó á visitarnos, y yo, sin saber por qué, presentia que la desgracia estaba suspendida encima de nuestras cabezas. Poco tiempo despues, ese joven envió á Julia un rega-

—Ojalá y nunca le hubiese visto: él fué la causa de la desgracia de mi hija Julia.

—¿Que dice usted!

—Si, doctor: creo que ya le he referido á usted algo de esa historia. Hijo, Salvador, vete á acostar para que te levantes temprano.

—Sí, papá, dijo el niño.

Salvador se despidió de su abuelo y de su padrino.

Don Nemesio y el doctor quedaron frente á frente, disponiéndose á jugar un partido de ajedrez.

RECUERDOS.

—No culpo á nadie de nuestros males, dijo don Nemesio, cuando hubieron quedado solos, pero cuando conocí á ese joven, reinaba en mi hogar un contento y una paz octaviana. La primera noche que vino á casa, recuerdo que mi querida hija Julia tenía un placer que se le conocía en los ojos: los muebles brillaban de limpios; la sala estaba perfumada, mis hijas vestidas con sencillez pero con elegancia, esperaban la hora en que ese señor debía de llegar.

Por fin, se presentó; su exterior era bastante bueno: sus modales, su traje, todo era irreprochable. Su conversacion, aunque frívola, fué medida y respetuosa. En una palabra, no habia que reprocharle, repito, y sin embargo, cuando entró á esta misma sala, se me oprimió el corazon. Nunca he sido fatalista, pero estoy íntimamente convencido que nuestra alma tiene revelaciones secretas, que llamamos *corazonadas*.

Comenzó á visitarnos, y yo, sin saber por qué, presentia que la desgracia estaba suspendida encima de nuestras cabezas. Poco tiempo despues, ese joven envió á Julia un rega-

lo de consideracion, en los momentos en que yo la aconsejaba para que prescindiese de él porque habia averiguado que era jugador.....

—Es el mismo, exclamó el doctor, pues de este señor he sabido que adquirió su fortuna de esa suerte.

—Julia tuvo su primero y último desencanto; aquella alma sensible y de pasiones tan enérgicas, buscó un consuelo á sus decepciones en el claustro.....

Don Nemesio limpió algunas lágrimas que habian corrido por sus mejillas y continuó:

—Ya sabe usted lo demas..... Miétras yo lloraba á mi Julia, Constanza fué víctima de un seductor, cuyo nombre ha quedado ignorado para mí. ¿Se acuerda usted de aquella noche, amigo mio?

El doctor inclinó la cabeza sobre el pecho, como doblegado por el peso de aquel doloroso recuerdo.

El señor Pastrana lloraba en silencio, y creia estar asistiendo á las escenas de aquella noche que habia evocado.

—Piadoso el cielo, prosiguió don Nemesio con voz conmovida, no quiso que Constanza sobreviviese á su deshonor, y murió un mes y quince dias despues de haber dado á luz á Salvador..... Creí morirme entónces, pero Dios me reservaba para mi hijo y para saber el fin de Julia..... Ya no espero mas desdichas sobre mí: han concluido mis afecciones mas caras y mi muerte está ya próxima: á usted toca, doctor, seguir la obra santa que inauguró aquella noche de inolvidables recuerdos para mí. Le pido al cielo haga feliz á Salvador, y á mí me lleve al sepulcro: quiero descansar.

—Señor Pastrana: la conversacion de usted haciendo reminiscencias del pasado, ha oprimido mi corazon. Algo, como una sombra del porvenir, ha pasado ante mis ojos: yo le

aseguro á usted que Salvador será feliz; me lo dice una voz secreta: acabo de tener una de esas revelaciones intuitivas de que hablábamos hace un momento.

—Dios lo quiera, contestó don Nemesio.

—Y ya que hemos hablado del pasado, dígame usted, ¿no ha encontrado usted alguna carta de Constanza dirigida á su amante, ó alguna de él dirigida á ella, que nos ministrase alguna luz para averiguar quién fué el.....

—Una pequeña papelera que perteneció á Constanza, permanece cerrada: no he querido saber el nombre del autor de la deshonor de mi hija. Cuando Salvador sea mayor de edad, que se imponga de esos papeles, por lo que puedan importarle: yo, no lo deseo.

—Dice usted bien: jugaremos, dijo el doctor, nos hemos entristecido con los recuerdos del pasado: el porvenir pertenece á Dios; vivamos descuidados.

El señor don Nemesio y el doctor se pusieron á jugar su partida de ajedrez.

El silencio que reinaba aquella noche en la casa de la calle de la Concepcion, era interrumpido solamente por la respiracion tranquila y suave del niño Salvador que dormia, y por el ruido de las piezas de ajedrez al ser movidas encima del tablero.



DIRECCIÓN GENERAL

UN CIELO CON NUBES.

Gerardo, previsor y cauto, abandonó la capital como recordarán nuestros lectores, tres días después de la fuga de Julia del convento.

El viejo Nicolás era el único que creía estar en el secreto, pues Gerardo le había dicho que era una novicia la que se había robado: no obstante esto, Nicolás luchó con su conciencia, y atosigaba á Gerardo para que se casara cuanto antes con Luisa, (pues así le había dicho Gerardo que se llamaba) para reparar la honra de la jóven.

Gerardo ofreció á Nicolás que lo haría cuanto antes, y el pobre anciano quedó mas tranquilo, aunque no del todo, con esta promesa.

El camino fué sumamente agradable, y sin contratiempo alguno llegaron al pueblo de Dolores.

Allí, Gerardo le contó una historia inaudita al párroco del lugar; historia que hacia honor á la imaginacion del señor Urrutia.

Nicolás hizo el papel de tío ultrajado, y el engañado sacerdote casó en secreto á los sacrílegos amantes.

En buen estado, segun decia Nicolás, llegaron Gerardo y Julia á San Luis Potosí.

Julia, á quien no volveremos á darle su nombre sino el de Luisa, era feliz al lado de Gerardo. El jóven procuraba llenarla de cuantas comodidades le eran posibles, y ambos se embriagaban con su amor sin pensar nunca en lo porvenir.

Un año despues, la señora doña Luisa Carranza de Urrutia daba á luz un niño. En la fuente bautismal se le puso el nombre de Julio.

La jóven, desde aquel momento, se creyó la mas feliz de las mugeres: amaba á su hijo con toda la ternura de una buena madre y con toda la vehemencia de sus pasiones.

Dos años y medio despues, Gerardo, creyendo que ya era tiempo de volver á México, dispuso el viaje.

El señor y la señora Urrutia abandonaron San Luis, á donde la segunda se habia hecho apreciar entre las familias que la trataron, por su carácter amable que le hemos conocido.

A los ocho meses de estar en México, Julio habia caido enfermo de una fiebre peligrosa; pero debido á los cuidados del doctor, nuestro amigo, el niño se habia salvado entrando en convalecencia.

Eran las diez de la mañana del mes de Abril del año de 18..... en el instante en que un criado llamaba á la puerta de una recámara de la casa de Gerardo.

—¿Qué trae usted? dijo una voz.

—La jaletina y el pollo, niña.

La puerta se abrió apareciendo Luisa en el umbral: recibió la charola de manos del mozo, previniéndole que avisara al señor, luego que llegase, que el niño estaba mejor.

La puerta se cerró: pero nosotros vamos á penetrar.

Junto á un pequeño lecho reposaba un niño como de tres años. La palidez de su rostro decia claramente que acababa de salir de alguna enfermedad.

La hija del señor Pastrana estaba sentada en el mismo lecho, preparándose á dar el alimento con su propia mano al pequeño convaleciente.

Julia habia llegado al colmo de su belleza: el hijo que habia dado á Gerardo en nada habia rebajado su hermosura. Sus recuerdos, que eran punzantes, y su pasion por su amante, habian impreso en su rostro un tinte melancólico. El azul de sus ojos se habia oscurecido un tanto: su pelo era en la actualidad castaño claro. Una sonrisa amarga jugueteaba de cuando en cuando en sus labios.

Parecia que le lanzaba un reproche al destino por no ser enteramente feliz.

Su cuerpo habia perdido algo de su antigua flexibilidad, ganando empero en perfeccion. Sobre este conjunto, ese sello característico que no se puede describir, y que como una aureola corona la frente de una jóven madre.

—Vamos, Julio, reclínate en mi pecho y toma tu jaletina: tienes mucha hambre, hijito?

—Sí, mamá, tengo mucha hambre.

Luisa reclinó sobre su pecho la cabeza del niño, le dió un beso en la frente y comenzó á darle con tierna solicitud el alimento.

El niño la miraba á veces enviándole su mejor sonrisa.

—Alíviate pronto para que te compre yo tu borrego: ya verás que bonito.

—Sí, mamá, contestó el niño, lanzando una mirada de deseo.

—¿Se puede entrar? dijo una voz á través de la puerta.

—Voy, hijo, contestó Luisa, que habia reconocido la voz de Gerardo.

Luisa abrió la puerta, y el señor Urrutia entró en la recámara.

Gerardo estaba tambien muy cambiado: usaba toda la barba que era negra y fina. En su frente se veia una arruga, que demostraba que Gerardo se habia concentrado en sus pensamientos: la mirada tenia una expresion de desconfianza.

Vestia un traje sencillo de mañana.

Al entrar Gerardo en la recámara, los dos amantes se dirigieron una mirada: la de Luisa parecia expresar este pensamiento: —¿Qué hay? La de Gerardo, esta contestacion:

—No hay peligro.

—¿Cómo sigue Julio?

—Perfectamente: ha comido con buen apetito.

—Magnífico: dentro de seis dias podrá levantarse.

—¿Y el doctor?.....

—Se despidió ayer.

—Me parece conveniente hacerle un obsequio por su eficacia.

—Pienso como tú.

Gerardo y su amada se habian acercado al lecho y se disputaban las caricias del niño.

—Tengo sueño, dijo Julio.

—Pues duérmete, hijito, duérmete: ¿quieres que te dejemos solo?

—No, que se acueste conmigo mamá.

Luisa se acostó con el niño, y comenzó á acariciarlo para que se durmiese mas pronto. Gerardo se sentó en una silla y contemplaba con amor á su hijo y á Julia.

Gerardo observaba en la fisonomía de Julia, síntomas de tristeza.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—Nada: ese malestar que de continuo me abrumba. Vivo con una intranquilidad que me atosiga.

—Tonta.

—Seré tonta, pero lo cierto es que tú has participado muchas veces de mis temores y aun participas de ellos, solo que, no quieres decírmelos, por no preocuparme mas.

—Te equivocas: en un tiempo sí concebí temores fundados; en la actualidad no: ¿quién podria reconocerte?

La jóven no contestó.

—Lo que te pasa es que eres cobarde y que extrañas nuestra vida de San Luis; pero pierde cuidado, el dia que Julio se levante de la cama, con ese pretexto damos un baile.

—No, Gerardo, te lo suplico.

—Sí, que no: estás triste y eso me desazona á mí mucho: hemos de bailar.

Es una positiva fatalidad, que amándonos como el primer dia, padezcas esas tristezas: ¿por qué? No, señor, no quiero verte triste: en el cielo de nuestra vida no quiero mirar ninguna nube: cuando á Dios le plazca llamarnos á su presencia, ya veremos; su misericordia es infinita: yo estoy cierto de su perdon.

Los frailes nos pintan un Dios fiero, vengador: un Dios,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

que sin el diablo, no sería tan temible; pero Dios debe de ser todo bondad, y ha de tener en cuenta las grandes pasiones. Una pasión fué la que nos ha unido; nada temas, no estás triste, te lo ruego.

—Disiparé mi tristeza, pero no des ese baile, Gerardo.

—Sí, sí quiero que goces.

Y el señor Urrutia, sin hacerle caso á su amada, se salió violentamente de la recámara.

Media hora despues, Virginia, la mejor modista de entón-ces, estaba ante la señora Urrutia presentándole muestras y figurines para que eligiese su trage de baile.

Gerardo, con una especie de alegría febril, lo disponia todo.

El viejo Nicolás daba mil órdenes: los criados iban y ve- nian; los tapiceros tomaban medidas; en una palabra, la casa presentaba un aspecto desusado.

En la noche, Gerardo, frente á su escritorio, escribia los nombres de las personas invitadas.

Julia, en su recámara, besaba con pasión á su hijo: tal parecia que se iba á separar para siempre de él.

EL BAILE.

Era una noche espléndida: parecia una noche de invierno. La luna llena alumbraba con su poética luz la capital.

El patio de la casa del señor Urrutia estaba profusamente iluminado con vasitos y faroles de colores: la escalera y el corredor parecian un bosque.

Los naranjos en flor, los *huele de noche*, el jazmin y las violetas, despedian su exuberante perfume.

Aquello parecia un palacio encantado.

Los criados, de gran librea, se paseaban unos por el patio y otros por los corredores.

Media docena de jóvenes elegantes y de buena presencia, introducian á las señoras y señoritas en el salon.

El salon estaba alumbrado profusamente: una araña de cien luces pendia del techo: los muebles eran de raso azul y flores de oro.

Una banda militar tocaba alegres sonatas en el patio, mien- tras que la orquesta de la ópera templaba sus instrumentos

en la sala, haciendo palpitar el corazón de los concurrentes con aquellos preludios armoniosos.

Eran las once de la noche: Luisa, vestida con elegancia y teniendo á Julio entre sus brazos, pálido aún, estaba rodeada de jóvenes que á porfía le decían madrigales.

—Señora, he recorrido los salones de París, y en ninguno de ellos he encontrado el buen gusto que en el de usted; esto me lo explico perfectamente, porque en ninguno de ellos he visto una muger tan amable como usted, Luisa.

—Gracias, Gomez, es usted muy galante.

—Es la verdad mas grande que le he oido á Ricardo, repuso otro joven, y Gerardo debe de conceptuarse por muy feliz.

—Yo quiero eso, dijo Julio, señalando el pomo de esencia que Gomez tenia en la mano.

—No, niño, repuso su mamá.

—Si, dijo Julio con energía.

—Tómalo, precioso, contestó el joven entregándole al niño el frasco.

—Perdónelo usted, Gomez, dijo Luisa ruborizándose; es un muchacho impertinente, que cuando no se le da lo que desea, llora hasta el fastidio, y como está convaleciente, no quiero contradecirle.

—Bien hecho, no hay cuidado.....

—Es un niño encantador, exclamó una señora obesa, que ostentaba en su cuello un rico hilo de perlas.

—Señora.....

—Positivamente, no he visto criatura mas viva. ¿Cómo te llamas, chulo?

—Julio, contestó el niño, derramando la esencia encima del vestido de la señora.

—¡Niño!.....

—Déjelo usted, si no fué nada: qué gracioso!

—Vaya un muchacho que promete, decía Gomez á un amigo suyo: si continúa como va, con ese consentimiento, llegará á ser de grande un hombre de carácter indomable.

—Pero la madre en cambio, es bellísima, repuso el amigo. ¿Y es realmente esposa de Urrutia? se dice por ahí que no.

—Bah! son hablillas, yo estoy impuesto de ese negocio, como ninguno puede estarlo. Luisa es de san Luis, Gerardo la conoció allá, y despues de una aventura un poco galante, se casaron.

—¡Holal! ¿con que hubo su aventurilla?.....

—Sí señor.—Y los jóvenes se confundieron entre la concurrencia que era numerosa.

—Cuadrillas, anunció el bastonero en voz alta.

Operóse en la sala un movimiento simultáneo á este anuncio. Los caballeros se dirigieron á pedir la pieza á las señoras.

—Luisa..... decía un jovencito de cabellera rizada, inclinándose profundamente ante la señora Urrutia.

—Ricardo, no es posible: perdóneme usted, la pieza que sigue es de usted, esta es de un amigo de Gerardo..... persona caracterizada.....

—Comprendo, comprendo y acepto la segunda pieza.

El bastonero, que se habia colocado en el centro del salon, dió dos golpes en el suelo luego que hubo arreglado las parejas convenientemente.

La música comenzó á tocar unas cuadrillas entusiastas. Se respiraba un ambiente perfumado: se miraban sonrisas de placer. Las mugeres, la música, las luces y los aromas trastornaban la cabeza.

Habia una cosa inexplicable, conmovedora, en las miradas de tantas jóvenes bellas.

Descollando entre todas, como la rosa entre las demás flores, estaba Luisa.

Los hombres la seguían con ávidas miradas; las mujeres con envidia.

Gerardo no cabía en sí de gozo, y se felicitaba interiormente por su buena idea del baile.

Al concluir las cuadrillas, entró un nuevo convidado en la sala, llevando á un caballero de edad madura, de grave continente, y que usaba anteojos de oro con cristales azules.

—Señor Urrutia, me permití traer conmigo á mi tío, el señor don Silvestre Cardoso, á quien tengo la honra de presentar á usted.

—Muy bien hecho, Alberto, el señor toma posesion de su casa y me tiene á sus órdenes desde este instante.

El señor Cardoso saludó profundamente, y fué á ocupar un asiento en un rincón de la sala, mientras Gerardo le pedía perdones por tener que ir á dar algunas órdenes.

Luisa, rodeada de señoritas y señores, era el punto de mira de la reunion.

El señor Cardoso pasaba una revista minuciosa á la concurrencia, hasta que llegó á dirigir su vista al sitio en que estaba Julia.

Don Silvestre se estremeció involuntariamente: se quitó los anteojos y comenzó á limpiar los cristales con la punta de su pañuelo. En seguida, se los colocó de nuevo, y siguió mirando con insistencia á la señora Urrutia.

Después de servirse helados, vinos, licores exquisitos, cremas y pasteles, el bastonero volvió á anunciar en alta voz:

—Polka.

La música comenzó, y el baile tambien.

Luisa bailaba con Ricardo: repetidas veces pasó junto á don Silvestre sin mirarlo, pero este sí la devoraba con la vista, exclamando para sí: «¡Esto es inaudito! ¡Qué semejanza! ¡Qué bellezal Si yo pudiera.....»

El señor Cardoso no concluyó su monólogo, pues se le habia acercado su sobrino.

—Escucha, Alberto, ¿conoces á aquella joven?

—¿Cual, tío?

—Aquella del vestido como de plata con sobreveste de encajes de Bruselas: la que tiene alhajas, no la que está á su lado, y que tiene un vestido igual.

—¡Ah, tío! esa señora es la dueña de la casa; la esposa de Urrutia.

—¿Te han presentado con ella?

—Sí, tenemos un medio de conocimiento.

—Preséntame, pero antes dime: ¿es realmente su esposa?

—Tío, se murmura, pero hay quien asegure que los vió casar.

—¿No sabes de dónde es?

—Dicen que de San Luis.

—Llévame con ella.

Luisa estaba sentada en un sofá, teniendo entre sus brazos á su hijo.

Cuando vió á Alberto que se acercaba con aquel extraño personaje, sintió que el corazón se le oprimía: algo parecido á un presentimiento funesto cruzó por su mente, y por un movimiento natural quiso levantarse para huir, mas reflexionando al punto, estrechó al niño y llevó su pomo de esencia á la altura de su boca.

Al señor Cardoso no se le había escapado ningún momento.

—Señora, tengo la honra de presentar á usted á mi tío el señor don Silvestre Cardoso, que me pidió ser favorecido con esta presentación.

Luisa se inclinó y repuso con voz algo insegura:

—Gracias, señor.

—No solo he tenido intención de cumplir con un grave deber de sociedad, sino felicitar á usted por ser madre de un niño tan precioso, causa, según me dicen, de este elegante baile.

—Sí, señor..... mi hijo..... Y Julia tartamudeó.

—Pero usted se halla indispuesta; ¿tiene usted algo?

Luisa encontró al punto un pretexto magnífico para encomendar su pasada turbación, y sintiendo renacer su valor ante el peligro, exclamó entusiasmada repuesta:

—Hace un instante que toqué la frente de mi hijo, y me pareció que tenía calentura: una recaída sería mortal..... Voy á retirarme, pues la desvelada puede perjudicar á mi hijo.

Y Luisa hizo un movimiento para levantarse.

—Un momento, dijo don Silvestre con una acentuación tal, que parecía un mandato.

—Quiero quedarme, exclamó el niño; estoy contento y no estoy enfermo.

Estas palabras de Julio hicieron estremecer á la amante de Gerardo.

—¿Quieres quedarte, niño? preguntó el señor Cardoso. ¿Cómo te llamas?

—Julio.

—Julio? dijo aquel individuo mirando al niño de una manera indefinible.

La infeliz madre palideció y buscó con la vista á Gerardo. El señor Urrutia no estaba allí.

—¡Contradanza! gritó el bastonero.

—Señora..... espero que.....

—Caballero, estoy indispuesta.....

Dos vueltas únicamente.

Luisa se puso en pié y dió el brazo al señor Cardoso. Sus piernas flaqueaban: se sentía desfallecer.

El baile principió, y don Silvestre se lanzó á bailar con Julia.

—¿Es usted de México?

—No, señor, contestó Julia fingiendo firmeza.

—¿Tiene usted papá?

—No, señor.

—¿Qué tiempo tiene usted de casada?

—Seis años.

—¿Qué era su papá de usted?

—Comerciante..... Estoy fatigada; ¿se sirve usted sentarme?

El señor Cardoso cesó de bailar, y llevando á Luisa del brazo, le dijo:

—¿Cómo se parece usted á una monja que se quemó en el convento de la Concepción, y á quien yo conocí mucho, por ser mayordomo del convento!

Luisa se puso horrorosamente pálida y un temblor convulsivo invadió su cuerpo.

El hombre de los anteojos llevó á Luisa al hueco de un balcón próximo á ellos y le dijo mirándola con ira mal reprimida:

GERARDO.

11

—Tú eres *sor Julia del Corazon de Jesus*. ¡Sacrilegal tu conciencia te acusa.

Julia dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

Los que bailaban corrieron al lugar de donde salió el grito: Gerardo se presentó, consternándose al ver á su amada en aquel estado.

El señor Urrutia la cargó en sus brazos llevándola á su recámara: los convidados se hacian mil conjeturas. Los criados corrieron en busca de un médico: algunas señoras abandonaron el baile; otras invadieron la recámara.

Luisa, vuelta en sí, veia á todos con ojos espantados, creyendo descubrir entre los convidados al funesto don Silvestre; pero el señor Cardoso habia salido el primero aprovechándose de la confusion. Montó en su carruaje, y no obstante la hora, dijo al cochero:

—Al Arzobispado, á escape!

El desmayo de Luisa se atribuyó al calor, á los nervios, al corsé ajustado, etc., etc.

La jóven tuvo que presentarse nuevamente en el salon para no disgustar á los convidados.

A las cinco de la mañana, cuando todos se retiraban sumamente complacidos, Julia confiaba á su amante lo ocurrido.

El señor Urrutia dispuso la fuga inmediatamente.

LA DENUNCIA.

Mientras reinaba la confusion en la casa de Gerardo, el carruaje del señor Cardoso rodaba con tal rapidéz en direccion del Palacio episcopal, que tal parecia que los caballos se habian desbocado.

El señor don Silvestre se frotaba las manos de contento, al pensar en que su odiosa accion le iba á acreditar con su ilustrísima y á proporcionarle quizá algun otro empleo.

Don Silvestre era un jesuita del siglo XVIII, que encontraba un positivo placer en toda clase de acciones del género de la que iba á hacer. Habia concluido de formular en su imaginacion la historia de su denuncia, cuando el carruaje se detuvo frente á la puerta del Arzobispado.

El señor Cardoso se apeó y llamó con fuerza en la puerta. Diez minutos despues, una voz soñolienta preguntaba:

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera, la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

—Tú eres *sor Julia del Corazon de Jesus*. ¡Sacrílegal tu conciencia te acusa.

Julia dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

Los que bailaban corrieron al lugar de donde salió el grito: Gerardo se presentó, consternándose al ver á su amada en aquel estado.

El señor Urrutia la cargó en sus brazos llevándola á su recámara: los convidados se hacian mil conjeturas. Los criados corrieron en busca de un médico: algunas señoras abandonaron el baile; otras invadieron la recámara.

Luisa, vuelta en sí, veia á todos con ojos espantados, creyendo descubrir entre los convidados al funesto don Silvestre; pero el señor Cardoso había salido el primero aprovechándose de la confusion. Montó en su carruaje, y no obstante la hora, dijo al cochero:

—Al Arzobispado, á escapel

El desmayo de Luisa se atribuyó al calor, á los nervios, al corsé ajustado, etc., etc.

La jóven tuvo que presentarse nuevamente en el salon para no disgustar á los convidados.

A las cinco de la mañana, cuando todos se retiraban sumamente complacidos, Julia confiaba á su amante lo ocurrido.

El señor Urrutia dispuso la fuga inmediatamente.

LA DENUNCIA.

Mientras reinaba la confusion en la casa de Gerardo, el carruaje del señor Cardoso rodaba con tal rapidéz en direccion del Palacio episcopal, que tal parecia que los caballos se habian desbocado.

El señor don Silvestre se frotaba las manos de contento, al pensar en que su odiosa accion le iba á acreditar con su ilustrísima y á proporcionarle quizá algun otro empleo.

Don Silvestre era un jesuita del siglo XVIII, que encontraba un positivo placer en toda clase de acciones del género de la que iba á hacer. Habia concluido de formular en su imaginacion la historia de su denuncia, cuando el carruaje se detuvo frente á la puerta del Arzobispado.

El señor Cardoso se apeó y llamó con fuerza en la puerta. Diez minutos despues, una voz soñolienta preguntaba:

—¿Quién?

—Yo, Roman, yo: un negocio urgentísimo.

La puerta se abrió, y don Silvestre se dirigió á la escalera, la subió con violencia, atravesó un corredor y llamó en otra

pequeña puerta de un modo particular. Esta se abrió á su vez, apareciendo en ella un clérigo muy jóven.

—¡Usted por aquí, tío! á esta hora!

—Sí, Andrés, yo. El loco de tu hermano me llevó á un baile, y he descubierto..... pero déjame entrar, pronto, pronto, avisa á su ilustrísima.

El clérigo introdujo al señor Cardoso: cerró con llave, y llevándole de la mano por varias piezas oscuras, le dejó en una antesala alumbrada por una lámpara de cristal apagado, mientras que él entraba por una puerta secreta.

A los pocos instantes salió diciendo:

—Su señoría ilustrísima está acostado, pero en virtud de la urgencia del caso, recibe á usted, tío; pase usted.

Don Silvestre entró, y el familiar fué á recostarse á un sofá para esperar órdenes.

En una alcoba bastante lujosa y en un lecho con colgaduras, se hallaba recostado un sacerdote como de unos cincuenta años: gordo, colorado, de ojos pequeños, muy vivos.

Sobre su mesa de noche estaba una Biblia abierta. Una bujía daba luz al aposento, sin alumbrar de lleno el rostro del sacerdote, merced á un velador trasparente, que tenia pintada la última cena.

—Señor ilustrísimo, entró diciendo el señor Cardoso, tenga su señoría muy buenas noches y perdóneme que haya interrumpido su sueño, pero se trata de un negocio grave de nuestra santa religion.

—Tome usted asiento, mi querido hijo, tome usted asiento. ¿Qué hay? ¿Nuestra muy amada madre abadesa desea...

—No, ilustrísimo señor, no; se trata de una monja prófuga.....

—¡Qué!..... dijo el arzobispo dando un salto, que hizo

observar al señor Cardoso que su señoría estaba vestido y cubierto con la ropa del lecho.

—Una prófuga de hace cuatro años, señor, repuso don Silvestre, agregando para sí:—«Hola, con que no te habias acostado ¿eh? y me estás haciendo un simulacro de sueño.»

—Pero yo no he tenido jamas conocimiento de esa fuga..... Y el arzobispo lanzó un bostezo, mas de fastidio que de sueño.

—¿Recuerda su señoría un incendio ocurrido hará unos cuatro años y meses en el convento de que soy mayordomo, allá como por el mes de Agosto?.....

—Sí, y recuerdo que se quemó una monja, que.....

—Esa, esa es la prófuga.....

El arzobispo dió otro brinco en su lecho, y movió el velador de manera que la luz de la bujía bañase el rostro de don Silvestre.

—¿Está usted en su juicio?

—Sí, ilustrísimo señor. El cómo se fugó lo ignoro; pero la acabo de encontrar y de confundirla: voy á explicarme.

Mi sobrino Alberto me convidó á un baile; y como San Pablo dice: «que todo se.....»

—Sí, sí: conozco la cita. Adelante.

—Concurrí al baile, que es en la casa del señor don Gerardo Urrutia, de donde he salido hace una hora.

Miraba con muy buena intencion á las señoras.....

El arzobispo se mordió los lábios para no reirse: don Silvestre habia seguido diciendo:

—Cuando llamó mi atencion una, á quien Dios Nuestro Señor ha dotado de grande hermosura. Admiraba al Creador, bendiciéndole en todas sus obras, cuando, ¡oh prodigio!

reconozco en aquella joven tan hermosa á la madre tornera, á sor Julia del Corazon de Jesus.

Pregunto á mi sobrino, *¿quién es ella?* Me responde que la esposa de Urrutia: le digo que me presente: lo hace Alberto, ella, que lleva el nombre de Luisa, se demuda al reconocerme: quiere evadirse, pretextando que su hijo está enfermo, yo no la dejo; le pido una contradanza, la interrogo bailando, se turba, y entonces yo la confundo diciéndole:

—Tú eres sor Julia del corazon de Jesus! ¡Sacrilega! Da un grito y cae sin sentido al suelo..... Los convidados entran en confusion, me aprovecho del desorden y corro á participar á su señoría lo que he descubierto.

El Arzobispo contemplaba á aquel individuo con curiosidad. Al señor Cardoso le brillaban los ojos á través de sus cristales con un fuego extraño.

—Es usted un guardián fiel de nuestra santa religion, y será recompensada esta denuncia.

—¡Ilustrísimo señor! exclamó don Silvestre con voz entrecortada.

—Sí, sí: eso es grave. Escriba usted mismo una comunicacion al ministro de justicia y negocios eclesiásticos, á fin de que nos auxilie con tropa y todo lo que sea necesario, para cercar la casa y evitar que nadie salga: á las ocho de la mañana irán las personas á quienes les corresponde conocer de este asunto á aprehender á la monja y al seductor y se instruirá una causa secreta, de las mas terribles que hemos tenido durante este año.

El señor Cardoso escribió la comunicacion: su ilustrísima la firmó, dió mas órdenes al mayordomo, y lo despidió en seguida.

Don Silvestre salió de la alcoba despues de haber besado el *pastoral* á su señoría.

Cuando hubo salido el señor Cardoso, el arzobispo se quedó murmurando:—«Pobre muger en manos de este buitres!» Y su señoría apagó la luz, y vestido como estaba, permaneció en el lecho sin dormirse.



Don Silverio salió de la escuela después de haber estado
pasando a su escuela.
Cuando Julia salió de la escuela, Gerardo le entregó un
paquete muy pequeño. — ¿Por qué me regalas un paquete así?
— Y en silencio abrió el paquete y vio un
paquete en el fondo sin decir nada.

EL ARRESTO.

Hemos dicho que Julia reveló a su amante lo que le ha-
bia sucedido, y que el señor Urrutia dispuso la fuga inme-
diatamente. Para el efecto, Gerardo mandó a uno de sus
criados a que fuese por un tronco de mulas de su propiedad,
que había prestado a un amigo suyo hacia pocos días.

El criado iba a salir fuera de la casa, cuando un hombre
de mala catadura le impidió el paso, amagándole con una
pistola.

- ¡Alto ahí!
- ¿Y por qué, amigo? repuso el mozo mirando con insolencia al desconocido.
- Porque es la orden que tengo. Quién sabe lo que se le haya atorado a tu amo, que hay esa orden.
- Adios, amigo: ¿y qué, no querrá ganar unos medios?
- Aunque quisiera, a mí me vigilan también.
- Y luego, ¿y quién lo vigila?
- Silencio.....

En aquel momento se había acercado á los dos interlocutores un oficial envuelto en un ancho capote.

—¿Qué quiere este, Ramirez?

—Iba salir, mi jefe.

—No señor, no hay órden: adentro, muchacho.

El criado volvió á entrar cerrando el postigo de la puerta. Avisó al portero y al lacayo, y la voz de alarma circuló entre la servidumbre. Los sirvientes del señor Urrutia estaban acostumbrados á presenciar tantas escenas de esta naturaleza que no se sorprendieron mucho: por otra parte, eran mas bien cómplices que mozos de Gerardo; sabían que este era rico y que todo lo vence el oro.

—Seria algun *soplón* que vino anoche y vió que se jugaba aquí, dijo el lacayo: avísale al amo para que no se asuste la niña, y para que no *almita* otro día en su casa *soplones de levita*.

El criado subió la escalera, y se dirigió en busca de Gerardo, que estaba en una antesala, en traje de viaje, y hablando con Luisa que se colocaba un sombrerito en la cabeza, mirándose en un espejo.

—¿Trajiste las mulas? ¿Están enganchadas ya al coche de camino, preguntó Gerardo apenas estuvo el mozo en su presencia?

—No, señor amo.

—¡Cómo! ¿Por qué? No te advertí que era muy urgente...

—Sí, señor amo, pero al salir por ellas un hombre me atajó el paso, diciéndome que hay órden para no dejar salir á nadie de la casa. Le ofrecí unos *medios*, y estaba haciendo *lucha* para *conchavarlo*, cuando se nos presenta un oficial y me obliga á entrar en la casa.

Gerardo y Luisa se habían dirigido una mirada patética.

La jóven se había dejado caer en un sillón, y estaba pálida como si fuese á morir.

—Dice el lacayo, prosiguió el mozo, que seguramente su merced recibió anoche en su casa á algun *soplón*: *vido* que se echaban albures aquí, y como *ora está provido* el juego, y como no pueden *ver ojos en otra cara*, dieron el soplo, y su merced tiene que pagar la multa.

—No, Gerónimo, es otra cosa mas grave; pero vamos á huir por la azotea: ¿nos quieres acompañar?

—Pues cómo no, amo; hasta el fin del mundo; más si va la niña.

—Luisa, toma á tu hijo y vamos pronto.

La jóven se levantó de su asiento animada por la esperanza: fué por su hijo, volvió con él en sus brazos, y todos tres se dirigieron á la azotea, para subir á la azotea.

Gerardo le había hablado al mozo en secreto, y este subió el primero. El señor Urrutia, entre tanto, revisaba sus pistolas.

Gerónimo, el mozo, apenas había dado unos cuantos pasos en la azotea, cuando le salió al encuentro un soldado que se ocultaba tras un poste, marcándole el alto y haciendo brillar su carabina á los primeros rayos del sol.

—¿A dónde va, amigo?

—*Pos* se acaba de volar un canario, repuso Gerónimo desconcertado, y lo ando buscando.

—No es usted mal canario, repuso el militar sonriéndose. A ver si se va para su casa, amigo.

—*Pos* mejor ayúdeme á buscarlo, *vale*, y puede que el amo le dé una onzita.....

—Mire..... dijo el militar con malicia, solo que somos *hartitos* y no alcanzan diez y seis pesos para todos.

—¿Y qué, cree que solo hay una onza en la casa?
—Ya me figuro que no, amigo, pero no echa cuentas con el gefe.....

—¿Y el gefe se negará, amigo?.....

—¿A qué?

—*Pos á buscar el canario.....*

—Es *rejego*, amigo, y luego.....

El soldado no pudo concluir: un sargento de luengos bigotes se presentó, y dándole un empellon al miliciano, le dijo:

—¿Qué hablaba usted con ese hombre?

—¡Mi sargento!

—¿Qué hablaba usted? repitió el sargento con voz estentórea.

—Pues la verdad, mi sargento, como estamos aquí desde antes de las cuatro, tenía frío, y le decia á este amigo que me trajera un trago de aguardiente: ya me *rajo por hacer la mañana*.

—¡Maldito vicio! exclamó el sargento. No, señor, está usted de servicio: y usted, amigo, márchese pronto.

Gerónimo se fué por donde habia venido. Bajó la escalera y comunicó á su amo lo que habia pasado sin omitir ningun detalle.

El señor Urrutia comprendió que la casa estaba cercada y que no habia medio de fugarse.

Luisa y él se retiraron á la sala, cerrando ántes las puertas. Gerardo levantó con cuidado la cortina de uno de los balcones, y pudo observar á dos hombres que se paseaban por la acera de en frente y que pertenecian á la policia secreta.

—Es llegado el momento de morir juntos, dijo Gerardo mirando á Julia con una expresion salvaje, y sintiendo en su corazon angustiado la pasion mas vehemente.

—Sí, murámos, repuso Julia: no me dejes llevar. Me encerrarian en el convento separándome de tí y de mi hijo. Y la jóven estrechó á Julio en sus brazos, y le miró como la leona herida ve á los cazadores que le llevan sus cachorros.

—Negaremos todo, dijo Gerardo, y si á pesar de eso te quieren llevar ó separarnos..... Y el señor Urrutia enseñó á Julia un agudo puñal.

—Sí, sí: la muerte es dulce, viniendo de tu mano.

—En aquel momento paró un carruaje á la puerta de la casa: á pocos instantes se oyó el ruido de otro coche.

—¡Ahí están! exclamó Gerardo lanzando una mirada llena de ira á la puerta por donde debian entrar.

Miéntas Julia se sentia desfallecer ante el peligro próximo, y Gerardo cobraba bríos, una escena divertida tenia lugar en el patio de la casa.

Gerónimo estaba rodeado por los criados, y los animaba con la palabra y con la accion.

—Lo que al amo le pasa, solo él y Dios lo saben: pero lo que yo digo es, que *ora es cuando* le debemos de dar *prebas* de nuestro cariño..... Donde él quiere *juir*, algo hay: armémonos y que se lo lleven en *güena hora*, pero despues de haber defendido la casa, y cuando estemos muertos. Vale mas morir, que perder al amo; dígolo por mí, ustedes saben lo que hacen.

—Lo que es yo, pienso lo mismo, contestó el lacayo.

—*Pos*, luego, muchachos, exclamó el portero: á tomar las carabinas: serán tan *güenas* las que traigan como las nuestras. Yo con mi carabina maté á un ladrón cuando *juimos* á la feria de Lagos á poner la partida.

Y los criados corrieron á tomar sus armas y á ponerse ba-

jo las órdenes de Gerónimo, que era el jefe que debía mandar la defensa de la casa sitiada.

Todo era alboroto y movimiento, y hasta dos muchachos, pinches de cocina, se presentaron armados en el patio.

—*Desparramaditos*, decía Gerónimo, no se me hagan *bo-las*: cada *quen* busque su lugar: pocos gritos y buena puntería.

—¿Y don Nicolás? preguntó uno.

—Ya está chocho, repuso un criado que tenía en la mano una botella, resto del baile, y de la que bebía sendos tragos para animarse.

—Pero ¿a dónde está? insistió el que primero había preguntado.

—Debe estar en su cuarto durmiendo: no ve que las desveladas matan á los viejos?

En aquel instante pararon los dos carruajes á la puerta: el portero abrió: todos estaban listos; quizá iban á salir algunos tiros, cuando vieron apearse del coche á un fraile gordo y mofetudo, y que apenas podía con su humanidad. Seguíanle dos clérigos mas: dos oficiales venían luego, cerrando la marcha el señor don Silvestre Cardoso, que rebo-saba de alegría.

Los insurrectos ocultaron sus armas, y hasta les besaron la mano á los padrecitos.

Aquellas seis personas subieron lentamente la escalera. El fraile obeso iba rezando en latín y bendiciéndolo todo: eran conjuros, pues para él, allí estaba el demonio.

Nicolás, á quien creían dormido los criados, no lo estaba: desde las tres de la mañana se había encerrado en su cuarto á escribir. A él debemos tan importantes datos.

En el momento en que los padres llamaban á la puerta de

la antesala, Nicolás, pálido y tembloroso, se presentó en la sala diciéndole á Gerardo:

—¡La justicia eclesiástica!

—Abre, dijo Gerardo.

Nicolás fué á abrir: los sacerdotes y don Silvestre entraron hasta la sala: los dos oficiales se habían quedado en la pieza inmediata.

Julia, sentada en un sillón, tenía á su hijo en sus brazos: de su pecho salían gemidos ahogados.

Gerardo, en pié, y junto á su amada, oprimía con ira el pomo de su puñal.

El fraile obeso entró exorcizando á los presentes, y con voz de bajo profundo, dijo:

—Don Gerardo Urrutia?

—Yo soy, contestó el joven chispeándole los ojos y dando un paso adelante, que hizo retroceder á los dos clérigos.

—Se le acusa á usted de haber seducido y prostituido á una monja del convento de la Concepcion, llamada sor Julia del Corazon de Jesus, de tenerla por manceba haciéndola pasar por su esposa, y debe ser esa que gime su culpa y que oculta el rostro entre las manos.

—Es mentira.

—Yo la he reconocido, exclamó don Silvestre.

—Mentira.

—Que se descubra el rostro, dijo el fraile obeso, dando un paso hácia Julia.

—¡Miserable! si te acercas, te mato, gritó Gerardo sacando el puñal.

—¡Sacrílego! ¿No te basta un crimen, quieres cometer otros? repuso el sacerdote, que era hombre que no se intimidaba por tan poco.

—¡Atras! repitió Gerardo, atras ó te mato.

Y acompañando la amenaza de la acción se fué sobre el sacerdote.

A los gritos acudieron los oficiales; Gerardo sacó su pistola para ellos: los militares desenvainaron sus espadas; el fraile, los clérigos y don Silvestre habían retrocedido.

Iba á empeñarse una lucha sangrienta quizá, cuando Nicolás, saliendo de entre las portinas de un balcon, se interpuso diciendo:

—Suplico á estos señores que se retiren: Gerardo, guarda tus armas, has delinquido; sujétate á la pena á que te has hecho acreedor sin causar escándalo.

Los oficiales envainaron, y á una seña del fraile abandonaron la sala. Nicolás fué á cerrar la puerta, y ofreció asientos á los circunstantes.

—Voy á hablar, dijo: soy el criado de confianza de Gerardo: mas bien dicho, soy su ayo. Allá por el año de 18..... Gerardo trajo una noche á esta jóven: me dijo que era una novicia prófuga, y que se iba á casar con ella.

Nos marchamos para San Luis Potosí, y en el pueblo de Dolores, haciendo yo el papel de tío de la jóven, se casó con ella Gerardo.

—¡Horrible! ¡Inaudito! exclamó el fraile.

—Sé que este caballero, continuó Nicolás, señalando al señor Cardoso, la descubrió ayer en la noche, reconociéndola monja profesá: lo que he dicho, es lo único que sé y la verdad mas pura.

—¿Es cierto? preguntó el fraile á Gerardo que estaba aterrado.

—Es verdad, pero antes que me separen de ella, moriremos juntos.

Y Gerardo, con un movimiento rápido sacó el puñal y pretendió herir á Julia: esta abrió los brazos presentando el pecho.

Los circunstantes dieron un grito, el niño lloró, dando ayes lastimeros y abrazándose de su madre... Nicolás evitó el golpe que todos creían seguro.

Lo que pasó en seguida fué espantoso: los sacerdotes querían llevarse á Julia aprovechando el momento; esta gritaba abrazándose de su hijo; el niño gritaba tambien que no le hicieran nada á su mamá. Gerardo luchaba como un desesperado con Nicolás y don Silvestre para desasirse de ellos.

Por último, en medio de aquella confusion de gritos, de lágrimas, de juramentos y de la lucha mas desigual, se oyó un tiro.

Los oficiales entran en la sala rompiendo la puerta, y ven á don Silvestre tendido sobre la alfombra y bañado en sangre..... estaba muerto.....

Gerardo luchaba aún con Nicolás.

Los militares corrieron en ayuda del criado, y lograron atar al jóven.

—¡Frailes malditos! Yo me vengaré, gritaba Gerardo en el colmo de la desesperacion. Al ménos el denunciante ya pagó su temeridad..... Y el señor Urrutia seguia llenando de injurias, que la pluma se resistió á trasladar al papel, á los clérigos y al fraile.

Julia, conducida por los sacerdotes, salió de la sala llevando á su hijo en los brazos.

Al ver que Gerardo iba detras con los oficiales, pensó que los llevarian juntos; pero cuando en el patio los montaron en carruajes distintos, la jóven, elevando la voz cuanto le

GERARDO.

12

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

fué posible, exclamó con un acento que penetraba hasta el alma:

—¡Adios, amor miol ¡Acuérdate de mí!.....

La casa seguía vigilada: el cadáver de don Silvestre fué conducido una hora despues en un coche cerrado.

Los criados, rodeados de Gerónimo, hacían sus comentarios en el patio: escuchémoslos.

—Yo, yo mismo oí todo, decía Gerónimo; estaba escondido en la recámara del amo: la niña Luisa es monja, y su nombre verdadero es el de Julia.

—¡Jesus! dijo el lacayo, entónces el niño Julio será el Ante-Cristo. ¿No dicen que el Ante-Cristo ha de nacer de una monja? ¡Carambal probe del amo... yo en su lugar no...

—¿No qué? le interrumpió Gerónimo, ¿no te la hubieras robado? *qué guaje!* Monja ó no monja, la niña es muy chula, la verdá: *güen cacho, aparcero*: lo que es yo, hasta el infierno voy por una muger tan *repreciosa* como ella.

—Lo que es el *soplon*, *peló patos*, agregó el portero.

—¡Qué buen balazote teñial dijo uno.

—Me alegre, contestó otro.

—¿Y qué le harán al amo?

—Nada: contestó Gerónimo; dentro de pocos días está aquí muy triste. Para eso que tiene dinero.

Y los criados se dirigieron á cumplir con sus faenas, como si tal cosa hubiera pasado.

¡PARA SIEMPRE!.....

A las siete de la noche de ese mismo día, un carruaje se detuvo en la puerta del convento de la Concepcion!

La puerta se abrió sin que nadie llamase, y se apearon del coche dos sacerdotes y una muger cubierta la cara con un espeso velo.

Julia, pues no era otra la muger del velo, exhaló un gemido al oír cerrarse tras ella la maciza puerta. Los clérigos la llevaron por los patios del claustro sin haber encontrado á ninguna monja. Despues de atravesar varios patios y muchos corredores, llegaron por fin á un pequeño jardin: en este lugar había un calabozo estrecho y húmedo reservado á Julia.

Una monja se acercó á los hombres de sotana, llevando en sus manos una linternilla.

—Reverenda madre abadesa, dijo uno de ellos, aquí está la culpable: ha confesado todo, y ya sabe vuestra reverencia lo que su señoría ilustrísima ha prevenido.

—Padres, todo se ha hecho como lo mandó su señoría ilustrísima.

—Nos retiramos entónces, madre abadesa.

—Yo no quiero quedarme aquí, dijo Julia; me han engañado, se me dijo que veníamos á que probara mi dicho, yendo al coro bajo, para que se escavara la fosa á mi presencia..... Quiero ver á mi hijo: ¿á dónde está mi hijo?..... Es mi hijo; mi Julio..... yo lo crié con mis pechos: estuvo en mi seno..... ¡ay! le amo tanto.....

—Olvida todo eso, Julia; fué un sueño..... pídele misericordia á Dios y arrepiéntete, contestó la abadesa con una frialdad glacial.

—¡Un sueño! nó, que es verdad: es una realidad hermosísima: nunca me arrepentiré de haberlo tenido..... No quiero estar aquí: me ahogo, me muero, me asfixio. Y Julia intentó retirarse.

Los dos clérigos y la abadesa se abalanzaron sobre su presa como buitres famélicos. Despues de una lucha ligera, Julia fué á dar al calabozo, y la puerta se cerró con estrépito.

Julia, despechada, comenzó á dar gritos lastimeros, llamando á Gerardo y á su hijo.

La abadesa acompañada de los dos sacerdotes, se retiró de aquel lugar.

—Me parece que grita mucho esa señora.

—Ya se cansará, contestó la abadesa.

—Pero..... puede ser oida.

—No hay cuidado, esta parte del convento está aislada: dentro de ocho días estará débil y llena de resignacion.

Los clérigos y la abadesa, salieron de aquel pequeño jardin.

Julia, entre tanto, no cesaba de gritar.....

Bien pronto se sintió fatigada: entónces comenzó á llorar con ternura.

Julia pensaba en Gerardo, en su hijo, en su casa á donde habia sido tan feliz, y todo la atormentaba.

A las once de la noche oyó la campanilla del convento que tocaba á coro: Julia se arrodilló en medio del calabozo, y estremeciéndose con terror, exclamó:

—¡Gerardo, Julio, adios para siempre!

Las fuerzas físicas la abandonaron, y cayó sobre las frias losas privada de sentido.....

La historia de Julia nos ha inspirado serias reflexiones, que comunicaremos en parte á nuestros lectores, sin descender á un terreno resbaladizo, por temor de disgustar á alguna bella lectora en cuyas manos tengan la fortuna de ir á dar nuestras pobres producciones.

La historia de Julia, no es una ficcion de nuestra mente, la hemos tomado de una causa original, cambiando empero el nombre de la monja y el convento en que aconteció lo que hemos referido.

La falta fué grave, no lo negamos, pero el castigo traspasó los límites: en nuestro humildísimo concepto, Julia nunca debió ser separada de su hijo.

Esta separacion fué causa de grandes males, como verán nuestros lectores mas adelante. En cuanto á Julia, ya sabremos su triste fin: por ahora, nos vemos precisados á dejarla en su calabozo, para ocuparnos de otros personajes.



TERCERA PARTE.

SALVADOR Y JULIO.

DERRUMBAMIENTO.

Habían transcurrido once años.

Amanecía: los primeros rayos del sol hirieron de frente la cara de un joven que se hallaba recargado en el antepecho de una ventana: este joven tendría unos diez y seis años. Tenía una fisonomía abierta y simpática: su cara revelaba salud. El óvalo de su rostro lo coronaban cabellos negros como el ébano; la frente era alta y un poco convexa: la nariz afilada: los ojos negros, grandes y llenos de inteligencia. Las miradas que lanzaban aquellos ojos eran profundamente

melancólicas: podía leerse en sus pupilas algo misterioso, como la aceptación tranquila de algún futuro martirio: la boca era pequeña. El conjunto de aquel rostro era sumamente agradable: era una de esas fisonomías que se ven una sola vez y jamás se olvidan, por la impresión que dejan en nuestra alma: este joven era Salvador.

Vivia hacia dos años en un pobre cuarto de la calle del *Apartado*, que se hallaba en la azotea, y que tenía una ventana con vista al Oriente.

Don Nemesio había muerto un año después de la prisión de Julia, ignorando, como era consiguiente, este suceso. Salvador pasó á poder de su padrino. Nuestro doctor había sembrado en la inteligencia del joven los primeros gérmenes de la ciencia.

Cuando Salvador entró al colegio de San Ildefonso, su padrino murió de una fiebre en la cabeza. El doctor había colocado una pequeña cantidad en una casa de comercio, que redituaba veinticinco pesos mensuales. Esta pequeña renta y algunos muebles, eran todo el patrimonio del joven estudiante.

El doctor había ganado bastante dinero, pero lo había repartido entre los pobres; por esta razón le había dejado á su ahijado tan escaso haber. En cambio, le había formado el corazón: un corazón modelado por el suyo. El alma de aquel filantrópico hombre, debía estar gozando en el seno de Dios.

Hemos dicho que el sol hirió con sus rayos el rostro del joven, que se hallaba recargado en la ventana: nos falta agregar que estaba triste, profundamente triste, y que había llorado toda la noche.

¡Llorar á los diez y seis años! ¿y por qué? Vamos á decirlo.

Salvador, desde que tuvo uso de razón, preguntó por qué se apellidaba él Pastrana: quién había sido su padre. Se le contestó ambiguamente, y jamás su padrino le volvió á hablar de aquel asunto. Cuando murió el doctor, el joven heredó, entre otras cosas, una caja pequeña de madera fina, conteniendo objetos de su madre: Salvador nunca había querido abrir aquella caja; pero la víspera del día en que lo presentamos á nuestros lectores, Salvador había abierto la caja, y se había impuesto de su contenido.

Entre otras cosas se encontró con algunos borradores de cartas de Constanza, dirigidas á un amante á quien solo daba el nombre de *Gerardo*: otras de él á ella, firmadas con el mismo nombre ó con una inicial.

Lo que Salvador sacó en limpio, fué que aquel Gerardo había sido el amante de Constanza, y que él era hijo natural.

Salvador sintió un golpe extraño en su alma: su poético corazón se sintió herido de muerte: su imaginación no buscó subterfugios para acallar su pena.

Se creía digno de las consideraciones sociales, y desde el instante en que descubrió su procedencia ilegítima, se creyó indigno de estrechar la mano de ningún hombre honrado.

—Quizá vive mi padre, se decía Salvador en aquella noche de angustia: ¿por qué me abandonó?..... ¿Qué motivó su ingratitud?..... ¿Con que es decir que me pasaré en la vida sin esta tierna afección?.....

Al entrar en el sendero de la vida, tropezar con la seducción, con el amor criminal, con un padre de naturalizado que solo por un torpe placer os engendró!..... Y la persona

débil, y la muger seducida, y la muger engañada, ser su madre..... Y el raptor de la honra, el autor de su vilipendio, era su padre.....

Manuel Acuña, poeta que me favorece con su amistad ha dicho:

..... «La madre es solo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos»

Esto mismo podía decir Salvador, hablando de su padre, á quien no debía mas que haberlo enjendrado, por satisfacer un placer bastante torpe.

La noche de Salvador fué dolorosa: el insomnio y el llanto sus compañeros.

Y aquel llanto vertido por un adolescente, aquel llanto que le quemaba las mejillas de rubor y le torturaba el corazón de angustia, vertido en las altas horas de la noche, por un niño de cuyos ojos huye el sueño, porque ya siente lo que es un pesar; aquel llanto, lo repetimos, clamaba al cielo *justicia* contra la odiosa incontinencia del pérfido seductor!!.....

En medio de un caos de ideas negras, Salvador halló un consuelo, vió con los ojos del alma la tierna figura de Jesús, diciendo: *Venid á mí, todos los que no tengáis padre, que yo soy el padre universal.*

Los pesares son relativos á la edad y proporcionados á la fuerza moral del individuo: todo tiene su escala en la vida, y el corazón poco á poco, digámoslo así, se va acostumbrando al dolor. No es compatible, no es justo, que al que en

tra por el sendero de la vida, al que está en el albor de la mañana juvenil, desimprovisado, por una causa no buscada, por un acontecimiento anterior á su venida al mundo, sea sepultado en la oscuridad de una noche de dolor y decrecimiento. ¡Pesar prematuro! ¡dolor anticipado! ¡llanto vertido en la oscuridad de una noche sin nombre! ¡angustia infinita que oprime el corazón!..... ¿Qué sentiría el alma de Salvador, dotada de esquisitos sentimientos, al saber su deshonesto origen?

Lo hemos dicho, aquel corazón no estaba preparado, aquel pecho, ageno á la emoción que produce el dolor, aquella imaginación, por donde solo habían cruzado pensamientos halagüeños, quimeras febriles, que forja la imaginación de todo jóven, castillos fantásticos para el porvenir, todo vino abajo..... El corazón no quedó herido, sino muerto moralmente, muerto, sí, y para siempre.

El jóven Salvador juró no deshonrar á ninguna muger, respetando lo que otros ven con menosprecio: la virginidad.

—Nunca tendré un hijo que me eche en cara algun día su origen vergonzoso, se dijo.

Salvador pensaba esto apoyado de codos en la ventana: en esta postura y con una inmovilidad contemplativa, permaneció el jóven hasta que vino á sacarlo de sus meditaciones la voz de una criada que le hablaba por su nombre.

Salvador dejó su actitud melancólica, se dirigió á la puerta y la abrió.

—Niño, niño, he venido corriendo, exclamó la sirvienta, soplando con fuerza para tomar aire.

—¿Pues qué hay?

—Quién sabe lo que ha pasado anoche, niño; pero lo que yo *vide*, fué que *regañaron* á la niña. *Croque* le cogieron una carta de usted: aquí traigo un papelito de la niña, im-

póngase usted de él, y ya me voy porque no me vayan á echar de ménos.

—Espere usted, Francisca, espere usted.
Y Salvador registró las bolsas de sus chalecos, encontrando al fin lo que buscaba.

—Tome usted esta friolera, Francisca, y dígale usted á la niña que voy á escribirle.

La criada recibió el dinero, se puso colorada de emoción, se cubrió la cara con el rebozo, rascó la pared con las uñas y salió diciendo:—Ah qué niño, tan..... si ne lo hago por paga..... Y desapareció.

LA CARTA.

Salvador habia permanecido inmóvil y mudo contemplando la carta que la criada le habia entregado.

Al cabo de un rato suspiró con emoción, abrió la carta y leyó lo siguiente:

«Salvador:

«Anoche, despues de que te despediste de mí en la venta-
na, me dirigí á mi cuarto, y creyendo que estaba sola, me
puse á ver tu retrato: ocupacion á que me entrego siempre
que estoy triste.

«De improviso, siento que una mano se posa en mi espalda,
vuelvo la cara, y me encuentro con papá. Creí morirme de
miedo y de vergüenza: papá me quitó las cartas y tu retrato
y me obligó á decirle todo.

«Como me ha enseñado á no mentir nunca, le dije la ver-
dad. Leyó tus cartas: durante su lectura, yo temblaba
delante de él..... Mas cuál fué mi sorpresa cuando ví
que me las devolvía..... Entonces me eché á llorar.

«Mi padre me llevó á su cuarto, me habló largamente de nuestros amores, y me dijo que era yo muy niña y tú también bien.

«Salvador: yo creo que tú me amas, y si no me engañó, te ruego le hables á papá.

«Te ama mucho tu

SOFIA.»

El jóven, cuando hubo concluido de leer la carta de su novia, tenía inundados los ojos de lágrimas.

Son las ocho de la mañana, se dijo Salvador; voy á escribirle á Sofía y á su padre, aunque no vaya yo á la cátedra, sí, la amo y no soy capaz de engañarla; Dios me libre..... No soy Gerardo, para seducir.....

¡Qué hermosas palabras en la boca de un adolescentel! ¡Qué reproche tan severo! Salvador sacaba un fruto magnífico de su desgracia.

Nuestro estudiante se sentó frente á una pequeña mesa, y escribió lo siguiente:

«Sofía:

«La lectura de tu carta me conmovió en extremo: tiene razón tu buen padre; pero él no sabe lo mucho que te amo: él no sabe que eres mi único amor, mi porvenir, la recompensa que ambiciono, y que si á Dios place, serás mi esposa al concluir mis estudios.

«Muéstrale la presente carta, y suplicale en mi nombre que me permita hablarle. Acataré sus mandatos y reglamentaré mi conducta de la manera que él se sirva prevenirme.

«Espera tu respuesta, tu amante

SALVADOR.»

El jóven plegó la misiva y se la guardó en el bolsillo.

La novia de Salvador era una niña verdaderamente: contaba catorce años. Salvador la había conocido en un paseo público; sintióse conmovido al verla, y se propuso averiguar á dónde vivía.

Sofía, que no por su calidad de niña, dejaba de ser muger, comprendió al punto que había llamado la atención del jóven estudiante. Mirólo de esa manera con que saben ver las mugeres cuando se proponen demostrarle á un hombre que no les parece mal su inclinacion.

Salvador, alentado con aquella mirada, comenzó á seguir á Sofía.

Su alegría no tuvo límites, cuando vió que la niña entraba en una casa baja de *San Pedro y San Pablo*.—Estamos á un paso, se dijo Salvador, la veré al entrar y salir de cátedra.

Comenzaron las hostilidades, dando por resultado que aquella débil plaza se rindiera ante tan simpático enemigo, que tenía por armas un rostro agraciado y una elocuencia muy superior para un niño de su edad.

Los amantes niños se escribían diariamente y se veían algunas noches por la ventana.

Sofía tenía únicamente padre: su madre había muerto dejándola pequeña. El padre de la jóven era un viejo militar mutilado y que vivía tranquilamente con el fruto de una módica renta que le había dejado su esposa.

Don Joaquín Cabrales era un hombre instruido y prudente: amaba á su hija única con ternura, y al descubrir sus inocentes amores, no la amonestó por ellos, sino que la aconsejó prudentemente, proponiéndose manejar aquel negocio con

toda la experiencia que dan los años y el conocimiento del corazón humano: cosa de que se preciaba el señor Cabrales.

Sofía sabía muy bien el amor que su padre le profesaba, y se dió el parabien despues de que don Joaquin descubrió sus relaciones con Salvador.

El padre de la jóven era un hombre de cincuenta años: alto, de color moreno, bronceado por el sol: luengos bigotes, ojos negros, que dirigian miradas terribles. Su voz era áspera y bronca. El exterior no correspondia con el interior.

Sofía era mas bien simpática y graciosa que bella. Ojos negros que interpretaban la pureza de sus sentimientos: color apañonado; boca pequeña, nariz afilada: el pelo abundante y fino. Reunido á esto, la voz que no se puede describir y que forma una parte muy esencial en la belleza, en la simpatía de la muger.

Hemos dicho lo bastante de la jóven Sofía.

Salvador salió de su cuarto, cerrando con llave, y se dirigió á rondar la calle de «San Pedro y San Pablo.»

Despues de una hora de espera, salió Francisca, la criada.

—Niño, ¿qué hace usted aquí? ¿Y si el amo lo va á ver á usted?

—Poco importa, Francisca, llévele usted esta carta á la niña, procurando dársela delante de su papá.

—¡Dios me libre!

—Hágalo usted así.

—Pero..... y..... si el amo.

—Le dice usted que yo le dije lo hiciera así.

La criada tomó la carta, y media hora despues volvía al sitio á donde era esperada por Salvador.

—¿La vió su papá?

—Sí.

—¿Qué hizo?

—Se rió, y luego dijo que la niña escribiera. Aquí traigo este papel. Y Francisca entregó á Salvador un papel que solo decia estas palabras:

«Te espero á la noche, ven..... Papá te quiere ver.—

«SOFIA.»

El jóven, con una emoción que nunca habia sentido, se guardó el papel, y con cierto aire de gravedad, le dijo á la criada:

—Dígale usted á la niña que seré puntual y que espero que su papá acceda á mi súplica.

—¿Se va usted á casar? preguntó la criada muy contenta.

—Luego, no; dentro de seis años, repuso Salvador ruborizándose.

—¡Uy.....! hizo la criada, la vida de un cristiano. Adios, niño, ya me voy.

Salvador se alejó de Francisca, pensando tantas cosas, que su cabeza ardía cual si tuviese fiebre. Las palabras de la criada habian herido su amor propio.—Pues bien, se decia, veré lo que hago, y me casaré mas pronto.

Sin conciencia de lo que hacia, Salvador entró en el colegio.



UN ENAMORADO Y SU AMADA.

A las siete de la noche de ese mismo día, Salvador llamaba á la puerta de la casa de su novia.

La puerta se abrió, y Salvador, temblándole las piernas, entró en la casa.

En la sala se hallaba el señor Cabrales: la criada abrió la puerta vidriera, y el jóven entró sin haber podido dominar el miedo de que se sentia poseido. Para un niño de tan cortos años, convengamos en que habia dado un paso demasiado sério: nosotros hemos visto á los hombres turbarse en un lance semejante, siempre que están verdaderamente enamorados.

Salvador no se atrevió á dar un paso mas: Don Joaquin gozaba con la perplejidad del jóven, pareciéndole de buen agüero; sin embargo, aquella situación no se podia prolongar, así es que el señor Cabrales le dijo con su voz áspera:

—Adelante, jóven.

La voz de don Joaquin acabó de desconcertar al niño: dió dos pasos y balbució esta palabra:

—Señor..... y no puedo concluir.

—Vamos, acérquese usted y siéntese.

Salvador logró dominarse, y se acercó al señor Cabrales.

—Siéntese usted, dijo el papá de Sofía, dulcificando su acento áspero por naturaleza.

—Señor: perdóneme usted mi turbacion; no sé lo que me pasa, no me puedo explicar lo que me ha sucedido.....

Don Joaquin examinaba el rostro del joven, y su mirada profunda habia penetrado hasta el corazon de Salvador.

—¿Y por qué se halla usted turbado?

—Creo que..... al hablarle á un padre de un negocio tan sério..... y mas como sé lo que usted dijo de.....

—¿Ama usted á Sofía? le interrumpió don Joaquin, saliendo otra vez de tono.

—Sí, señor, contestó el joven tímidamente, pero con un acento que revelaba su cariño.

—Bien, dígame usted lo que pretende.

—Señor, que apruebe usted nuestras relaciones.

El señor Cabrales se sonrió y repuso:

—¿Qué edad tiene usted?

—Voy á cumplir diez y seis años.

—¿En qué se ocupa usted?

—Estudio.

—¿Qué?

—Matemáticas.

—¿Y luego?

—Seguiré estudiando medicina, por obsequiar los deseos de mi padrino que siempre me suplicaba estudiase para obtener el título de médico.

—¿Y sus padres de usted?

—No los tengo, contestó Salvador con un acento doloroso.

—¡Como! ¿pues con quién vive usted?

—Solo.

—Solo y tan niño..... Y el señor Cabrales examinó con mayor atención á Salvador.

—¿No tiene usted parientes?

—No señor: mi madre murió al mes de haberme dado á luz..... Nunca he sabido de mi padre. Mi abuelo fué el que me crió: murió tambien, dejándome de seis años de edad; entónces pasé al lado de mi padrino el doctor Salvador R** A él debo mi educacion.

—¿Pues por qué no vive usted con él?

—Hace dos años que lloro su muerte. Mi padrino poseia un capital mediano, pero como fué tan caritativo, al morir solo pudo dejarme una pequeña cantidad, cuyo rédito mensual de veinticinco pesos es lo que poseo.

El señor Cabrales miró con profunda tristeza á Salvador.

—¿Y vive usted?.....

—En la calle del «Apartado», en una pieza que está en la azotea.

—¿En dónde conoció usted á Sofía?

—En un paseo: su gracia me cautivó..... Tengo tal necesidad de amar á alguien, que.....

Don Joaquin tosió recio para disimular su emocion.

—De manera que, Sofía.....

—Es mi única afeccion sobre la tierra.

—No, joven: yo soy su segundo padre de usted desde este instante. Y el señor Cabrales estrechó conmovido la mano de Salvador. El joven apenas podia dominar su emocion. Reinó un momento de silencio.

—No creía yo hacer una transacción tan completa con usted, Salvador: pero veo que es usted digno de mi aprecio. Es usted muy joven, pero no importa; ame usted á Sofia, siga usted sus estudios con empeño, y el cielo premiará su orfandad y sus desgracias: yo visitaré á usted, le repito que me repite como su padre: usted venga todas las noches, el tiempo hará lo demás.

—Señor..... yo..... deme usted su mano.

Salvador llevó la mano del señor Cabrales á sus labios.

—Vamos, dijo don Joaquin, usted querrá ver á la novia, ¿no es cierto? ¡Sofía!

La puerta se abrió al punto: lo que probaba que la joven estaba á la expectativa. Entró en la sala toda turbada y con los ojos bajos.

Salvador se había puesto en pié.

—Papá.....

—Este joven quería verte.

—Sofía.....

—Salvador.....

Los amantes niños tenían embargada la voz por la emoción mas púdica.

El señor Cabrales experimentaba un placer nuevo, extraño hasta entónces para él.

—Siéntese usted, Salvador. Vamos, dale la mano, dijo á su hija.

Sofía tendió su preciosa mano á su amante, y ambos se estremecieron.

Don Joaquin se sentó entre los dos niños, tomó la mano de Salvador y la colocó sobre la de Sofia, diciendo:

—Vaya, *mocosos*, no hay un papá tan complaciente como yo, ¿no es cierto? Pero me siento conmovido ante el cariño

de ustedes. La Providencia quiera concederles el logro de su intento, y á mí la satisfacción de verlos..... esto es delicioso: ¡caramba! pues no lloro?..... ¡qué barbaridad! Ya soy un mandria, continuó diciendo don Joaquin, á la vez que enjugaba sus lágrimas.

Si aquel hombre, cuyo corazón era duro para las emociones, lloraba, ¿cómo estarían los niños?..... Habíanlo abrazado, mezclaban sus lágrimas y formaban un grupo encantador.

—Papá, te suplico que Salvador se quede á cenar con nosotros.

—Sí, hija mia, haz lo que quieras.

—Gracias, Sofia, repuso Salvador.

Y los dos amantes niños se miraron con profunda ternura. Nosotros suponemos que solo los ángeles podrán mirar así.

Salvador se creía el hombre mas feliz de la tierra: y en efecto lo era; su corazón palpitaba conmovido y experimentaba un placer tan extraño, como si una lluvia de lágrimas cayese sobre él..... Se sentía envuelto, magnetizado con la mirada de Sofia: su primer amor.

La niña estaba encantadora: con los ojos húmedos aún por el llanto, contemplaba á Salvador; teniendo entre sus manos las de su amante, su cabeza la reclinaba sobre el hombro de su padre.

En cuanto al señor Cabrales, ya hemos dicho que había llorado, y que veía á los niños conmovido.

El amor, el amor del alma, conmueve hasta á un anciano, en cuyo corazón quedan siempre gérmenes de tan bello sentimiento..... ¡Qué bello es el pudor! ¡qué bella es la castidad! ¡qué hermosas esas horas que se pasan al lado del objeto amado, absorbiendo su mirada, sintiendo en nuestro

corazon las palpitaciones mas suaves que el placer determina!

Yo creo que en esos momentos, un espíritu enviado por el mismo Dios se cierce sonriendo por encima de las cabezas de los que se aman, y murmura misteriosamente aquellas palabras que dijo Jesus: *Amaos los unos á los otros.....*

Con unas cuantas horas de ternura acababa Dios de recompensarle á Salvador años de sufrimiento. Es cierto que las horas del sufrimiento se prolongan, y las del placer pasan ligeras, pero las segundas dejan en nosotros tales recuerdos, que ellos solos bastan á suavizar nuestros pesares.....

Sofía suspiró y dijo:

—¿Está usted contento, Salvador?

—Cómo no estarlo, Sofía, si acabo de encontrar una nueva familia; cómo no estarlo, si en su padre de usted y en usted están todas mis afecciones..... Ya tengo padre, ya tengo..... y el jóven se turbó sin poder concluir.

—Dilo, Salvador, dilo: ya tienes un corazon amante, una futura esposa, exclamó don Joaquín con entusiasmo. Cuando seas su esposo, cuando Dios haya santificado esta union, seré mas viejo, entónces ustedes formarán el encanto del anciano..... Y cuando yo muera, ustedes cerrarán mis ojos.....

—Señor..... no nos diga usted eso.....

—Papá, nos haces llorar.....

—Es verdad, soy un tonto; hablemos de otra cosa: esta es la noche mas feliz de mi vida.

—Y la mia tambien.

—Y la mia, dijo Salvador con un arranque de ternura y de pasion, porque su hija de usted es la única muger á quien he amado.

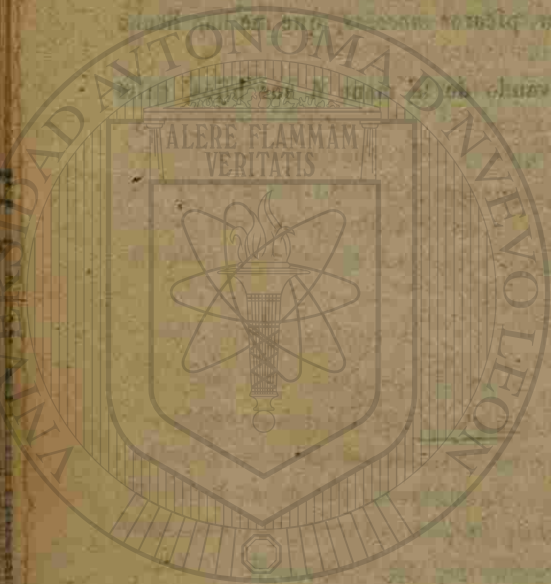
—Vamos al comedor, pícaros *mocosos*, que me han hecho llorar.

Y don Joaquín, llevando de la mano á sus hijos, salió de la sala.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO



DE TAL PALO...

Nos vemos obligados á decirles dos palabras á nuestros lectores, ántes de entrar en la materia de este capítulo. Gerardo habia sufrido una prision de cinco años por raptor sacrilego y asesino: no fué esta la pena que se le impuso, pero como habia dicho muy bien Gerónimo, tenia dinero y ante el oro la justicia humana se ablanda. Durante este período, Nicolás era el encargado de la educacion de Julio: este, y la servidumbre del señor Urrutia, iban con frecuencia á su prision.

Lució por fin el dia de su libertad, y Gerardo volvió á su casa profundamente triste, pero nunca arrepentido. Para acallar sus recuerdos que eran muy dolorosos, el señor Urrutia adquirió un vicio mas: se hizo borracho. Todas las noches salia de su casa al anocheecer, y era llevado á la drugada á su lecho, por el lacayo ó per Gerónimo que lo seguian por órden de Nicolás.

Gerardo se dirigia á un café de tercer órden, y allí, sentado frente á una mesa, estaba bebiendo licores fuertes y groseros, hasta quedarse dormido: entónces, algunos de sus mozos entraba al café, se lo cargaba en hombros, y Gerardo despertaba en su lecho.

El señor Urrutia bebía con exceso ántes de embriagarse: cuando el licor comenzaba á trastornarle la cabeza, cantaba con voz aguardientosa coplas soeces, en las que siempre sacaba á colacion el nombre de Julia. Se interrumpia de cuando en cuando, para reirse á carejadas.

Sobre las mesas, y con la punta de su navaja, escribía el nombre de su amada.

Por espacio de seis meses esta fué su vida, hasta que una noche, uno de sus antiguos amigos lo convidó para una orgía: Gerardo fué gozoso, y allí se encontró con Rosario, su antigua querida. Verse y reanudar sus relaciones, fué todo uno.

Aquella infernal mujer estaba como siempre: fresca, lozana y sin una arruga en el rostro. Solo tenia de mas á una niña preciosa, que la llamaba madre y que llevaba el nombre de Susana.

Cuando Gerardo la vió, se quedó deslumbrado de la belleza y de la rara precocidad de la niña.

- ¿Y esta niña? le preguntó á Rosario.
- Es mi hija.
- ¿Tu hija!
- Sí: ¿y qué te admira? ¿Acaso no podia tener hijos?.....
- Sí pero es muy bella, y.....
- Tanto mejor, pronto hará fortuna.....
- Yo tambien te llevaré á tu casa á mi hijo Julio.
- ¡Holal tú tambien, eh?.....

—Sí, repuso Gerardo con tristeza; lo tuve en Julia.

—¿En Julia!

—Sí, aquella jóven..... la..... Y Gerardo acabó la frase al oído de Rosario.

—¡Ah! ahora me acuerdo..... pero, ¿qué tienes! ¿por qué lloras? Vaya que eres el mismo; lloron y niño aunque ya tienes canas.....

—Son de sufrimientos.

—Tontol!

—Rosario: ¿nunca has amado?.....

Gerardo, al interrogar á la cortesana, lo hizo con tal ternura, que su voz parecia haber salido del fondo de su alma.

Por la frente de Rosario cruzó algo velóz como el relámpago, pero se disipó al punto y repuso:

—Vamos, no hablemos de eso aquí. Ve á jugar: quiero saber si eres tan afortunado como en otro tiempo. Vuelve pronto, y si quieres, nos iremos de aquí para casa: tenemos mucho que hablar.

—Pero.....

—No hay peros: vivo sola. Susana fué un episodio y nada mas..... Todavía me da risa al recordar cómo conocí á su padre; ¡jál jál jál..... qué chasco!

—Cuéntame, cuéntame.

—Es una historia.

—Brevemente.

—Te pierdes de los detalles.

—No le hace, en tu casa me los referirás despues.

—Pues bien, escucha: caminaba yo de Colima para Guadalajara, cuando en un punto que no recuerdo su nombre, nos robaron; pero no creas, nos dejaron en camisa á las mugeres y sin ella á los hombres..... ¡jál jál jál qué lance

tan salado. Uno de mis compañeros de coche me veía con insistencia, siempre que los demás viajeros no le observaban.

Llegamos al paraje: se consiguió para las señoras algunos malos abrigos; los hombres se morían de frío: aquel individuo tiritaba, yo que soy caritativa..... Este fué el padre de Susana.....

Cuando llegamos á Guadalajara, supe que aquel jóven venía á México con objeto de estudiar Sagrada Teología: no supe mas, ni tampoco lo he vuelto á ver.

—Vaya una historial! Voy á jugar.

Media hora despues volvia Gerardo con los bolsillos repletos.

—¿Nos vamos?

—En el acto.

Desde ese instante, Gerardo se entregó otra vez en brazos de Rosario, y de toda clase de vicios y de desórdenes.

Julio vivía con la querida de su padre, nutriéndose con aquellos ejemplos. Susana y él, se vivían jugando: hacían figuraban que eran *marido y muger*, etc., etc.,

Estos juegos no eran sencillos, los pobres niños tenían la suficiente malicia, y allí, en la sombra, pasaban escenas y se dirigían palabras que la pluma no pueda trazar, pero que las madres de familia están en obligacion de adivinarlas.

Cuando Susana cumplió catorce años, había perdido hacia un año lo mas caro que tiene la muger, su pureza.....

Hemos dicho lo bastante: presentemos á nuestros personajes.

Era la conjuncion de la luna de Agosto: llovía. El reloj de San Fernando marcó con cierta lentitud las nueve: el eco

de la campana parecia confundirse lúgubrementó con el ruido acompasado y monótono de la lluvia.

En la sala de una casa baja, y sentados frente á una mesa cubierta con un blanco mantel, sobre el cual había manjares apetitosos, vinos y flores, puestas en vasos de cristal, se hallaban dos jóvenes elegantes, y dos muchachas bonitas, sentadas junto á ellos: todos hablaban y bebían con entusiasmo.

—Sírvenme vino, Susana, dijo uno de ellos acercando su copa.

Una de las muchachas, que era una rubia interesante, sirvió vino en la copa.

—A tu salud, dijeron los jóvenes chocando sus copas.

—Vamos, cántanos algo, Susana

—Pero ¿qué quieres que te cante, Julio?

—Aquella cancion que cantabas cuando éramos niños.

—¡Hola! ¿Con que ustedes se conocen desde muchachos?

—¡Bah! repuso Julio, desde entónces nos amamos, Perico; por eso nunca dejaré á Susana: *se la pego* y todo, pero ella es la preferida.

—¡Jesus! si á mí me dijera eso Perico, dijo la otra jóven, me moría yo.

—Yo no te lo digo, Consuelo, pero lo hago, contestó Perico.

—Bien hecho: así lo quieren á uno mas, agregó Julio vaciando su vaso de un solo trago.

—Te vas á emborrachar.

—Qué..... Estoy acostumbrado á beber mucho: con decir que le gano á papá.

—¡Bebes delante de tu padre!

—¡Bah! hasta que me emborracho. ¿Qué crees tú, que

mi padre es mojigato? no señor, muy despreocupadote que es..... Me visita..... figúrate.

—¡Caramba! ¿aquí?

—Aquí; pues no faltaba más: él costea mis gastos y quiere mucho á Susana.

—Pues ustedes son como casados.

—Claro: y sin la bendición ridícula del fraile que para nada sirve.

—No se parecen ustedes á nosotros, dijo Consuelo; Perico nunca me saca á pasear, y tiene que hacer mas trácalas para quedarse fuera de su casa como ahora que.....

—Ya lo creo; mi tío me da unos palos.....

—Yo ya le hubiera metido una bala: y á propósito, ¿crees que el otro día en el tiro de pistola, me derrotaría Carlos?

—¿A tí?

—Sí, pero estaba yo borracho. Con que, cántanos algo, Susana, pero aquí junto á mí, quiero darte un beso. Vamos, Consuelo, beba usted, y hágale carifritos á Perico.

Consuelo apuró su vaso mirando á su amante. Este se acercó á ella, la besó, y apuró el suyo.

Susana se habia acercado á Julio, y despues de besarle, comenzó á templar la vihuela.

Con voz clara, tierna y armoniosa, la jóven cantó una romanza que respiraba inocencia, contrastando con aquella situacion.

Al concluir, todos aplaudieron. Julio exclamó:

—¡Dame mas vino! quiero embriagarme: esa cancion me hizo recordar nuestra niñez: así me cantabas cuando jugábamos á que era yo tu novio.

Susana llenó el vaso de su amante, humedeciéndoselo los ojos al escuchar sus palabras, y le dijo:

—No te vuelvas á incomodar conmigo..... Si siempre fueras tan amable como ahora, me reputaria por la mas feliz de las mugeres.

—Pues cuidado con que vuelvas á salir con la vieja de tu madre á la calle, porque entónces.....

—No volveré á salir, te lo prometo.

—Bueno, no, bueno, contestó Julio medio borracho. Pero, ¿qué ve! Bebe, Perico, qué... po... co hom... bre eres.....

—Sí ya estoy borracho, Julio.

—No seas..... Esas, son ma..... las par... ti... das.

—Haremos el ponche, Julio: apagamos las velas y nos alumbramos con la luz azulosa del coñac.

—Cabal: y can... tamos... pe... ro... to... dos.....

—Consuelo, ¿qué sucede con usted?

—Voy á beber con Susana.

Oyóse el choque de los vasos, y las jóvenes apuraron su contenido.

Perico dejó su asiento tambaleándose, y fué por tres botellas de coñac que estaban sobre una consola.

Pusieron en medio de la mesa un cazo; en él se vaciaron las botellas, se le puso azúcar y varias frutas, y Consuelo acercó la llama de la vela. El coñac comenzó á arder: Susana apagó las velas.

A la azulosa y fantástica llama del ponche, los jóvenes, teniendo á sus queridas sentadas encima de ellos, comenzaron á cantar.

De tiempo en tiempo, alguno de ellos meneaba el ponche.

Media hora despues Perico servia el ponche en los vasos.

Todos comenzaron á beber: á los cuatro vasos de ponche, Julio, Perico, Susana y Consuelo, estaban ébrios.

Nadie supo ya lo que fué de él; nadie tampoco hubiera podido dar cuenta de sus acciones al siguiente día.

La luz de la mañana del nuevo día, alumbraba el cuadro mas repugnante: Julio y Susana, acostados en el sofá, roncaban groseramente: Perico, con todo el vestido en desórden, dormía en una silla, apoyados los brazos sobre la mesa; Consuelo estaba en un sillón: de su pecho se exhalaba una respiracion comprimida y fatigosa.

EL PADRE Y EL HIJO.

A las once de la mañana de ese mismo día, un carruaje se detuvo á la puerta de la casa de *Revillagigedo*.

El lacayo abrió la portezuela, y Julio, con el vestido en desórden, con los ojos hundidos y coronados por grandes sombras negras, se apeó del coche y entró en su casa.

Al cruzar el patio, los criados y el portero se quitaron sus sombreros con profundo respeto: Julio ni siquiera los miró y subió la escalera lentamente.

El jóven Urrutia se dirigió á su habitacion precedido de Gerónimo, que era su camarista y el de todas sus confianzas.

Tiró el sombrero con aire de fastidio sobre una silla, se quitó el *sobretudo* y comenzó á desnudarse.

—¿Se va usted á acostar, niño Julio?

—No, Gerónimo: voy á lavarme para desterrar de mis ojos el sueño y calmar la irritacion.

El mozo puso agua en una gran palangana, la perfumó, acercó los jabones que usaba Julio y esperó á que su amo se lavara.

Julio comenzó á lavarse, despues se perfumó, en seguida se cambió ropa interior y exterior, y luego que hubo terminado le dijo á Gerónimo:

—Anda á ver si está en casa papá.

El criado salió, volviendo á poco rato al cuarto de Julio, y le dijo:

—El amo manda llamar á usted.

—Dile que ya voy.

Gerónimo salió de nuevo y Julio se disponia á ir al llamado de su padre, cuando vió sobre su mesa—escritorio una carta: tomóla en sus manos, la abrió y leyó lo siguiente:

«Julio:

Estoy impuesta de que tiene usted una querida con quien vive por San Fernando: no creía yo á usted tan prostituido en tan cortos años. En tal virtud, nuestras relaciones quedan rotas desde este instante: suplico á usted me devuelva mis cartas y mi retrato, y recoja las suyas y los objetos que me ha dado, por conducto de mi prima Concha.

EMILIA.»

—¡Jál! ¡jál! ¡jál! fué la contestacion de Julio. Vaya con la niña honrada..... ¡jál! ¡jál! ¡jál!..... si supiera la pobrecilla su origen nada limpio..... Voy á contestarle á la muy tonta una carta venenosa; sí, á ver si por mojitata la hago mi querida. Que aumente el número de *las vencidas*.

Y Julio se sentó frente á su mesa, empuñó la pluma, tomó un pliego con su cifra y comenzó á escribir.

Habria trascurrido media hora, cuando la puerta del cuarto se abrió, entrando Gerardo en él. Julio levantó la cabeza, le vió y siguió escribiendo.

Gerardo estaba inconocible: no estaba viejo, sino acabado; en cambio habia engordado hasta un grado superlativo: la barba y el pelo le habian crecido en abundancia; parecia mas bien un oso que un hombre de sociedad. El vestido era viejo y descuidado. Aquella especie de sordidez era voluntaria; sus potencias intelectuales se habian embotado tambien.

—Señor marqués, he mandado llamar á usted y no ha tenido la amabilidad de ir, dijo Gerardo á su hijo en tono sarcástico.

—Duque, dijo Julio sin dejar de escribir, iba á tener el alto honor de ir á veros, cuando me hallé en mi mesa una carta que me ocupo en contestar.

—¿Y qué carta es esa?

—Es una carta en que me despiden bonitamente á paseo. Como te despidió á tí mamá, segun me has contado. ¿Y que te parece? ¿no es verdad que es importante?..... Pero ya pronto acabo: siéntate, que te necesito.

Gerardo se estremeció, dirigió á su hijo una larga mirada y le dijo con tono reposado y profundo á que no estaba acostumbrado Julio:

—Aquí espero.

Julio comprendió el tono que Gerardo habia dado á su voz, pero no hizo caso.

Por fin, el jóven concluyó la carta: la dobló con mucha calma, se la guardó en la bolsa de pecho de su levita y se volvió del lado á donde estaba su padre.

—¿Con que decias?.....

—Que es preciso que te morigeres en tu conducta: yo te dejo bastante libertad, pero tú abusas.

—¿Sí, eh? contestó Julio sonriendo y sacando un habano de la faltriquera. ¿Y en qué consiste el abuso? sepamos.

—Consiste, exclamó Gerardo dominando su cólera, en que ya no hay noche que no te emborraches, en que le das de golpes á Susana, y eso es horrible, indigno de un hombre que tiene levita y se llama decente..... Además, juegas mucho y pierdes grandes sumas por.....

—Alto, papacito, alto. Voy á darte mis razones y voy á confundirte con ellas: no eres muy fuerte en lógica, porque jamas te ha pasado por las narices, pero mis razones están al alcance de todo bicho viviente. Vamos por orden, el orden es lo primero en todas las cosas.

Juego porque tú juegas: me emborracho porque tú te embriagas también; le pego á Susana porque tengo mal carácter..... En algo te habia yo de aventajar, vaya que sea en esto. ¿De qué te asustas? ¿á qué viene ahora ese sermón ridículo y esa cara avinagrada? ¿De cuándo acá se te puso en las narices volverte papá terrible, papá respetable?

—Porque en todo te excedes y.....

—Qué excedes ni qué alforjas: lo que hay de cierto es lo siguiente: que te levantaste de mal humor y dijiste: "Vamos á mortificar á Julio para desquitarme; hincuémosle el diente á ver si se deja." Pero te encontraste con buenos argumentos, y ya estoy mirando que te vas á rendir á discrecion. Vamos, date por vencido, que te necesito: ya sabes que te quiero y te respeto cuando eres bueno conmigo, pero cuando te la quieras echar de lado, entónces.....

—Pero hombre, vas por la posta.

—Ese sí es argumento, para que veas: si hubieras empezado por ahí, nos entendemos al punto. Dime: no abuses porque gozarás ménos, y te comprendo: juega para ganar y no para perder porque nos arruinamos, y te concedo la razon;

pero no me hables de moral, porque la moral se hizo para los pobres.

—¿Y los golpes á Susana?

—No le volveré á zurrar, pero tú evita que salga con la madre: no me conviene; Rosario es tu querida, y lo puedes conseguir fácilmente, evitando de esta manera que yo le pegue á la muchacha.

—Bueno, lo haré, pero no abuses: ¡caramba! me has ganado.

—Ya lo creo; yo soy hombre de mundo. Yo bebo coñac como agua, sin estremecerme como tú á la primera copa. Con la baraja en mis manos, sé tanto ó mas que tú: enamoro, sin interesar el corazón; eso se queda para los poetas que se vuelven espíritu y se quedan sin la sustancia: no tengo amigos, sino compañeros de orgía y de quienes me sirvo siempre que los necesito. No tengo creencias de ninguna especie: no creo ni que hay Dios.

—¡Julio!

—Qué tontito eres, papá. Dios es una fábula bellísima; los tontos, los pobres y los cobardes, tienen necesidad de él: pruebaas. Un tonto, jamas investiga, porque su mediana inteligencia no se lo permite; en consecuencia cree en Dios porque le dijeron que creyera en él desde niño: su horizonte alcanza tanto como sus narices. Un pobre, porque está esperando que ya que no obtuvo bienes de fortuna, Dios le dé la gloria eterna; por último, un cobarde, que es lo mismo que decir tonto y pobre, porque tiene miedo de condenarse, y quien gana con la credulidad de la pobre gente son los frailes.

—Cállate, cállate, blasfemo: no he venido á discutir conti-

go la existencia de Dios. Ya me voy; yo soy malo, pero esa creencia será mi única salvación.

—Bien, vete, pero mándame veinte onzas que necesito.

—No tengo.

—Entonces vendo algo.

—Julio, por Dios, me arruinas.

—No, papá; esta noche, te juro que gano y te pago.

—Voy á mandártelas, dijo Gerardo saliendo del cuarto.

—Gracias, señor duque, contestó Julio con aire cómico.

—¡Adios, demonio! Y Gerardo salió del cuarto de su hijo lleno de ira y sintiéndose impotente para corregirlo.

EL DOMINGO.

Los domingos, las gentes que durante la semana se ocupan en sus quehaceres, se visten ese día de limpio, se ponen sus mejores trages y salen á las calles con cara ufana: los domingos parece que hasta el sol brilla con mayor intensidad: por último, los domingos son los días en que las gentes trabajaderas descansan y se pasean.

Era una mañana de estío: habia dado el reloj de Santa Catarina las nueve en el momento en que Salvador cerraba la puerta de su cuarto de la calle del Apartado.

Salvador estaba apuesto con su traje de fiesta. Llevaba un pantalon negro, que aunque era de un género grueso y por consecuencia impropio para la estacion, le caía muy bien sobre sus piés, calzados con botines de charol: el chaleco era blanco, con botones de cristal: la camisa estaba muy limpia. Un saco azul oscuro y un sombrero fieltro, completaban el humilde traje de Salvador.

No obstante la sencillez del vestido del jóven, estaba elegante. La elegancia, en nuestro concepto, depende mas bien

del donaire y soltura con que se lleva la ropa, que de la riqueza de la tela y su buen corte: agregad á esto, la fisonomía simpática del adolescente, y tendreis un conjunto agradable.

Por otra parte, en Salvador habia una circunstancia mas para que su figura fuese interesante: amaba, amaba por la primera vez, y los amores á esa edad son deliciosos. Ese bello sentimiento que conmueve nuestro corazon, embellece tambien nuestro rostro. Hay un no sé qué encantador en la mirada de los que aman, que nadie podrá describir: ese brillo en la mirada, lo da la satisfaccion del deseo cumplido, el contento, el bienestar de que disfruta el alma.

Salvador, registrando sus bolsillos, se alegró infinito al ver que contenian doce reales.

¡Doce reales, lectores! que el jóven habia reunido sabe Dios con cuántas privaciones; pero qué importaban estas, si su haber le iba á proporcionar la incomparable dicha de obsequiar á su Sofia.

Comenzó á bajar lentamente la escalera, echando cuentas consigo mismo.

—Veamos, se decia Salvador, primero, á misa; segundo, á comprar un ramillete de flores (el jóven no decia *bouquet*), tercero, á la dulcería á comprarle á mi amada las pastillas que le gustan: cuarto y último, á comer allá.

El jóven pasaba en ese instante frente á la puerta de la caserá, que era la que le hacia el pase del cuarto y le prestaba otros servicios.

—¡Alabado sea Dios, niño! y qué buen mozo está su merced, y qué guapo!

—Buenos dias, Casimira, buenos dias, contestó Salvador reboando de alegría.

—Y ahora, siguió diciendo la portera, á pasear, y despues á ver á la niña.....

—¿Cuál niña?

—¡Ah que niño Salvador! no se haga usted desentendido, la que vive en San Pedro y San Pablo; *pus luego..... ¡jál jál jál jál..... le he comido á usted el trigo!*

—¿Y cómo? repuso Salvador ruborizándose de placer, pues no hay cosa que mas agrado á los que aman que les hablen del objeto querido.

—*Pus*, Francisca, la criada de allá, es mi amiga.

—¡Ah! vaya. Hasta luego, Casimira. Y Salvador salió á la calle.

Consecuente en su plan, el jóven se dirigió á Santo Domingo, á donde asistió á misa: despues compró un bonito ramillete de flores en la esquina del Espíritu Santo y San Francisco; en seguida se gastó en la dulcería unos tres reales, y á paso de carga tomó el camino de la casa de don Joaquin Cabrales.

Sofia estaba de centinela en la ventana, pues habian dado las once y media y Salvador no llegaba. Cuando Sofia descubrió á Salvador, y este á la jóven, sus lábios se plegaron por la sonrisa mas deliciosa.

—¡Ay, qué ramo tan bonito! exclamó Sofia.

—Es para tí.....

—Chis, hizo la jóven llevando el índice á sus lábios; papá está en la sala.

—Es para usted, Sofia, volvió á decir Salvador dándole á la jóven un tratamiento ménos familiar.

—Pase usted.

Salvador entró: Don Joaquin, sentado en el sofá, leía un libro.

—Señor, buenos días.

—¿Cómo te va, hijo mío?

—Bien, señor ¿y á usted?

—Aquí haciendo cóleras.

—Para qué lee usted eso tan triste, papá!

—Para convencerme cada día mas y mas, de que la canalla tan estúpida como feroz, se venga cuando le llega su vez de aquellos que le son superiores.

—¿Qué obra es esa?

—La revolucion de Inglaterra, llevada á efecto por la debilidad de un rey y la audacia de un cualquiera llamado Cromwell. Oye un trozo.

—No, papá, no lea usted nada triste.

—No es la muerte de Carlos I lo que voy á leer, sino un rasgo de la vida de ese hombre: escuchen ustedes. «No se atrevia á salir de su palacio para ir á dar un corto paseo; le alarmaba de un modo extraordinario la sola presencia de un desconocido; llevaba constantemente encima un par de pistoletes y debajo de sus vestidos una fuerte cota de mallas.»

—Ya está la comida en la mesa, entró diciendo una criada.

—¡Caramba! no me interrumpen.—«Cuando llegaba la hora de cerrar las puertas, esta era una operacion que á nadie confiaba: el protector, el dueño de Inglaterra, aquel á quien obedecian muchos millones de ciudadanos, era el que cerraba los cerrojos del palacio, y colocaba las centinelas.»

—¡Jál! ¡jál! ¡jál qué tal, hijos míos? dijo el señor Cabrales.

—Pobre hombre, contestó Salvador.

—Vamos á comer, hijos míos, dijo don Joaquin cerrando el libro y dirigiéndose al comedor.

La comida fué sumamente agradable: esos cuadros tran-

quilos del hogar, esparcen en nuestro sér la dicha mas apeteccible.

A las tres y media de la tarde, don Joaquin, precedido de Sofia y de Salvador, salió de su casa, para ir á pasear á la alameda.

La amante pareja iba por delante: el señor Cabrales los seguía de cerca, recreándose al mirarlos.

Las gentes que transitaban por las calles, sonreian con malicia al ver á los amantes niños: ninguno se equivocaba juzgándolos hermanos. Ellos no veian á nadie, iban extasiados con mirarse, y Sofia hablaba con calor, mientras que su amante la escuchaba complacido.

—¡Oh! que bonitos son los domingos ¿verdad, Salvador? Estamos juntos desde que llegas á comer á casa hasta en la noche que te vas. ¿No te da gusto pasear conmigo? Deja, papá quiere darte la sorpresa de llevarnos al teatro: nada mas que arregle un negocito.

El jóven se ruborizó.

—¡Ah, qué orgullo! ¿qué, te da vergüenza que mi padre te lleve al teatro? No me gusta la gente orgullosa, yo acepto tus regalos sin avergonzarme. ¿Por ventura vale mas el dinero que el corazon? Entre los que se aman como tú y yo, los bienes son comunes: anda, tonto.

—¡Cuánto te amo, Sofia!

—¿De veras? repuso la jóven entrecerrando los ojos y mirando á Salvador con pasion.

—Sí.

—Pues tengo sueño.

—¿Quien es él?

—Un muchacho estudiantito, muy buen mozo, de ojos negros y que se llama.....

—Salvador.

—¿Qué, serás tú?

—Yo creo.

—Qué le hemos de hacer: me conformo.

—Muchas gracias.

En este momento llegaron á la Alameda, y un dulcero de los que andan á caza de amantes, se acercó ofreciendo sus dulces.

Salvador compró dulces, y los dos niños siguieron andando por una de las frondosas calles, hablándose casi lo mismo, pero creyendo que su conversacion era muy variada.

Al oscurecer, Salvador y Sofía, acompañados de su papá, regresaban á su casa, habiendo pasado un dia encantador.

LA CITA.

Serian las diez de la mañana de un dia del mes de Junio, m el instanté en que una jóven vestida con elegancia y cubierto el rostro con un espeso velo, se apeaba de un coche del sitio, frente á la puerta del Tívoli de San Cosme: pagó al conductor, y entró en el hermoso jardin.

Dirigióse á uno de los mozos pidiéndole la condujera á un cenador apartado de los demas, y donde no pudiera ser vista. El mozo, condujo á la jóven al lugar que deseaba y esperó sus órdenes.

—No debe tardar un coche, que conduce á un jóven; preguntará por mí: guíelo usted acá.

El mozo se alejó sonriendo con malicia como hombre acostumbrado á estas aventuras, yendo á apostarse á la puerta de entrada, seguro de haber ganado ya una buena propina.

No habian trascurrido diez minutos, cuando otro coche de sitio se detuvo frente á la puerta del Tívoli.

Una sola ojeada le bastó al mozo para persuadirse que el

—Salvador.

—¿Qué, serás tú?

—Yo creo.

—Qué le hemos de hacer: me conformo.

—Muchas gracias.

En este momento llegaron á la Alameda, y un dulcero de los que andan á caza de amantes, se acercó ofreciendo sus dulces.

Salvador compró dulces, y los dos niños siguieron andando por una de las frondosas calles, hablándose casi lo mismo, pero creyendo que su conversacion era muy variada.

Al oscurecer, Salvador y Sofía, acompañados de su papá, regresaban á su casa, habiendo pasado un dia encantador.

LA CITA.

Serian las diez de la mañana de un dia del mes de Junio, m el instanté en que una jóven vestida con elegancia y cubierto el rostro con un espeso velo, se apeaba de un coche del sitio, frente á la puerta del Tívoli de San Cosme: pagó al conductor, y entró en el hermoso jardin.

Dirigióse á uno de los mozos pidiéndole la condujera á un cenador apartado de los demas, y donde no pudiera ser vista. El mozo, condujo á la jóven al lugar que deseaba y esperó sus órdenes.

—No debe tardar un coche, que conduce á un jóven; preguntará por mí: guíelo usted acá.

El mozo se alejó sonriendo con malicia como hombre acostumbrado á estas aventuras, yendo á apostarse á la puerta de entrada, seguro de haber ganado ya una buena propina.

No habian trascurrido diez minutos, cuando otro coche de sitio se detuvo frente á la puerta del Tívoli.

Una sola ojeada le bastó al mozo para persuadirse que el

que iba en el interior del carruaje era el galán de aquella dama encubierta. Abrió la portezuela y dijo:

—El señor busca á.....

—Sí, contestó el interpelado sin dejar concluir al oficioso sirviente.

—Pase el señor por aquí.

El jóven, pues lo era, pagó al conductor y siguió á su guía paso á paso.

El desconocido era alto, rubio, é iba vestido con elegancia: pantalon, chaleco, corbata y guantes lila; levita negra: magnífica cadena de reloj: botones de brillantes en la camisa y un puro habano en la boca.

El mozo abrió la puerta del cenador cuando hubieron llegado á él, y se inclinó profundamente ante el elegante caballero.

—Una botella de champagne, dijo el jóven al mozo, y entró en el cenador.

La encubierta se levantó el velo, apareciendo ante Julio, pues él era, el rostro mas hermoso, surcado por las lágrimas. Se aproximó al señor Urrutia, y le dijo:

—Eres puntual.

—Jamás faltó á una cita.

—Deseaba hablarte extensamente.

—Principia luego, porque mi tiempo no me pertenece.

—Estás aquí, y no te dejaré salir sin que escuches todo lo que deseo.

—Habla.

El mozo llamó á la puerta: Julio abrió; puso la botella y las dos copas en una mesa, é invitó á la jóven á que tomase asiento, sentándose él también á su lado.

—Quiero que me des una explicacion de tu conducta.

—¿Sobre qué punto?

—Sobre el punto de tu abandono.

—Eh, vale mas que no hablemos de eso, Emilia.

—¿Que no hablemos!

—Claro.

—Entonces, ¿de qué hemos de hablar?

—Psh, qué sé yo.....

—¡Ingrato!..... Y la jóven rompió á llorar.

—Si lloras, me voy, dijo Julio tomando el sombrero que se habia quitado.

—No, Julio, no te irás, te repito, sin haberme escuchado ántes. Fuí tu novia primero; en seguida quebré contigo porque supe que tenias una querida: pero tú veniste entonces á caer á mis piés..... lo recuerdo..... te creí, abusaste de mi credulidad, me engañaste, recorriste el velo de pureza que me cubria, y hoy..... me abandonas, ¿no es esto? Y Emilia apretó con fuerza el brazo de Julio, llorando despechada.

—¿Sabes que estás buena para primera en una jóven en una compañía de cómicos?

—¡Infame!

—Ese infame es muy dramático; el público te habria aplaudido al pronunciarlo.

—¡Cobardel que te burlas de una muger.

Por los ojos de Julio cruzó algo veloz como un relámpago y repuso:

—Es que no solo me burlo de tí, sino también de los hombres.

—Sí, de un anciano y de un niño.

No te habia conocido hasta este instante; te juzgaba prostituido, pero no cínico y sin corazón. ¡Oh! una vez falté y mil me arrepiento. ¡Gracias, Dios mio, porque murió mi hijo!

GERARDO.

— Sí, de esta suerte estás expedita para casarte con algun papanatas, con uno de esos héroes de novela, especie de caballeros andantes que andan desfaciendo agravios y encubriendo honras mancilladas.

—No, no es por eso: sino porque algun dia hubiera sabido que su padre fué un monstruo de perversidad.

—¿Y en qué está mi monstruosidad? He obrado como uno de tantos: me gustaste, tuviste la torpeza de creer en mi amor sabiendo que tenia una querida, fuiste mia, y luego, me comenzó á entrar el cansancio que se apodera de todos los que ya nada desean y.....

—Y me abandonas, pérfido, vil, infame!

—No seas tonta, chica, esta vida se hizo para gozar: vamos á tomarnos el contenido de esta botella y separémonos amigablemente. Cuando se te ofrezca algo cuenta conmigo: no te des á la pena. Sabes el camino, varía amantes como camisas, en la variación está el gusto. ¿Bebes, chula?

Emilia, poseída de furor, botó las copas y la botella al suelo.

—¡Caracoles! veo con placer que no solo eres buena para el drama, sino para la tragedia.

—Cállate, Juliol tu cinismo me espanta y Dios te castigará algun dia.....

—¡Holá! moralizamos, ¿eh?

—Recuerdo con amargura la época en que te pertencí; recuerdo con remordimiento la noche en que le falté á mi padre por defenderte..... Veo con la mente á mi pobre hermano Ernesto bañado en sangre por tu mano.... por último, recorro con la imaginación mi oprobiosa historia: aquella noche, aquella noche terrible en que daba á luz á mi hijo, á aquel hijo fruto de la deshonra, y que mas afortunado que

yo, ha muerto..... Mi padre me maldijo en aquel instante supremo, su maldición pesa sobre mí y se cumplirá..... ¿Y nada de esto te conmueve? ¿Estos recuerdos no te dicen nada? ¿Tu corazón es de piedra?.....

—Chica, solo veo una muchacha tonta, un viejo ridículo y un muchacho atrevido á quien me ví forzado á castigar con alguna dureza, lo confieso.

—¡Infame! No tienes corazón, eres un malvado que solo por satisfacer un deseo me perdiste..... Y yo te amé, y yo, ¡imbécil! al entregarme á tí, te daba mi corazón.....

Y Emilia, estallando al fin, rompió á llorar, sacudiendo con frenesí el brazo de Julio. El jóven arrojaba bocanadas de humo.

Un cuarto de hora permanecieron de esta suerte, hasta que la jóven, levantando el lloroso rostro, contempló á Julio con una mirada indefinida. Julio permaneció impassible.

—Adios, le dijo Emilia, me voy despues de haberte conocido; te maldigo y te desprecio..... Dios se encargará de tí. Cuando Emilia salia del Tívoli, Julio abandonaba tambien el cenador murmurando estas palabras:

—Vaya una comedia!

El jóven Urrutia llegó á la casa de Susana perfectamente tranquilo: encontróse en la sala con dos amigos que le esperaban: el uno era Perico á quien ya conocemos, el otro se llamaba Ignacio Blanco.

—¡Holá! estás ya de vuelta: ¿que tal estuvo la entrevista? preguntó Blanco.

—Como todas las de ese género, Nacho. Lágrimas, gritos, injurias y pantomima, y al fin, encargar al bueno de Dios, que maldito el caso que nos hace, del castigo de lo que voluntariamente se hizo.

—¡Jál jál jál hizo Perico, y agregó en seguida: vamos á comer y le cuentas á Nacho de sobremesa la historia de Emilia.

—Bien dicho: comamos. ¡Susana, Susana!

La jóven se presentó en la sala.

—¿Me llamabas, hijito?

—Sí: que sirvan la mesa, y ven á comer con nosotros.

Los tres jóvenes y Susana se pusieron á almorzar alegremente.

Concluido el almuerzo, Julio, teniendo al frente de sí su taza de café, se dispuso á complacer la petición de Perico, refiriéndole á Nacho, en presencia de Susana, la historia de Emilia. Nosotros vamos á adelantarnos, narrando la historia de la jóven á nuestros lectores, dejando empero la conclusión en los lábios de Julio.

HISTORIA DE EMILIA.

Veinticinco años ántes de los acontecimientos que hemos referido á nuestros lectores, es decir, por la época en que presentamos á Gerardo de visita en la casa de don Nemesio Pastrana, habia llegado á la capital, procedente de Guadalajara, una jóven de rara belleza é indisputable atractivo.

Era una de esas mugeres que venden el favor de una sonrisa, cuando han dejado arruinado al hombre á quien se la prodigan, y entonces, con el mayor desembarazo, le dicen que ya no les conviene continuar con su amistad; no obstante esto, los hombres con quienes tuvieron amores, jamas pueden mirarlas con desprecio, ni olvidan nunca los dias felices que, por su dinero, pasaron al lado de semejantes *Mesalinas*. Tal era Soledad la tapatia.

Los mas encumbrados señores la solicitaban con empeño, creyéndose muy afortunados cuando Chole llegaba á aceptar sus obsequios.

Don Anastasio de Hinojosa, hombre de treinta y cinco años de edad, de continente circunspecto, de hablar lento y con tono dogmatizante, rico, respetado y general de division *ad-honorem*, conoció en el paseo á la *tapatia*. El señor de Hinojosa se dignó concederle una mirada: los carruajes volvieron á encontrarse, y el señor de Hinojosa tosió con fuerza al ver á la bella Chole. La jóven, que sabia mas de lo que le habian enseñado, y que observó que aquel señor tan grave que iba en un carruaje tan elegante, la miraba con agrado, se propuso, por no y dejar y de buena fé, se entiende, hacer caer al buen señor en la tentacion. Y tanta coquetería hizo Chole con don Anastasio, que este mandó á su lacayo que siguiera el carruaje de aquella jóven hasta saber su habitacion.

Esa misma noche solicitaba el señor de Hinojosa de la camarista de Chole la ventura de una conferencia con su ama: pero la señora no recibia por hallarse indispueta.

Don Anastasio volvió á la segunda noche, pero entonces Chole estaba en su gabinete cenando con un jóven buen mozo y elegante. El señor de Hinojosa se quejó con amargura con la camarista, y le deslizó en la mano una moneda de oro al tiempo de retirarse: la sirvienta prometióle hacer todo lo que pudiese en su obsequio, en otra ocasion. No en vano dicen que á la tercera es la vencida: don Anastasio tornó la tercera noche, y la bella Chole se dignó recibirle por espacio de un cuarto de hora en su gabinete-tocador ataviada como una reina.

El señor Hinojosa pretendió que la entrevista fuese mas larga, pero Chole, con mas arrogancia que una princesa, le indicó que la audiencia habia concluido.

Don Anastasio perdió los estribos desde esa noche, y se

enamorado perdidamente de la tapatia. Chole hizo que el señor de Hinojosa le regalara la escritura de una casa, y entónces fué cuando se entregó á él.....

Doña Angustias Saldaña, ama de llaves del señor Don Anastasio de Hinojosa, senador y general, era una muger baja de cuerpo, de ojos verdes, de boca pequeña y lábios delgados. Era blanca y contaba veintiseis estíos.

Habia sido educada en un convento, lo cual quiere decir que era el demonio, sin que por esto dejara de tener el rostro mas candoroso del mundo y la voz mas dulce y armoniosa que el laud de un poeta.

La servidumbre de don Anastasio le decia en ausencia á la ama de llaves, doña Angustias; recargando la pronunciacion en el *doña*; pero cuando estaba alguno de los criados en su presencia, entónces la llamaba *señorita*.

La señorita Angustias nunca habia amado y detestaba el matrimonio; es decir, jamas hombre alguno le habia hablado de este grave negocio y por eso ella detestaba á los hombres.

Una noche que la ama de llaves leia al señor general su amo un trozo de la *Conquista de México*, mientras el señor de Hinojosa apuraba su chocolate, sentado en su lecho, por que estaba un poco enfermo, comenzó el señor de Hinojosa á observar que Angustias no era vieja, ni tampoco fea.

El resultado de la observacion, lectores; de la observacion que nunca habia tenido don Anastasio para con su ama de llaves. Ademas, la hora, la soledad, el sitio: porque el sitio era poético. Figuraos una recámara elegante, impregnada de un perfume suave y voluptuoso: un quinqué con un velador chino; la luz amortiguada dándole al aposento un aspecto medio fantástico, medio tentador. Agregad á esto la tristeza

de que estaba poseído el general, porque estaba triste á consecuencia de que hacia cuatro meses que Chole le habia abandonado, dejándole una preciosa niña que habia recibido en la fuente bautismal el nombre de Emilia, y que se hallaba en la *Cuna*.

El señor de Hinojosa le dijo á su ama de llaves con un tono, así, medio lánguido, medio expresivo:

—Angustias!

La señorita Angustias, que jamas á lábio humano le habia oído pronunciar su nombre de aquella manera, se estremeció: y como nunca la habian enamorado, comprendió mejor aquel *Angustias* cadencioso y lento. Bajó el libro y miró al general: ¿y qué cara le veria, á donde pensó en huir?—Esta es suposicion del autor.—Pero no huyó, no señor; ¡qué hubiera pensado el general!

Contentóse con ruborizarse de la manera mas púdica que le fué posible; y repuso toda turbada:

—Señor.....

—¿Nunca has amado?

—Sí, señor.

—¿Cómo! ¿y á quién?

—A mi muy reverenda madre abadesa, cuando.....

—¡Ah! ya: pero yo decia á un hombre.

—Sí, señor: á mi hermano, el sargento de granaderos de su alteza serenísima.

—Tampoco decia yo eso, sino de una manera mas tierna, mas halagadora: vamos, lo diré de una vez, á un amante.

Angustias tuvo á bien ruborizarse de nuevo, y bajando los ojos, y palpitándole el corazon, murmuró:

—No, señor.....

—¿Serias capaz de amarme á mí?

—Le amo á usted y le respeto.

—No quiero eso, sino que me ames como á tu amante.

—¿Cómo! ¿el señor se dignaria descender hasta mí y darme su mano?

—¡Caracoles! pensó el general, la conventuala va por la posta; y agregó en voz alta:

—No tanto, Angustias, no tanto de casarme contigo, pero sí que seas algo mas que mi ama de llaves, es decir, mi amante.

—Señor..... yo..... usted..... es decir, nunca esperaba que.....

—Vamos, acércate mas á mí, Angustias, voy á hacerte mis proposiciones.

La ama de llaves, emocionada, ruborosa y balbuciendo, se fué acercando al señor de Hinojosa. El quinqué, cada vez alumbraba menos la estancia.

Al dia siguiente, la ama de llaves llamó á la servidumbre á su presencia, y con un tono magistral, les notició que el señor don Anastasio los despedia de su casa por tener que hacer un viaje: liquidóles sus cuentas y todos partieron.

Tres dias despues, la señora de Hinojosa para los sirvientes nuevos les hacia conocer sus obligaciones.

La hija de Don Anastasio fué sacada de la *Cuna* y pasó á los ojos de los criados por hija de Angustias.

Al año de estos sucesos, la señora daba á luz un niño deforme, que llevó el nombre de Ernesto.

Angustias nunca quiso á la hija de Don Anastasio, pero desde el momento en que dió á luz á Ernesto, sintió hácia Emilia un ódio irreconciliable. En cambio sabia fingir un

cariño tan exagerado por Emilia delante del general, que este amaba cada vez mas á su Angustias.

Ernesto era jorobado, bizco y tenia las piernas torcidas: era el encanto de Doña Angustias, así como Emilia lo era de su padre.

Cuando el deforme niño comenzó á tener uso de razon, empezó á dar á conocer unos sentimientos los mas delicados y un ingenio raro. Amaba á Emilia con un amor no comun entre hermanos: la jóven correspondia á este afecto y apreciaba altamente el talento de su hermano.

Cuando Julio se presentó en la casa enamorando á Emilia, doña Angustias, que miró en él á un libertino, apoyó desde luego con todo su influjo y bajo el falso papel de un buen deseo, las pretensiones del jóven.

Veamos en el capítulo siguiente lo que pasó.

Historia de Emilia.

—Te escuchamos, dijo Nacho arrellanándose en su asiento y pendiente de las palabras de Julio.

—Tratando de averiguar á dónde vivia un muchacho jorobado que me repugnaba infinito y á quien me habia propuesto hacerle una travesura, descubrí la habitacion de Emilia: verla y sentir por ella un vivísimo deseo, fué todo uno. Entónces cambié de idea, y en lugar de perseguir al mucha-

cho para hacerle la travesura que meditaba, procuré hacerme su amigo: esto me fué fácil y procedí desde luego á enamorar á Emilia; pero Ernesto me amenazó con avisarle á su papá, si yo no le hablaba del asunto.

—Diablo de Esopol yo le zurro, dijo Perico.

—Yo no le zurré, sino mas tarde, contestó Julio, pero si gan ustedes escuchando.

Me encontraba desazonado con la idea de hablarle al papá, cuando un amigo mio me aconsejó me dirigiese á la madrastra, que es una presea y cuya historia me refirió ese amigo.

Dicho y hecho: doña Angustias recibió perfectamente mis pretensiones, le habló al señor de Hinojosa y fué presentado en la casa.

Su padre de Emilia es un hombre grave; es decir, es un tonto abrigantado, que ante los necios pasa por un sábio, merced á un gran número de infolios que tiene en su estudio y que jamas ha leído. Tuvo á Emilia en una muger hermosísima á quien mi padre conoció cuando era jóven y con quien tuvo tambien el bueno de papá sus amorios: esta bel-
dad de vida alegre, se llamó Chole la tapatía.

—Hola, hola! dijo Nacho, con que la niña Emilia, eh? ...
vea usted que.....

—No me interrumpas, y sigue escuchando.

Don Anastasio se dignó dirigirme dos ó tres palabras cuando le fué presentado por su postiza esposa.....

—Carambal Allí todo es mentira, dijo Nacho, volviendo á interrumpir á Julio.

—Sigue escuchando. Levantó sus espejuelos azules, me miró, y recomendándole á Angustias aquel grave asunto, se retiró á su escritorio.

El campo fué mio, y comencé á visitar á Emilia todas las noches. Doña Angustias dormitaba media hora en un sillón, y luego se retiraba á las piezas interiores.

—¡Viva, viva doña Angustias! Si yo la conociera, sería su mejor amigo.

Susana, que hasta entónces no había abierto los labios, suspiró y se levantó de su asiento.

—Vete, le dijo Julio: ya te estás encelando, cuando tú eres la preferida, tonta.

—Voy por acá, á ver qué se ofrece, repuso la jóven. Y llorando, desapareció de la sala.

—Continúa, dijo Perico; vale mas que Susana se haya ido.

—Pero el jorobado no me dejaba solo, siguió diciendo Julio, y esto retardaba mi objeto.

Ernesto me seguía á todas partes, y llegó á descubrir esta casa; fué cuando Emilia me escribió aquella carta en que me despedía, pues el maldito muchacho, no sé cómo llegó á averiguar que Susana era mi querida.

Entónces fué cuando agucé mi ingenio, y lo hice tan bien, que Emilia llegó á persuadirse de que Susana era la querida de un amigo mio que se hallaba ausente y que me la había encomendado.

Para librarme de la presencia de Ernesto, una vez que me hube reconciliado con Emilia, comencé á hacerle obsequios á doña Angustias, dejándole traslucir que su hijo me estorbaba. La buena señora alejó al muchacho, que se resistió á obedecerla, pero que al fin tuvo que sucumbir al mandato de la madre.

No había tiempo que perder: comprendiéndolo y oasí, procuré aprovecharlo lo mejor que pude.

¡Oh, amigos míos! una semana despues de que Ernesto no nos importunaba con su antipática presencia, la victoria mas completa había coronado mis afanes..... Emilia fué para mí la muger mas deliciosa por espacio de cuatro meses: doña Angustias, que conoció al punto lo que debería resultar, estaba contentísima.

Cuando llegué á la saciedad, comencé á retirarme poco á poco de la casa: entónces fué cuando entre Emilia y yo comenzaron las escenas románticas.

Una noche Emilia me instaba para que la sacase de su hogar, porque su embarazo estaba muy avanzado: yo no sé en lo que estaba pensando, que le hablé con toda la frialdad y el cansancio de que me sentía poseido hacia algun tiempo. Emilia se hincó á mis piés y se echó á llorar como una Magdalena arrepentida.

Le dije que no me atosigara, que había aún tiempo para todo y que me encontraba yo esa noche muy fastidiado. Emilia comenzó á llorar á gritos: Ernesto se presentó ante nosotros pálido y enfurecido, como nunca había yo visto ni á un hombre.

Me habló con energía y me amenazó con informar á su padre del estado en que estaba su hermana: al pronto, quise librarme de él engañándole, pero el muchacho no es un simple, y me contestó que en el acto le hablase á su padre; mandélo á paseo, y él entónces empuñó un candelabro y me amenazó con él. No pude contenerme por mas tiempo, levanté mi baston y le azoté el rostro; el muchacho no retrocedió; por el contrario, ciego de cólera, se me vino encima.

Fácil me fué desarmarlo: el muchacho comenzó á dar voces; colérico yo tambien, le dejé caer el candelabro sobre la cabeza..... El rostro del jorobado se cubrió de sangre,

Emilia se desmayó, doña Angustias se presentó en la escena y yo abandoné la casa mas que de prisa.

—Tuviste mucha calma, yo hubiera matado al muchacho desde un principio, dijo Nacho. Vaya un jorobado audaz.

—¿Y qué sucedió despues? preguntó Perico.

—Lo que era consiguiente, repuso Julio, que don Anasasio se enteró de todo, que cometió la estupidez de maldecir á Emilia, que doña Angustias se disculpó diciendo que Emilia era una libertina, que su adorado hijo era un tonto por salir á la defensa de una prostituta, que los dos viejos echaron campaña, y por último, que la niña dió á luz un muchacho que murió á los ocho dias. Lo demas lo saben ustedes perfectamente bien.

—Eres terrible: vaya una historia divertida que nos has contado.

—Yo ando en pos de una muchachita por el estilo de Emilia, dijo Perico: quiero ver qué tal soy en una aventura de ese género.

—Audacia, audacia, contestó Julio.

En ese momento la criada entró en la sala diciendo que un niño jorobadito preguntaba por Julio.

—Que entre Esopo, quiero conocerlo, dijo Nacho.

—Vaya una audacia, exclamó Perico. ¿A qué vendrá el muchacho?

—¿Viene solo? preguntó Julio.

—No señor amo, le acompaña un jóven.

—Que pasen adelante.

Cinco minutos despues se presentaba en la sala Salvador, precedido de un niño jorobado y contrahecho, pero en cuya frente se leia la inteligencia y en sus ojos la resolucion.

Julio, Nacho y Perico se habian puesto en pié.

—¿El señor Urrutia? preguntó Salvador.

—Yo soy, dijo Julio avanzando con audacia.

—Deseo tener una conferencia con usted.

—Tomen ustedes asiento.

Los circunstantes se sentaron, y Salvador se dispuso á hablar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

—¿Qué hora es?
—Van a ser las doce.
—No debe de haber, éste es un día de fiesta.
—¿Qué hora es?
—Van a ser las doce.
—No debe de haber, éste es un día de fiesta.
—¿Qué hora es?
—Van a ser las doce.
—No debe de haber, éste es un día de fiesta.

UNA MADRASTRA.

Don Agustín se sentó en un sofá que había en el salón y se puso a leer un libro que le había traído un amigo. Él estaba leyendo un libro que le había traído un amigo. Él estaba leyendo un libro que le había traído un amigo.

Puesto que nuestros lectores saben ya quién es doña Angustias, nos van á hacer el favor de acompañarnos á la calle del Hospicio de San Nicolás, al entresuelo del número... adonde encontraremos á la madrastra de Emilia.

Serian las once y media de la mañana en el momento en que una muger como de unos cincuenta y un años de edad entraba á la recámara del señor de Hinojosa, en cuya casa estamos.

—Angustias, dijo un hombre de edad avanzada que estaba sentado en un sillón, teniendo entre sus manos un libro abierto.

—¿Qué quieres, Hinojosa?

—Saber si ha llegado Emilia.

—No lo sé: como desde que le sucedió aquello que tú sabes, se cree libre enteramente, nunca avisa cuando sale ni cuando llega.

—¿Qué hora es?

—Van á dar las doce.

—No debe de tardar; iria á misa, dijo don Anastasio, y siguió leyendo en el libro de que hemos hecho mencion.

Angustias fué á sentarse frente á él y se puso á tejer una carpeta de gancho que tenia dedicada para la mesa de la sala.

La madrastra de Emilia estaba perfectamente conservada: no parecia tener la edad que hemos dicho á nuestros lectores, por el contrario, representaba tener casi los mismos años que cuando la enamoró su amo el general.

Don Anastasio sí estaba muy consumido, no tanto por los años como por algunos excesos á que se habia entregado durante sus buenos tiempos.

Al dar las doce la campana del reloj de la sala, entró Emilia en la estancia: su rostro estaba aún trastornado por la escena acaecida con Julio.

—Papá, ya estoy aquí.

—Está bien, hija; habia preguntado por tí, porque ya sabes que cómo en punto de las doce.

—Llegué diez minutos ántes, solo que.....

—Iria á esconder algo á su recámara, dijo doña Angustias.

Emilia le lanzó una mirada de odio, y repuso con acento concentrado, dirigiéndole siempre la palabra á su padre y no á su madrastra:

—Me entretuve con Ernesto en platicar.

—Siempre se está usted disculpando con mi hijo, volvió á decir doña Angustias.

—¿Cómo usted ya, papá?

—Sí, hija mia.

—Respóndame usted á mí, niña, que no soy su perro, agregó la perversa muger.

—Una vez por todas lo he dicho, contestó Emilia, que no reconozco en usted autoridad ninguna para ingerirse en mis asuntos.

—Cállese usted, altanera. Cuando estaba usted enredada con Julio entónces sí me adulaba usted bastante.

—Mejor seria que no recordase usted cosas en que tuvo tanta culpabilidad.

—Sí, cabal, tan niña que es usted!

—Vamos, vamos, cállate, Angustias, no me den una cólera y me dejen sin comer, dijo don Anastasio.

—Hinojosa, si no tomas una providencia con esta niña, á fin de que no me responda con esa altanería, abandono tu casa, llevándome á mi hijo.

—Ojalá y nunca hubiera usted entrado en esta casa, no me hubiera sucedido lo que me pasó.

—Calle usted, insolente! ¿lo ves, Hinojosa, lo ves? esta niña se propasa cada dia á medida que tú la toleras.

—¡Emilia!.....

—Papá, doña Angustias nunca me ha querido: me odia, y ella es la causa de mi desgracia, por no haberme cuidado, sino que al contrario, proporecionó las ocasiones: por último, quitó á Ernesto de mi lado; á Ernesto, que era mi fiel guardián.

—Sí, es verdad, hubo descuido por.....

—Tú tambien! esto solo me faltaba; el padre y la hija adunándose para echarme en cara faltas que cometen hoy á

cada paso las muchachas del día, por la educación inmoral que reciben con las novelitas y en los colegios á donde.....

Y doña Angustias, sin poderse contener, rompió á llorar, pero no de aflicción, sino de ira.

—Lo sucedido nadie lo puede remediar, exclamó el general: cálmate, Angustias, no amarguen mas mis días con sus disensiones; y tú, Emilia, ve á decir que sirvan la comida.

Emilia no se movió de su lugar, contemplando con ira mal reprimida á aquella odiosa muger.

—Mírala qué obediencia te presta, dijo doña Angustias, que deseaba seguir en la discusión; no se ha movido la hipócrita libertina.

—No me ultraje usted, doña Angustias, á usted no le compete juzgarme, porque su conducta no es muy limpia que digamos.

—¿Lo ves, Hinojosa, lo ves cómo se expresa? esas palabras son un reproche que te hace á tí y un ultraje á mí, sin tener en cuenta mis afanes de veinte años para con esta ingrata..... Había de ser hija de quien es, para ser prostituida y.....

—¿Doña Angustias! gritó Emilia dando un paso hácia la amante de su padre, no hable usted de una muger que está en la tumba y que fué mi madre.

—¡Ay, Jesús! gritó doña Angustias escondiendo el rostro, creí que me iba á pegar.

—¡Silencio! exclamó el señor de Hinojosa dando un golpe con el libro sobre una pequeña mesa, que se rompió.

—Pues corrije á esta niña.

—Y también á esta muger.

—¡Jesús! qué me ha dicho! me llama muger, la hija de....

—Esto es el infernal gritó don Anastasio, levantándose de su asiento y comenzando á pasearse, llevando repetidas veces la mano á su cabeza calva.

—¿Hija de qué, decía usted, doña Angustias?

—De lo que es usted, de una.....

—Papá, esta muger me insulta.

—¡Que se callen con mil demonios! que ya me dejaron sin comer.

—Papá, métame usted en un convento, yo no sigo viviendo aquí.

—Yo me marchó ahora mismo con mi amiga doña Pachita al estanquillo.

—Allí debió usted estar siempre.

—Y usted en el burdel.

—Cállese usted, vieja.....

—Miren á la niña aristócrata; sí, niña. Y doña Angustias hizo una mueca la mas villana que imaginarse pueda el lector.

Emilia comprendió todo el sarcasmo de aquella palabra *niña*, en los lábios de doña Angustias, y se puso á llorar.

La querida de don Anastasio lloraba á gritos para sobrepujar á Emilia.

—¿A dónde está Ernesto? preguntó el general.

—Salió á la calle, contestó Emilia.

—Usted lo mandaría, repuso doña Angustias, quiera Dios que no le suceda algo feo como aquella noche, porque entonces sí le doy á usted de bofetadas.

—Papá, escuche usted esas amenazas.

—Eso sí que no sucederá: si te atrevieras á pegarla á mi hija, te echaba yo á la calle.

—Echela usted desde luego, papá.

—¡Jesus me favorezca, lo que escucho! Ah, ah, ah, ah!...
Y á doña Angustias le dió el mal y cayó de su asiento al
suelo, privada de sentido.

Ni el señor de Hijojosa ni Emilia le prestaron auxilio al-
guo. En ese momento se presentó Ernesto en la recámara.

El hijo de doña Angustias, como hemos dicho mas ántes,
era contrahecho y bizco, pero su rostro expresaba la bondad
mas perfecta.

—Ernesto, dijeron á la vez Don Anastasio y Emilia.

—¿Que pasa? contestó el jóven con acento tranquilo.

—Tu mamá, que ya sabes que no me quiere, y que acaba
de promover una incomodidad de las que acostumbra.

—¡Ah, qué mi madre esta vida no se puede tolerar; si
papá no pone el remedio, yo sabré lo que hago.

—Todo se remedia con irme yo á un convento.

—Tú no te separarás de mi lado.

—Gracias, hermano. Y Emilia abrazó á Ernesto.

—Ven por acá.

Emilia y su hermano abandonaron la recámara, y luego
que se hallaron solos, el niño jorobado le dijo:

—Julio ha puesto un mes de plazo á Salvador.

—¡Ah, Ernesto! qué jóven ese tan simpático..... si yo
fuera..... y me hablara de amor, qué feliz me creeria!

Ernesto inclinó la cabeza sobre el pecho y repuso:

—Salvador está enamorado de una muchachita muy sim-
pática.

—¡Qué feliz será! ¡Dichosa ella!

—No hablemos de eso, Emilia: ¿á qué fin desear aque-
llo que no puedes obtener? Yo tambien pensé en tí, cuando
conocí á Salvador en el colegio, pero..... pensemos en otra
cosa: él ama y es amado.

Emilia suspiró y le dijo á su hermano:

—¿Con que Julio puso un mes de plazo?

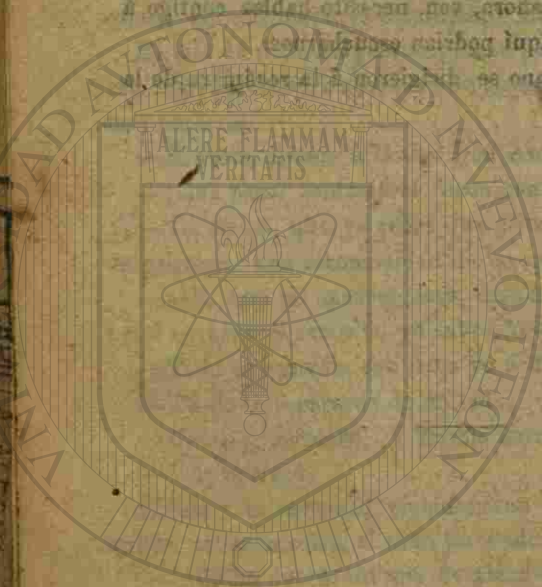
—Sí.

—¿Y crees que cumpla su promesa?

—Ya veremos; por ahora, ven, necesito hablar contigo á
solas en tu recámara, aquí podrian escucharnos.

Y Emilia y su hermano se dirigieron á la recámara de la
primera.

—Con que Julio tuvo en sus manos
—El
—Y esas que siempre se producen
—Y a veces por otros con respecto a los
—Y esas que siempre se producen
—Y a veces por otros con respecto a los



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

de la vida que salvó a los habitantes de la zona...
de la vida que salvó a los habitantes de la zona...
de la vida que salvó a los habitantes de la zona...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
PESARES. Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

El abatimiento mas profundo se habia apoderado de Salvador...
El abatimiento mas profundo se habia apoderado de Salvador...
El abatimiento mas profundo se habia apoderado de Salvador...

Veinte dias despues de los acontecimientos que hemos referido a nuestros lectores, Salvador, en su cuarto de la calle del Apartado, se hallaba triste y pensativo.

Dos causas poderosas originaban la tristeza del jóven: la primera era que hacia un mes que la casa de comercio en que Salvador tenia su dinero a rédito, habia quebrado: la segunda, la enfermedad de su futuro suegro y padre adoptivo Don Joaquin Cabrales.

El abatimiento mas profundo se habia apoderado de Salvador: hacia diez dias que el jóven habia vendido algunos objetos de valor, únicos que le quedaban.

Nuestro estudiante habia pasado por todos los síntomas que determina en nuestro espíritu un golpe adverso de la suerte, que siempre hiere cuando estamos mas desprevenidos. El golpe, es decir, la primera noticia, lo habia anonadado; despues el abatimiento se apoderó de él, en seguida se desesperó, lloró, y por último, tuvo que conformarse.

No se crea que Salvador se había entristecido por la pérdida material de su dinero, no; él lo que temía era que aquella situación lo obligase á cortar su carrera; por lo demas, el jóven se sentia con ánimo fuerte para salirle al frente á la desgracia.

La enfermedad del señor Cabrales, lo affigia doblemente, puesto que tenia que estar en la casa de su amada la mayor parte del tiempo libre de que podia disponer para buscar su subsistencia.

Salvador se habia empleado con un abogado conocido, á quien servia de amanuense por seis reales diarios; este quehacer, se entiende que lo desempeñaba en las horas libres, sin dejar de asistir á sus cátedras. Vivía con cuatro reales diarios y los dos restantes los dejaba en fondo para cubrir las demas atenciones indispensables de la vida.

Cuando el señor Cabrales cayó enfermo, Salvador tuvo necesidad de trabajar hasta de noche, á fin de ganarse el pan.

El abogado para quien escribia Salvador vivia en Tacubaya; el jóven, para ir allá, tenia que hacerlo muchas veces á pié, con objeto de ganarse dos reales mas que le daba el licenciado para el viaje.

—Estoy vigoroso, se decia el jóven; de México á Tacubaya no hay mas de una legua: este es un paseo de hombres y nada mas.

Al principio, Salvador no quiso decirles nada ni á Sofia ni á su padre, pero la jóven notó primero que su amante estaba preocupado, y despues que no permanecia á su lado el tiempo que antes tenia costumbre de estar: como muger, y muger amante, la niña comenzó á encelarse. Salvador le reveló entónces á ella sola su desgracia, pero Sofia, suplicán

dole á su padre que no la descubriese con su amante, le contó la penosa situación del jóven.

El señor Cabrales estimó en lo que valia aquella hermosa conducta de su hijo, como él le llamaba, esperando tan solo una ocasion para obligarlo á aceptar lo que él queria: quitarlo de aquel fatigoso trabajo.

De improviso don Joaquin cayó enfermo y la situación de Salvador continuó en el mismo estado.

Una vez que hemos referido á nuestros lectores la causa de la tristeza del jóven, reanudemos el hilo de nuestra historia.

Salvador estaba sentado frente á su ventana, y profundamente pensativo.

Le preocupaba el porvenir: palabra que consta de ocho letras que nos afijen de continuo á todos los que pensamos.

No sabemos asertivamente el tiempo que el jóven hubiera permanecido en sus meditaciones, si el reloj del Apartado no hubiese dado las cuatro de la tarde: Salvador se levantó de su asiento, lanzó una triste mirada á su desamueblado cuarto, y despues de cerrar con llave, bajó lentamente los sesenta y tantos escalones de su casa, y salió á la calle.

Nuestro estudiante se dirigió á la calle de San Pedro y San Pablo, casa, como saben nuestros lectores, de Sofia.

Luego que hubo llegado, entró en la sala tristemente. Sofia le salió al encuentro.

—¡Salvador, por Dios! créf que no venias.
—Se me hizo un poco tarde, Sofia, pero en cambio, no me iré si tu papá sigue enfermo.

—¡Ah, sí y muy enfermo: el médico ha ordenado que se disponga. Y la jóven se echó á llorar.

—Vamos; no llores, ¿quién dice que porque un enfermo se confiesa, vaya á morir? Los médicos se engañan... no llores, porque me afliges en extremo.

—Ven, vamos á ver á papá.

Los jóvenes entraron en la recámara de don Joaquín.

El señor Cabrales se hallaba en el lecho: un altar, en el que se veía una preciosa escultura de la Virgen, se encontraba frente á la cama del enfermo.

El padre de la joven gozaba de todas sus potencias, pero en su semblante tenía marcada la muerte: los ojos estaban medio velados; el cuerpo pesado, y ese *no sé qué* que se marca en el rostro de un moribundo.

—Señor, buenas tardes: ¿cómo sigue usted?

—Mal, Salvador, muy mal, hijo mío: esto se acaba por momentos: es natural, ya es hora.....

—Señor.....

—Papá.....

Y Sofia se puso á llorar.

—No llores, hija mía; no llores, acéstrate á mi lecho; eso es..... aquí, junto á mí, tú también, Salvador, ven, quiero teneros á mi lado: voy á daros muchos consejos y á decirlos lo que vamos á hacer.

Sofia y Salvador se habían sentado en el lecho y ambos tenían entre sus manos una de las del moribundo. Este, con débil voz, principió á decir:

—Hijos míos: el corazón tiene sus presentimientos, presentimientos que no engañan; pues bien, yo he tenido los míos, y estos me dicen que esta será mi última enfermedad.

Tengo hecho con anticipación mi testamento, en él, como es consiguiente, lego mis cortos bienes á mi hija: estos consisten en dos casas de vecindad, que reditúan ciento y tan-

tos pesos mensuales. Con esta renta y viviendo con orden, pueden ustedes hacer sus economías, como yo las tengo hechas.

Al dejar de existir yo, Sofia, como menor de edad, debería quedar con un tutor ó curador, hasta que se casara contigo. Faltan seis años para que tú, Salvador, concluyas tu carrera: durante este tiempo, mi hija sería desgraciada con un tutor; yo sé por experiencia lo que es y lo que vale esa gente: en consecuencia, no le nombraré tutor, sino que, mañana, ántes de que yo reciba el Viático, ustedes, hijos míos, quedarán unidos en matrimonio en mi presencia.

Salvador y Sofia doblaron sus cabezas y comenzaron á llorar. El enfermo tomó aliento, y siguió diciendo:

—Tengo mucho que aconsejarles á ustedes, hijos míos. Muy jóvenes son los dos para poder dirigir sin un piloto prudente su frágil nave por el borrascoso océano del mundo.

Salvador, en primer lugar, te recomiendo que acabes tu carrera: despues, que no tengas amigos, que no traigas á nadie á tu casa. Es cierto que es triste vivir sin sociedad, pero también es un hecho que es mas conveniente y que se evita uno de serios disgustos.

Mientras los años te dan experiencia para elegir á tus amigos, no los tengas de ninguna clase. Con respecto á Sofia, te encargo que la ames y la estimes: la estimación vale mas á veces que el amor. No porque sea tu muger, desciendas á una familiaridad tal que dé origen á que se pierdan el respeto. Seale siempre fiel, cuando no por amor, por conveniencia: la muger despechada, paga en igual moneda. Nunca estés ocioso: sé caritativo.

A tí, hija mía, te recomiendo que ames mucho á Salvador, que lo respetes, que lo obedezcas en todo, que jamás te

gánsese en complacerlo. En el matrimonio es indispensable para que los cónyuges sean felices, que la mujer tenga grandes virtudes: te recomiendo la piedad, la ternura, la abnegación, la prudencia: el aseo y compostura de tu persona: que jamás te impacientes con tu marido y que reconozcas siempre en él, no obstante que es tu compañero y no tu señor, la superioridad, la cabeza que manda. Respétalo más, cuando sea el padre de tus hijos.

No tengas amigas nunca: no permanezcas ociosa jamás; dedícate en tus ratos perdidos, á la lectura de obras buenas.

El amor de los consortes, es imperecedero cuando ha echado sus raíces en corazones honrados y á donde se anida la ternura: es un amor cuyos hilos se rompen momentáneamente en la vida cuando uno de los dos muere, para reanudarse más tarde en los cielos.

Esto tenía que decirles á ustedes, hijos míos, procuren hacer cuanto les he dicho fielmente y serán felices..... En cuanto á este pobre viejo, olvidenlo cuanto antes.

—¡Olvidarte, padre mio.....! Nunca, nunca.

—Señor, nos parte usted el alma con esas palabras.

Don Joaquín sonrió con amargura y les dijo:

—No me olvidarán ustedes por ingratitud, hijos míos, sino porque esto está en el orden natural..... El dolor, como el placer, traslimitándose, nos mata. La naturaleza tiene sabias leyes; á los padres, los olvidan fácilmente sus hijos: esta ingratitud natural la encontramos á nuestra vez cuando somos padres, en nuestros hijos.....

—Pero yo nunca te olvidaré, padre.....

—Me olvidarás, Sofía, me olvidarás: tienes demasiado de que ocuparte después de mi muerte; de tu marido: vas á ser cabeza de casa; vas á entrar en una nueva senda, desconocida

para tí..... Eso que llaman *luna de miel*, es un néctar para los esposos: tu anciano padre no se queja, hija mía, te lo repito, me olvidarás.

Lo que sí te ruego es que no olvides mis consejos.

—Padre mio..... no..... nos atormentas con..... tus amargas palabras..... Aunque sea natural, como tú dices, el olvidarte, no nos lo digas: yo creía que la bondad no se olvida, que la ternura y el recuerdo son imperecederos..... pero tú, padre mio, sabes más que nosotros, tú dices que la filosofía es la verdad..... ¡Oh, mi padre! ¡qué amarga, qué triste, qué fea es la verdad!!.....

La joven Sofía se echó á llorar: Salvador, sin poder decir una palabra, vertía también abundantes lágrimas.

Aquella dolorosa escena no podía prolongarse por más tiempo: don Joaquín, comprendiéndolo, hizo que sus hijos abandonaran la estancia.

... que se llama Juan de...
... los espasos: tu anciano padre no se dejó, hija mía, te lo
... me olvidaría.

... que si te luego se que no olvides mis consejos.

—Tú que tú... nos atormentas con...

... olvidar, no nos lo digas, yo sé que la bondad no se
... el recuerdo son imperdables.

... que tú, padre mío, sabes más que nosotros, tú hijo que la
... filosofía es la verdad.

... que tú es la verdad.

... la vida es como a horca: Salvador, un poder de
... en una palabra, verás también abundantes lágrimas.

... Apunta dolores escenas no podía pronunciar por una
... tiempo: don Juanita comprando el hijo que sus hijos
... abandonaron en la estancia.

A LA CAIDA DEL SOL.

Al siguiente día, don Joaquin se sintió un poco aliviado; aquel alivio pasajero hizo cobrar á los niños esperanzas que muy pronto vieron desvanecidas. Aquello no era otra cosa que esa última luz que prodiga el combustible que va á consumirse.

El señor Cabrales iba á morir: su espíritu iba á lanzarse á la opuesta ribera, á la region trasatlántica del alma inmortal.....

Sofía estaba triste, y sin embargo, en su interior se sentía envuelta por un misterioso halago: su nueva vida, su esposo... Un esposo de diez y ocho años no cumplidos para una niña de quince primaveras, debe ser como un cielo lleno de querubes.

Salvador estaba pensativo, preocupado y con positiva aflicción, y sin embargo, á su pesar, adivinaba, presentia el suave perfume de su nuevo estado.

Y vino la tarde, las horas se sucedieron con su imprescindible marcha; el sol iba á ocultarse, sus últimos rayos alumbraban á la ciudad.

A esa misma hora, el señor Cabrales recibía con fé sencilla el alimento espiritual de los católicos.

Salvador y Sofía estaban casados.....

Los nuevos esposos se veían con asombro; cosas muy graves eran para ellos las escenas tan diversas que en esa tarde les habían acontecido.

Sofía sintió por Salvador desde el momento en que se unió á él con lazo indisoluble, un cariño respetuoso: el jóven, por su parte, también experimentó algo inexplicable en su interior: se sintió, (permítasenos la frase), como mas hombre.

Don Joaquin estaba tranquilo y veía á los dos niños como solo es capaz de ver un padre, y un padre que está próximo á morir.

Serían las cinco: los jóvenes esposos estaban al lado del moribundo; este pidió que sacasen su lecho al patio.

—Padre mio, ¿cómo vamos á sacar tu cama allá fuera? No ves que esto podría agravarte?

—No, Sofía: me muero de viejo; me muero porque mi máquina está ya cansada, inservible..... Quiero exhalar el último aliento allí, entre las flores, respirando el aire puro y balsámico de las plantas, quiero mirar por la última vez el sol... .. vamos, sáquenme entre los dos al patio, hijos míos, espero que me darán gusto hasta el fin.

El lecho del señor Cabrales fué sacado fuera de la estancia.

Era una tarde magnífica, serena, apacible: el sol en el Ocaso lanzaba su postrera luz. El perfume de las flores que había en el patio se esparcía suavemente en torno del lecho de don

Joaquin; Salvador y su esposa, sentados junto al anciano, escuchaban con respeto las palabras que este les dirigía.

Cualquiera que hubiese entrado al patio de la casa y presenciado aquel cuadro, nunca se habría figurado que allí se estaba finalizando la última escena de la vida.

—Hijos míos, ayer les hablé á ustedes superficialmente del matrimonio; quiero hacerlo ahora con mas detención, dándoles á la vez algunos consejos para que se conduzcan bien en sociedad.

El matrimonio católico, tiene la gran ventaja de la indisolubilidad: se habla generalmente mal del estado mas perfecto del hombre, pero los que lo hacen, son los que aspiran á la vida no libre, sino libertina.

Para hallar la felicidad en el matrimonio se necesitan grandes virtudes, no quiero ocultárselos á ustedes, ántes por el contrario, me fijaré en este punto para excitarlos á ponerlas en práctica. Tú, Salvador, eres bueno, porque has sido desgraciado: el infortunio es el mejor crisol para purificarlos de nuestras pasiones; ya no debes considerarte infeliz, Dios acaba de premiar tus sufrimientos con darte á la compañera que elegiste.....

—Señor, yo le prometo á usted que seré siempre un buen esposo.

—Así lo espero, Salvador, pero sígueme escuchando.— Ama siempre á tu esposa: para que este amor nunca se acabe, respétala y estímala: no confundas la familiaridad con cierta llaneza que acaba por el indiferentismo. Nunca riñas con ella; despues de la primera riña, sigue una vida entera de disgustos y malos tratamientos: acostúmbrala á que te obedezca por medio del razonamiento y no del capricho. Cuida mucho de ser púdico con tu mujer: que jamas te vea

á tí ni tú á ella, sin estar vestidos de una manera conveniente. No abuses del placer: no la trates delante de nadie con la familiaridad que tengas costumbre de hacerlo á solas. No encomies á tus amigos sus virtudes: jamas, ni por casualidad, pronuncies en su presencia palabras inconvenientes: haz que te revele sus acciones, sus pensamientos, sus conversaciones, y nunca la reprendas con dureza. No le toleres amiguitas íntimas; no vayas á bailes, no la confies á ninguno de tus amigos, jamas creas tener un amigo bastante fiel; para ciertas cosas, no hay amigos.

Para conducirte en sociedad te encargo mucho que jamas excites la envidia de nadie en materia alguna: que tus conversaciones sean siempre morales, fáciles é instructivas: procura arreglar tu lenguaje segun la persona con quien hables, otro tanto te digo respecto á tus modales y materia de la conversacion. No adules nunca; no te dejes lisonjear. Practica la caridad sin hacer gala de ello, imitando en este punto la conducta de tu padrino: no te embriagues y mucho ménos con escándalo: no juegues, el juego es uno de los vicios mas perniciosos y repugnantes.

Don Joaquin tomó aliento, y siguió diciéndole á Sofía:

—Tú necesitas sobrepujar á tu esposo en abnegacion, en prudencia, en amor, en moral, en ternura y valor, si la suerte, que no lo creo, les fuese desfavorable en algun período de la vida. Ama á tu esposo, como tu mejor amigo, como tu único compañero y mas fiel protector.

Confíale lo mas insignificante: no prestes oídos jamas á las alabanzas de los hombres, procura con cuidado no presentar nunca ocasion para que alguno te enamore. Las mugeres casadas están expuestas á mayores peligros que una niña doncella: los hombres libres creen mas fácil obtener de ellas

sus favores. Antes que ser adúltera, la muerte es preferible: yo espero que tú no cometerás tan odioso crimen; la adúltera es despreciada en primer lugar por el mismo hombre que la sedujo. Muero tranquilo sobre este punto, pues estoy seguro que no arrojarás un puñado de cieno sobre mi tumba.

Procura no envidiar ni ser envidiada: te recomiendo la modestia, que huyas de la vanidad y de los falsos elogios.

Graben los dos esto en su corazon, y júrenle á este hombre moribundo cumplir sus consejos.

—Padre, te lo juramos, dijo Sofía llorando.

—Está bien: dame agua, hija.

Salvador fué por el agua, miéntras que Sofía ayudaba á incorporarse en el lecho á su padre.

Cuando el jóven vino con el agua en un vaso, don Joaquin, reclinado en la cabecera del lecho, miraba con los ojos llenos de lágrimas el límpido azul del cielo: una rama cargada de heliotropos, desprendiéndose de la maceta, habia caido sobre su frente.

—Aquí está el agua, dijo Salvador.

El señor Cabrales le hizo seña de que se la aproximase á los lábios. El jóven obedeció, pero el anciano no pudo pasar una sola gota: estaban sus mandíbulas contraídas.

Sofía dió un grito al ver que su padre no podia pasar el agua: los ojos del moribundo comenzaron á nublarse, una lágrima rodó por su mejilla, y espiró.....

El sol se habia ocultado tras de los montes: unas cuantas nubes de color de escarlata contrastaban con el purísimo azul del firmamento.

Los esposos niños rezaban las oraciones per los agonizantes.



LA PROVOCACION.

Quince días despues de la muerte del señor Cabrales, Salvador, vestido de negro y sumamente pálido, llamaba á la puerta de la casa de Julio y de Susana: Ernesto, el niño jorobado, iba con él.

—¿Está en casa el señor Urrutia? preguntó Salvador á una criada que habia salido á ver quien llamaba.

—Sí señor, pase usted.

Salvador y Ernesto entraron en la sala que ya conocemos y ocuparon dos asientos.

Un cuarto de hora despues se presentaba Julio con semblante sañudo y miradas provocativas.

—Señor, dijo Salvador al ver entrar á Julio, habrá usted extrañado el que me presente en su casa un mes y dias despues de la cita; pero un cuidado de familia, como le indicará á usted mi traje, me obligó á faltar á mi palabra.

—Siéntense ustedes, repuso Julio con brusquedad.

Hubo una pausa.

—¿Ustedes venían.....

—A saber una resolución definitiva, que esperamos sea favorable, pues si todos somos susceptibles de un error, está en nuestro deber repararlo: usted es un jóven decente y de buenos sentimientos, y.....

—No me adule usted, señor mio, no soy un estúpido que pille el grosero anzueto que usted y el muchacho este me lanzan.

—Usted se engaña, señor Urrutia: no nos recibió usted de tan mala manera la primera vez que tuve el honor de....

—Basta, señor, basta: hemos concluido; el otro día me importaba ganar tiempo, ahora tengo mis negocios arreglados y desde luego le diré á usted que jamás he pensado en casarme con una muger que fué bastante débil para admitirme.....

—No hable usted así de mi hermana, exclamó Ernesto.

—Cállate, escarabajo: si alguna vez te rompí la cabeza, hoy te mato.

—Veo, dijo Salvador, que está usted mal prevenido: cálmese usted, nunca podría usted propasarse en su propia casa.

—Yo hago lo que me place, señor mio, y obraré como se me antoje.

—¡Señor Urrutia!

—Señor Pastrana: ¿qué interés lleva usted en este negocio?

—Ninguno, caballero: Ernesto me contó lo que le pasaba; somos compañeros de colegio, y además, tomo participio en este asunto, exclamó Salvador, que ya se había molestado, por ser una cuestión de honor ¿lo entiende usted?

—¡Ah! ya: y como usted es una especie de Quijote, se mete usted á *desfacer* entuertos y á proteger doncellas ultrajadas..... Vea usted, usted hubiera sido un buen paladin en otro siglo, pero en el presente, hacer ese papel no es muy propio ni adecuado para la época.

—¡Usted me ultraja!

—Recíbalo usted como guste, vale que será usted resarcido con usura por Emilia..... ¡jál jál jál..... No me quejo del sustituto.

—Usted se equivoca: yo soy casado; si de buena fé abriga usted esa sospecha, fácil me será convencerlo.

—Estamos perdiendo el tiempo; el que usted sea casado, nada quiere decir: mejor para usted y para ella, están cubiertas las apariencias.

—¡Ese es un ultraje!

—Recíbalo usted como guste, repito.

—El señor es un infame, que busca un pretexto especioso, dijo Ernesto.

—Silencio, jorobado, ó te pego!

—Delante de mí, nunca.....

—Lo veremos: repuso Ernesto.

—Lo veremos: me importa un bledo el amante de esa..... á quien yo desprecié.

—Es usted un hombre perverso y corrompido; yo no soy amante de la hermana de este jóven.

—Usted es un jesuita.

—Cállese usted, mentecato.

—Estoy en mi casa y voy á echarlos á ustedes á palos.

—Quisiera verlo.

—Vámonos, Salvador, vámonos, no te comprometas.

—¡Ah! ¿tanto así te lo ha recomendado la coscolina de tu hermana?

—¡Cobarde!

A esta palabra Julio se levantó de su asiento con intenciones hostiles.

Salvador se preparó á atacar ó defenderse. En ese instante entraron en la sala Perico y Nacho.

—Un momento, señores, un momento, exclamaron los dos jóvenes. Ustedes se han insultado mutuamente, y solo con un duelo se repararán las ofensas.

—¡Un duelo! exclamó Ernesto; ¡batirse Salvador!

—Sí, Salvador, repuso Julio mofándose, el querido de tu hermana se bate conmigo, porque me ha injuriado en mi propia casa.

—Eso no es posible.

—¡Já! ¡já! ¡já! ya tiene miedo el señorito.

—Quién dice que yo tengo miedo? preguntó Salvador cólerico. No quiero batirme, porque soy un hombre honrado y temeroso de Dios; además, soy casado.

—Si muere usted, me encargaré de la viuda..... ¡Ah!.....

Salvador, al escuchar aquellas insultantes palabras, había descargado una bofetada sobre el rostro de Julio.

—Ahora sí es indispensable un duelo, exclamaron Nacho y Perico, interponiéndose entre Julio y Salvador.

—Lo acepto, dijo Salvador.

—Entonces, mañana.....

—Ahora mismo, yo no me espero á mañana.

—¿Tiene usted padrinos?

—Cualquiera de ustedes.

—Será aquel á quien usted haga el honor.....

—Pues bien, á usted. Y Salvador eligió á Nacho.

—¿La hora?

—En este momento y aquí.

—No puede ser en este sitio, dijo Nacho: mi padre tiene una carrocería en la calle de Nuevo-México: está sola, pues no hay allí mas que carruajes viejos; puedo conseguir la llave.

—Sea, pero vamos luego.

—Es indispensable arreglar nuestros papeles, porque será á muerte, dijo Julio. Dentro de dos horas estaré á sus órdenes.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro en punto.

—Está bien, á las seis estaré aquí.

Salvador y Ernesto abandonaron la casa de Julio.

—No te batas, Salvador, le decia Ernesto en la calle y andando de prisa; jamas me consolaria yo si te sucediese una desgracia.

—Es preciso, Ernesto, nada temas: la justicia está de nuestra parte, y Dios nos ayudará. Quiero probarle á ese prostituido jóven que uno que no lo es, vale tanto como él para esta clase de lances.

—Y á dónde vamos?

—A tu casa, contestó Salvador; allí escribiré una carta á mi esposa, previniéndola para un caso desgraciado.

Miéntas hablaban Salvador y Ernesto lo que llevamos dicho y andando de prisa, Julio, sumamente cólerico, se paseaba en la sala de su casa hablando con sus amigos.

—Es indispensable que lo mate, decia Julio.

—Yo estoy seguro, dijo Perico.

—Yo voy á ver á mi pobre ahijado muerto, exclamó Nacho.

—Ya podias..... repuso Perico.....

- ¿Qué?
- Convertir las probabilidades en certidumbre.
- ¡Oh, no! se me resiste.
- ¿Quién podría probarnos nada?
- No, no lo haré, á pesar de todo.
- Julio le habia lanzado una mirada á Perico, que este comprendió muy bien.
- Por un amigo, te niegas: ¿á quién quieres ver muerto mejor, á Salvador ó á Julio?
- ¡Oh! qué pregunta.
- Entónces.....
- Bueno, pero quedamos ligados para siempre los tres, y este..... ardid, que nadie lo sepa.
- No faltaba mas.
- Cómo lo hacemos?
- Muy sencillamente, dijo Julio tomando parte en la conversacion, y lleno de una alegría innoble y cobarde. Cargas una pistola con bala y otra con pólvora y taco; ya se comprende cuál sera la mia: disparámos, y.....
- Queda muerto mi abijado.
- Eso es.
- Magnífico.
- ¿Y qué hacemos con el herido ó muerto?
- Mandarlo como esté á su casa.
- Convenido.
- Entónces, vamos á casa á arreglar algunos papeles.
- Pero..... ¿para qué?
- Quiero darle á papá un sustito: ademas, siempre tendré que ocultarme y quiero tener listo á papá.
- Vamos, dijeron los jóvenes.
- ¡Susana! llamó Julio.

- La querida del señor Urrutia se presentó algo llorosa.
- ¿Por qué lloras?
- Porque te vas á batir; todo lo he oido.
- Sí, tonta, pero saldré triunfante; tú no sabes mi habilidad con las armas en la mano. Consuélate, chula, esta noche cenamos alegremente aquí en celebracion de mi triunfo: voy á salir y volveré luego. Adios.
- Y Julio, acompañado de sus amigos, salió á la calle.



CUARTA Y ULTIMA PARTE.

EXPIACION.

UN FANTASMA.

Recordarán nuestros lectores que dejamos á Julia en un oscuro y húmedo calabozo del convento de la Concepcion, privada de sentido sobre las frias losas de su mazmorra, despues de pronunciar aquellas palabras dolorosísimas y que eran impotentes para expresar su inaudita desgracia:

¡Gerardo, Julio, adios para siempre!.....

Han trascurrido once años, como no habrán olvidado nuestros lectores: ¡once años! ¿Qué pluma seria capaz de describir en un capítulo solamente, los tormentos físicos y morales de aquella infortunada muger? Por nuestra parte, declaramos con toda humildad, que nos reconocemos incapaces y

que para hacerlo, tendríamos que escribir el doble de lo que hemos escrito. Básteles, pues, á nuestros lectores, saber que Julia era una mómia viviente.

Ni su padre si hubiera vivido y la hubiese visto, ni Gerardo si se la hubieran presentado, la habrían reconocido.

Estaba flaca: su rostro era pálido, amarilloso; los ojos hundidos, sin brillo, sin expresion. La nariz afilada como la de un cadáver: los lábios, vueltos hácia fuera, presentando unos dientes descarnados é incisivos; el pelo, aquel cabello rubio como espigas de oro, le llegaba á los tobillos, sucio y en desórden. Tenia dos canales bajo los ojos de tanto llorar, y un círculo amoratado en derredor. Julia habia llorado mucho; habia elevado tambien á Dios mil plegarias, pero despues de ocho años de llorar, de rezar en silencio unas veces y otras á gritos, se le habian agotado las lágrimas y el sentimiento. Su voz era ronca y como si hablara en una bóveda, así resonaba en su tímpano.

Pero Julia habia cesado de llorar; ya no tenian sus glándulas lagrimales nada que verter: tampoco sufría ya, su corazon nada sentía, su entendimiento estaba embotado.

Dios, en nuestro concepto, hacia algun tiempo que habia perdonado á Julia, pero los hombres nó, y solo cuando cumplió diez años de encierro en aquel oscuro é insalubre calabozo, hasta entónces fué absuelta de su culpa y rehabilitada para poder tomar el hábito.

Era una mañana de invierno nebulosa y fria: la comunidad se habia reunido por órden de la abadesa en una espaciosa sala baja, que tenia grandes ventanas rasgadas que daban para un jardin. La abadesa estaba sentada bajo un dosel.

Todas las monjas, á excepcion de la abadesa y de la madre portera, ignoraban el objeto de aquella reunion que se habia preparado con una especie de lúgubre solemnidad.

La abadesa hizo la señal de la cruz, é hincándose en seguida, invocó el nombre de la Madre del Crucificado, rezando despues una pequeña oracion que era repetida en coro por las monjas arrodilladas.

Concluida que fué la oracion, la abadesa volvió á sentarse, y con tono profundo y de circunstancias, habló á la comunidad de esta manera:

—Mis queridas hijas en Jesucristo, su señoría ilustrísima me ordenó reuniese á la comunidad, con objeto de que deis el abrazo de perdon á una de vuestras hermanas que cometió un gran crimen, pero que lo ha compurgado con diez años de reclusion.

Todas las monjas se miraron sorprendidas, sin saber qué monja era esa de quien nunca habian oido hablar.

La abadesa continuó:

—Hay entre vosotras muchas que conocisteis en otro tiempo á sor Julia del Corazon de Jesus.

Escuchóse un murmullo, y algunas exclamaron:

—Sí, sí, aquella hermana que pereció en un incendio ocurrido hace muchos años.

—Sor Julia no murió en el incendio que habeis recordado: sor Julia huyó esa noche, instigada por Satanás, con un seductor sacrílego.

Un estremecimiento simultáneo circuló por toda la comunidad: el estupor estaba retratado en sus rostros.

—Cuatro años despues, fué descubierta por el mayordo-

mo de este convento, siendo él víctima de su celo. Julia fué separada de su amante y del hijo sacrilego que le habia dado: juzgada despues, fué sentenciada á diez años de reclusion en este convento, bajo el sigilo mas riguroso: ayer cumplió su término, y hoy la vais á ver.

La abadesa hizo una seña á la madre portera, y esta salió al punto de la sala.

Todas las monjas tenian fijas sus miradas en la puerta.

Media hora despues, la comunidad entera, como si fuese una sola persona, sintió correr por su cuerpo un estremecimiento nervioso, y exhaló un grito unánime de asombro.

Julia, vistiendo el hábito de monja, pero sin la toca, era conducida de la mano por la madre portera.

El cabello casi le arrastraba: su palidez, sus ojos hundidos, su rostro demacrado, sus lábios vueltos hácia fuera dejando ver los dientes descarnados y amarillosos, le daban un aspecto sepulcral. Parecia un fantasma salido de la fosa.

Sus miradas atónitas se fijaban en las monjas con tenacidad.

—Acercaos, dijo la abadesa estremeciéndose á su pesar.

Julia atravesó la sala, dejando horrorizadas á las monjas.

—Hincaos, hija mia, y pedid á Dios misericordia.

Y Julia cayó de rodillas, como hubiera caido un autómata.

—Dad gracias á Dios de que os han perdonado y confesad vuestro arrepentimiento.

Con voz hueca, acentuada y lenta, Julia exclamó:

—¡Dios mio, he sufrido mucho, mandadme la muerte!

Al oír aquella voz sepulcral, pidiéndole la muerte á Dios,

las monjas se sintieron sobrecogidas de espanto, y sin esperar una orden de la abadesa, comenzaron á rodear á Julia dándole el abrazo de perdon, y besándola en la frente.

Las monjas, al abrazarla, iban llorando, de suerte que, despues de abrazarla toda la comunidad, le habian dejado sobre los hombros, como una lluvia de rocío, formado por las lágrimas.

Quizá aquellas gotas de ternura pasaron el hábito de la infortunada Julia y llegaron á su corazon vivificándolo, porque despues de inclinar la cabeza sobre el pecho, volvió á levantarla, mostrando á las monjas su rostro inundado de lágrimas.

Una monja de rostro angelical, se le acercó diciéndole: —¿Por qué llora usted, hermana?

—Porque veo que hay todavía quien me ame en el mundo, puesto que lloran por mí. Y Julia le echó los brazos al cuello á la monja, y se puso á llorar con ternura.

Las monjas, formadas en círculo, lloraban en silencio. La escena no podia ser mas patética ni mas conmovedora.

—Vamos, enjugad el llanto, hermanita.

—Dejadla que se desahogue, sor Gerónima, dijo la abadesa.

Julia, despues que hubo llorado hasta quedar tranquila, dirigió una mirada en torno suyo, y dijo á la comunidad:

—Hermanas mias, la misericordia de Dios es infinita, lo reconozco: una pasión me obligó á cometer un crimen del cual estoy arrepentida. No veais en mí, de hoy en adelante, á la muger pecadora, sino á la muger arrepentida y desgraciada.

Las monjas volvieron á abrazarla, prodigándole mil caricias y palabras consoladoras.

En seguida le cortaron el pelo, le pusieron la toca, y entonando todas la letanía, le llevaron en procesion al coro, para que adorase desde allí al Dios Sacramentado.

Desde ese momento, Julia volvió á su monótona vida de monja, disfrutando de una tranquilidad aparente: mas ¡ay! ¿quién sería capaz de comprender los dolores de aquel corazón?

Los dias felices que disfrutara alguna vez al lado de Gerardo, no era posible que se borraran de su corazón: aquel amor que la hizo romper su clausura, aquel amor que engendró en su pecho otro amor mas grande y mas sublime, estaba vivo y de pié en su imaginacion, estaba identificado con su existencia.

Un año despues de la escena que queda referida, Julia se habia vuelto loca: su monomanía era hacer canastitas para Julio, sin que lo supiese Gerardo, segun decia ella misma.

Nunca iba á coro, por órden expresa de la superiora. Julia se paseaba por todo el convento, siendo el objeto de las atenciones de las monjas.

—Allí viene la madre canastitas, decia una novicia á otra compañera suya, una tarde en que llovía.

En efecto, Julia se acercaba al corredor á donde estaban las dos interlocutoras.

—Adios, madre, dijo una de ellas.

Julia la miró distraida, y se alejó murmurando:

—*Canastitas, canastitas* para Julio.

—Pero que no lo sepa Gerardo, dijo la otra novicia.

Julia se volvió bruscamente, y con una cara agradable y en tono de súplica, contestó:

—No, por vida de ustedes, que no lo sepa Gerardo, eh?.....

—Pierda usted cuidado.

—Adios, contestó Julia tranquilizándose, y se alejó diciendo: *Canastitas, canastitas.*

—¡Pobre monjal dijo la novicia.

—Pronto morirá, repuso la otra.



ROSARIO Y GERARDO.

Sentados frente á una mesa redonda, que contenía un quinqué con velador, se hallaban Rosario y Gerardo, ocupados en jugar un *tute*. *

Rosario estaba obeso, la voz era ronca, y en su rostro se observaban restos de una pasada hermesura. Era la misma mujer respecto de ideas y sentimientos que dimos á conocer en otra época.

Gerardo estaba mas obeso que su antigua amante, aunque mas acabado que ella.

La melancólica luz del quinqué alumbraba sus rostros, en los que se leía la atención mas profunda, nacida del interés del juego.

Las apuestas eran de á un real, pues Gerardo y su amante, ni entre sí, dejaban de jugar por interés. El *tute*, sin ganarse algo de dinero, hubiera perdido el atractivo.

* Juego carteseo de naipes.

—*Veinte en bastos*, dijo Gerardo, presentando un caballo y un rey.

—¡Caramba! repuso Rosario, este juego me lo vas á ganar *viejo* como el otro. Veinte que acusaste ahora y veinte de *copas*, son cuarenta; además, no tengo un *triunfo*.

—Ríndete, Rosario.

—Eso no.

—¿Tienes esperanzas?

—Algunas: figúrate que tengo muchas *briscas*.

—Las *mataré* con mis *triunfos*.

—Ya veremos.

Los dos adversarios siguieron jugando en silencio, hasta que Gerardo volvió á decir:

—*Veinte en espadas*.

—Barájalas, dijo Rosario tirando sus cartas sobre la mesa, y colocando su apuesta en un platito de porcelana que contenía dinero.

Gerardo le dió á *alzar* á Rosario, y en seguida le dió ocho cartas, tomando otras ocho para sí, y diciendo:

—*Espadas son triunfos*.

—Me alegro, ya se habían estacionado los *oros*, y ese triunfo me es fatal.

Comenzó de nuevo el juego, y á las pocas jugadas, salió una sota de bastos.

—La sota de bastos, dijo Rosario con cierta lentitud. ¿Te acuerdas, Gerardo?

—¿De qué?

—Qué poca memoria tienes: ¿ni siquiera por el mes en que estamos lo recuerdas?

Gerardo palideció y repuso:

—¡Vaya que tienes unos recuerdos necios!

—¿Y por qué?

—Porque esa muerte de Arturo nunca la he podido borrar de mi mente.

—*Cuarenta en espadas*, dijo Rosario.

Gerardo, sin hacer caso ya del juego, siguió diciéndole á su querida:

—¿Para qué me recordaste esa noche? Me he entristecido.

—Qué supersticioso eres!

—Si estuvieras en mi lugar, verías que tengo razón para ponerme triste, cuando recuerdo esa noche. ¿Tú no sientes nada?

—Yo, no: lo que recuerdo es que pasé un miedo espantoso. Figúrate qué aflicción: tú, después de matarlo, tomaste soleta, pero yo.....

La noche estaba oscura como ahora, hacia frío, como que era el mes en que estamos: Diciembre. Gertrudis me acompañaba: ninguna de las dos queríamos llegar al cuarto ni entrar primero; por último, empujé la puerta, y ví.....

—¿Qué!..... preguntó Gerardo, sintiendo que un sudor helado bañaba su frente.

—Cómo qué, ¿tú lo preguntas? Arturo, tendido boca arriba, desfigurado, con una herida profunda en el corazón y en medio de un lago de sangre..... En la mano derecha tenía una sota: esta..... Y Rosario tomó en su mano la sota de bastos.....

Gerardo dió un brinco en su asiento, y miró á su querida con asombro.

—¡Jál jál jál jál! qué cobarde eres; ¡jál jál jál! parece que esta misma sota fué.....

—No te rias, no te rias, y sígueme contando.

—En esto, el aire nos apagó la vela.....

—¡Qué horror!

—Tuvimos tal miedo, que recuerdo que rezamos un *yo pecador*, como en mi vida lo habia yo rezado: qué fervor, hijo! como que el miedo era grande. Vaya un lance..... ¡jál jál jál!.....

—No te rias, demonio, no te rias.

—Por último, encendí la luz, le quitamos las alhajas al muerto, y cataplum, al agujero..... Despues me ocupé en recoger mis muebles, mi ropa; en fin, en disponerlo todo para desocupar la casa al siguiente dia; dicho y hecho, en la mitad de su valor vendí todo aquello que me estorbaba, tomé un cuarto en un hotel y cuatro dias despues me marché al interior, llegando á San Luis una señora viuda, que fué el papel que me pareció mas conveniente representar; ademas, no mentia yo, habia un muerto en mi historia, á él debía yo mi viaje.

Gerardo hacia diez minutos que no escuchaba á Rosario: con el rostro oculto entre las manos, pensaba con horror en su pasada vida, y algunas lágrimas empañaron sus ojos.

Como si estuviera en un cosmorama, Gerardo vió con la imaginacion á Arturo muerto, despues, recordó su noche aquella de terror. Vió aparecérsela en seguida la imagen de Constanza: recordó el cólera, hizo reminiscencia de su episodio del panteon; despues, vió como unas nubes negras, y entre ellas á Julia, á Julia, su único amor..... Asistió á la escena del arresto con su imaginacion; volvió á ver á Rosa-

rio, y por último, se acordó de su padre, y su corazon le decia que pronto lo iba á ver.

Gerardo lloraba en silencio, una voz misteriosa le decia al oido que la hora de la expiacion estaba próxima.

—Gerardo, ¿qué tienes?

—No lo sé, contestó el señor Urrutia retirando el rostro de entre las manos, y dejándole ver á Rosario, que lloraba.

—Vaya que tienes un corazon de paloma: eres el mismo, á pesar de los años..... Qué lástima que no haya en México un convento de cartujos; te vendria muy bien ser de la orden, y acabar tus dias en el claustro.

—¡Ah, Rosario! te burlas de mí..... Si hubieras sentido lo que he experimentado hace un momento: ¡ay! ¿para qué me recordaste aquella noche?..... Todos los actos de mi vida han cruzado veloces por mi imaginacion.

¡Oh, qué recuerdos tan desgarradores! ¿Qué habrá sido de Julia?..... ¿Y Salvador, el hijo de Constanza, mi hijo, á quien perdí de vista desde la muerte del doctor su padrino, qué será de él?

Rosario se encogió de hombros sin contestar nada. Gerardo volvió á hundirse en sus meditaciones.

En medio del silencio que reinaba en la estancia, llamaron á la puerta de la sala.

—¿Quién será? dijo Rosario con extrañeza.

—¡Dios! contestó Gerardo, y agregó: Adelante.

La puerta se abrió, y Nicolás se presentó con el semblante pálido y con cierto aire de solemnidad.

Rosario prorumpió en una estrepitosa carcajada, y le dijo á su amante:

—No sabia yo que Nicolás fuera Dios para tí: qué feos es el Sér supremo..... ¡jál jál jál!.....

El viejo Nicolás se llegó á Gerardo y le entregó una carta.

El señor Urrutia la abrió sin poder dominar un temblor convulsivo que habia invadido su cuerpo.

La carta decia lo siguiente:

«Padre mio:

«Hoy á las siete de la noche me bato por un lance de honor.

«Mi adversario es un señor don Salvador Pastrana. Si muero en el acto, te recomiendo á mi amada Susana.

«Adios, ó hasta la vista.

«Tu hijo.

«JULIO.»

—¡Oh, Dios mio! exclamó Gerardo, ya no es tiempo, ¿por qué no me avisaste en el acto, Nicolás?

—¿Qué pasa?

—Mira. Y Gerardo dió á Rosario la carta, esta la leyó, permaneciendo impasible despues de su lectura.

—No es tarde, dijo Nicolás; Gerónimo, que se fué con ellos, me dice que se han detenido en la casa de San Fernando, para levantar el acta del duelo, segun oyó decir.

—Son las siete y media, repuso Gerardo mirando su reloj, no tengo tiempo que perder. Nicolás, mi capa, mi sombrero, y acompáñame.

—¡Jesus! qué alarmado estás, Gerardo, por una simpleza de muchachos.

—¡Simpleza! vaya, Rosario, que tu indiferencia es excesiva. Los que van á batirse son hermanos, son mis hijos, ¿no te estremeces?

—Estoy segura que no se baten.

—¿Eso crees?

—Estoy cierta.

—Pues yo creo lo contrario, y por eso me voy. Adios. Y Gerardo, seguido de Nicolás, salió de la estancia.

Rosario abrió un libro y se puso á leer con perfecta tranquilidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DE BIBLIOTECAS "FRANCO REYES"
1955 MONTERREY, MEXICO



PREPARATIVOS.

Julio, acompañado de sus dos amigos Perico y Nacho, caminaba de prisa con dirección á la calle de Revillagigedo.

Dos golpes repetidos y fuertes, dados con el aldabon, bastaron al portero para conocer que era Julio el que llegaba á su casa.

El postigo se abrió en el acto, y el sirviente se inclinó con respeto ante el jóven Urrutia, especie de sultan para con los criados.

—¿Está en casa papá?

—No, señor amo, el amo grande está en la casa de la niña Rosario.

—Bien.

Julio, seguido de sus amigos, subió la escalera con precipitación. Gerónimo, su camarista, le esperaba en el corredor.

—Luz en mi cuarto, dijo el jóven algo sofocado por la precipitación con que había subido.

—Está alumbrado, contestó Gerónimo.

Los tres jóvenes se dirigieron á la habitacion de Julio.
Al entrar, Nacho quedó sorprendido del lujo que allí habia.

- ¡Caramba! qué elegancia.
—¿Nunca habias venido al cuarto de *este*? contestó Perico.
—No, repuso Nacho, que todo lo observaba con avidez.
—Siéntense mientras me visto.
—Te vas á vestir?
—Claro! de negro: yo no economizo ninguna circunstancia. El año pasado me batí con esas espadas que están allí, dije Julio señalando dos magníficas espadas de combate.
—¿Y qué dió por resultado?
—¡Ahl! maté al pobre de mi adversario.
Y Julio suspiró.

Lo que el joven Urrutia acababa de contar á sus amigos era mentira, pero aquellos que no poseen alguna virtud, piensan engalanarse con el vicio.

Nacho abrió los ojos con asombro, y creció para él Julio: Perico se sonrió interiormente, porque conocia mejor á Urrutia, pero como para el joven era provechosa la amistad del amante de Susana, exclamó:

- ¡Caramba, luego no es la primera zorra que tú desuellas!
—¡Quiah! no señor: y aquel duelo sí que fué muy reñido, no como este va á ser.

Nacho estaba contemplando un armario antiguo, todo esculpido y lleno de arabescos.

- ¡Qué mueble tan magnífico!
—Son restos del ajuar de mi madre, contestó Julio con afectado desden.
—¿Y qué contiene el armario?

—Laureles conquistados en campañas amorosas, dijo Perico. Que te enseñe Julio.

—Ahí está la llave, déjenme vestir.

Nacho abrió el armario, y Perico tomó uno de los candilabros que contenia tres bujías de esperma, para alumbrarle á su amigo. Julio, entre tanto, tarareaba una cancion á la vez que se vestia.

Nacho hablaba en voz alta, al mismo tiempo que veia los diversos objetos que encerraba el armario.

—Pañuelos, ¡qué elegantes! cintas, adornos de vestidos, trenzas, retratos, paquetes de cartas. ¡Ahl!.....

—¿Que te sorprende?

—Estos zapatitos: ¡oh! que pié tendria la dueño.

—Lo tiene, porque esos zapatos son de Emilia, causa de lo que va á suceder ahora.

—¡Un talle de vestido! ¡qué cintura de la dueño! ¿Y esto qué es?

—Descúbrela, dijo Julio sonriendo con fatuidad.

Nacho obedeció, y apareció á su vista un pomo grande conteniendo el feto de un niño.

—¡Cáscaras!

—Ya se casó la que dió á luz ese aborto.

—¡Hola, con que es casada!

—Sí.

Los jóvenes siguieron revisándolo todo y haciendo unos comentarios que suprimimos por respeto á nuestros lectores, lo mismo que la descripcion de otros objetos que allí habia y que no mencionaremos por no faltar al pudor.

—Estoy vestido, exclamó Julio, ya escribí la carta, la caja de las pistolas es esta. Vámonos y allá en la casa de Susana hablaremos y levantaremos el acta.

—¿Se va usted á batir, señor amo? preguntó Gerónimo que habia permanecido callado y observándolo todo.

—Sí: luego que pase media hora, le entregas esa carta á Nicolás, para que se la lleve á papá.

—Está bien, niño.

—Vámonos.

—Déjame ver tus libros, dijo Nacho.

—Otro dia los verás con calma, ahora estamos de prisa.

—Déjame, veré al ménos los títulos de los que hay sobre tu mesa-escritorio. Y Nacho comenzó á leer á media voz: *Diccionario filosófico*, Voltaire.—*El citador*, Pigault-Lebrun.—*Eloisa y Abelardo*.—*Nueva Heloisa*, Juan Jacobo.—*Amistades peligrosas*.—*Lucinda*.....

—Anda, anda pronto.

Nacho dejó de leer con sentimiento los títulos de las obras que lo habian hecho delirar por saber su argumento, y se propuso pedírselas á Julio prestadas en otra ocasion.

Los jóvenes, precedidos de Gerónimo que iba pensativo y cabizbajo, salieron del cuarto para ir á la casa de la querida de Julio.

Casi en el mismo momento en que Julio se vestia y hacia sus preparativos para ir á asesinar á Salvador, este llegaba en compañía de Ernesto á la calle del *Hospicio de San Nicolás*.

Salvador iba locuaz y comunicativo; Ernesto iba triste.

—Qué arrepentido estoy de haberte confiado este negocio! dijo Ernesto.

—¿Por qué?

—Porque eres casado, y si te sucediese una desgracia, tu buena esposa nos echaria en cara, y con justicia, nuestra conducta.

—No temas, Ernesto, la justicia está de nuestra parte, Dios ve lo sagrado de nuestra causa, y aunque el duelo está reprobado por las leyes divinas y humanas, en virtud de que no hay otro remedio, el Omnipotente sabrá lo que hace en obsequio nuestro.

El jorobado apretó con efusion la mano de su amigo, é imprimió despues un beso en ella.

—¿Qué es eso, Ernesto!

—Gratitud. Si mueres, te juro que yo me mato.

—No harás tal cosa, te recomiendo á Sofía.

Y á Salvador se le llenaron los ojos de lágrimas.

Los jóvenes habian entrado en la calle en que vivia Ernesto, y no volvieron á hablarse una sola palabra, pero los dos iban dominados por la influencia de un mismo sentimiento.

Subieron la escalera lentamente, y Ernesto llevó á su amigo al cuarto de su hermana: encerrólo con llave, y él se fué en busca de Emilia.

Cuando Salvador se vió solo al frente de una mesa y con útiles de escribir, se conmovió profundamente, y desde el fondo de su alma elevó una plegaria fervorosa á Dios para que lo sacase con bien de aquel lance.

Salvador no era cobarde: habia sido desgraciado, y por lo general, los que han sufrido no temen la muerte. Pero ahora era feliz, estaba unido á su único y primer amor, tenia quince dias de casado: quince dias, ¿lo entendeis bien, lectores? Estaba en el Eden, habia alcanzado en el mundo aque-

llo que es tan difícil de alcanzar: la felicidad. Sofía no tenía á nadie más sobre la tierra que á él: si moría, ¿qué sería de aquella jóven?.....

Salvador llegó á pensar que Sofía podría casarse con otro despues de algun tiempo: recordó con amargura todas las gracias de su esposa, y un sentimiento, mezcla de amor espiritual y de sensualismo, turbó su mente é hizo palpitar su corazón..... El jóven lloró, y por un momento pensó en evadirse, pero aquel pensamiento fué desechado en el acto; Salvador sintió que el rubor le quemaba las mejillas, y se dijo en tono de reproche severo:

—¡Valor! ¡que se cumpla mi destino!

Empuñó la pluma, y comenzó á trazar aquello que su corazón le dictaba.

Nosotros nos permitimos leer:

«Sofía:

«Quiera el cielo piadoso que la presente no llegue á tus manos, pues si llegara, será prueba de que he muerto.

«Por defender la honra de una muger hermana de un jóven tan apreciable como desgraciado, tuve que aceptar un duelo con un señor don Julio Urrutia; no habrían llegado las cosas á tal altura, si el infame á quien me refiero no me hubiese ofendido con dirigirme un ultraje en que iba mezclado tu nombre. Mi mano cayó sobre su rostro y la satisfacción por medio de las armas fué forzosa.

«No me hagas inculpaciones, ni me juzgues mal..... No quisiera decirte lo que siento..... estoy llorando..... no te cases con otro..... Mi alma te espera en otro lugar.

«Adios, hasta otra vista.

«SALVADOR.»

Esta carta incoherente, estaba llena de borrones por las lágrimas que sobre ella habían caído.

Salvador enjugó sus ojos, y llamó con la campana.

Ernesto entró en la pieza, diciéndole que Emilia le quería hablar.

—Que entre la señorita tu hermana.

Emilia, con un vestido oscuro, con los ojos llorosos y el pelo suelto, se presentó ante Salvador.

El jóven se inclinó ante ella de la manera mas respetuosa y llena de gracia que imaginarse pueda.

—Señorita, ¿cómo lo pasa usted?

—Mal, señor Pastrana, mal, y por causa de usted.

—¿Por mi causa?

—Sí: voy á explicarme. Usted bondadosamente se ofreció con mi hermano Ernesto á ingerirse en un asunto que solo molestias iba á originarle: agradecí como era debido acción tan generosa y desinteresada, pero nunca me imaginé que este negocio tomara las proporciones á que ha llegado, por desgracia mia; usted va á batirse, y.....

—¡Ernesto! dijo Salvador en tono de reconvencion.

—Me era forzoso referir á mi hermana lo que acontece.

—No me interrumpa usted, voy á concluir.

Si una desgracia, que no es remota, le aconteciera, sería para nosotros una pena cruel que jamás dejaría de martirizarnos: por lo tanto, me opongo formalmente á este duelo, quedando á mi cargo la vindicacion de usted.

Salvador se sonrió tristemente.

—¿No cree usted posible que yo arregle este asunto?

—No, señorita.

—Entonces, qué, ¿insiste usted en batirse?

—Es cosa que ya está aceptada.

—Y si una desgracia.....
 —Tendrá que llorarla mi esposa.
 —Y yo tambien, señor Pastrana, repuso Emilia con emocion.

—Así lo espero, señorita.

—Vamos, no se bata usted, es una locura.

—Lo comprendo, Emilia, pero al loco que no acepta esta monomanía, la sociedad lo apellida cobarde: la palabra es dura, ¿no es cierto?

—¿Pero y si lo mata á usted Julio?.....

—Qué le vamos á hacer, Emilia: Sofía y usted se encargarán de llorarme.

—Lo dice usted con una tranquilidad!

—Es indispensable que me bata, mi indiferencia nace de la justicia que me asiste.

Emilia se puso á llorar, apostrofándose por ser causa de aquel duelo.

—Tranquilícese usted, señorita, Dios me protegerá.

—No, no quiero que vaya usted á esa cita, y voy á impedirlo.

—¡Oh, Emilia! le ruego á usted que no lo intente, son las seis y media y deben estarnos esperando con ansiedad. Vámonos, Ernesto.

—¿Se va usted siempre?

—Es indispensable.

—Pues antes que usted se vaya, Salvador, quiero decirle, aunque me muera de vergüenza, que si no nos volvemos á ver, sepa usted que su muerte no solo herirá el corazón de su esposa, sino tambien el mio.

Desde que le ví á usted, sentí una viva simpatía que mas tarde se trocó en amor..... Adiviné sus nobles sentimientos,

palpitó mi corazón de amor, y si no fuesé usted casado y yo fuera digna de usted, seria mi mayor ventura pertenecerle... Soy una perdida, agregó Emilia llorando, en nada padecerá mi reputacion ante la sociedad, cuando esta sepa que le he descubierto mis sentimientos al hombre á quien amo. Adios, júzgueme usted como le plazca.

Y Emilia abandonó la estancia bruscamente.

Salvador habia inclinado la cabeza sobre el pecho y estaba aterrado con aquella revelacion. Hacia ya diez minutos que Emilia se habia ausentado, y el jóven no se movia de un lugar:

—Es tarde, dijo Ernesto.

—Vamos, repuso Salvador,

Y silenciosos y de prisa, tomaron la direccion de San Fernando, luego que estuvieron en la calle.



¡FATALIDAD!

La noche había llegado: hacía frío.

¡La noche! que encubre el rubor de los que se aman, precipitándolos dulcemente al uno en brazos del otro; que acalla dolores trayendo en pos de sí el sueño; que aviva remordimientos; que encubre con sus sombras crímenes misteriosos.

La campana del reloj, da con invariable lentitud las horas, produciendo siempre un ruido acompasado, pero no siempre llega el eco á nuestro tímpano de la misma manera.

El reloj de San Fernando dió las siete.

Dos jóvenes que caminaban con rapidez por la calle de San Hipólito, oyeron la hora estremeciéndose.

Cinco minutos despues llamaban á la puerta de la casa de Julio.

La puerta se abrió, y Salvador y Ernesto, pues eran ellos, entraron en la sala.

—Perdónenme ustedes, señores, si me he hecho esperar: la casa está retirada y.....

—Llega usted á tiempo, le interrumpió Nacho. Siéntense ustedes.

Salvador y Ernesto se sentaron: el primero estaba pálido y resuelto; el segundo, visiblemente agitado, limpiaba en silencio el frio sudor que bañaba su frente.

Julio se paseaba por el aposento: Perico se disponia á escribir el acta; Nacho estaba intranquilo.

—¿En qué términos se redacta este documento? preguntó Perico.

—Como guste el señor, contestó Julio, señalando al jóven Pastrana.

—Me es indiferente, repuso este.

—De la manera mas sencilla, agregó Nacho.

—Redáctala tú.

—No, tú.

—No.

—Cualquiera, pero pronto, dijo Julio: estoy impaciente.

Nacho comenzó á dictarle á Perico, que escribía con violencia, lo siguiente:

En la Ciudad de México, á los tantos dias del mes de Diciembre del año 18..... los que suscribimos, etc., (Aquí los nombres de los adversarios y padrinos), habiendo convenido en darnos mútua satisfaccion por medio de las armas de los ultrajes hechos y recibidos, y como hombres de honor, estamos conformes en combatir á muerte, á quince pasos de distancia, á pistola, etc., etc.

Concluida la acta, sacóse una copia de ella, y se firmó por todos, quedando en poder de cada padrino un documento de esta clase.

—¿Las armas de usted? dijo Nacho á Salvador.

—No tengo ningunas armas.

—¿Acepta usted el servirse de las de su adversario?

—Sí, señor.

—Gracias por la honra que usted me dispensa, dijo Julio.

—No hay por qué darlas.

—Pues vámonos, dijo Perico mirando su reloj; son las siete y media.

Los jóvenes, despues de mil cortesías, salieron de la casa.

Iban por delante Salvador, Nacho su padrino y Eraesto. A cierta distancia venian Perico y Julio.

—Soy de opinion, señor Pastrana, decia Nacho á su ahijado, que ustedes se hagan fuego apuntándose, porque si es al descubrir, se pierden muchos tiros.

—Arréglole usted como mejor lo juzgue conveniente, caballero, á mí me es igual.

Estas palabras fueron dichas con tal acento de tranquilidad, que Nacho admiró el valor del jóven Pastrana.

—Yo solo temo, agregó Salvador despues de un momento de silencio, que las detonaciones llamen la atencion del vecindario.

—No hay cuidado, la calle es sola, el guarda nocturno está comprado por mí y siempre tendremos lugar de huir los padrinos, y aquel de ustedes que quede con vida: ademas, estas pistolas producen una detonscion suave.

En aquel momento Perico decia á Julio:

—Buena puntería, Julio, vale que estás seguro de que tu adversario no te ha de matar.

—Pierde cuidado, tengo mucha calma en estos lances; si quise que las seguridades estuviesen de mi parte, es porque quiero vengar la bofetada que me dió ese insolente, y nunca por miedo: ademas, soy buen jugador, y le ayudo al azar.

—Bien hecho, ya comprendo tu objeto, castigar á ese jó-

ven y darle una lección á Emilia que creyó amedrentarte con echarte ese gallo.

—Justo.

—Señores, hemos llegado, dijo Nacho.

Adversarios y padrinos se reunieron, mientras Nacho abría una gran puerta cochera.

La calle estaba sola: la luz de la linternilla del guarda, como un punto brillante, era lo único que se apercibía en medio de aquella oscuridad.

—Pasen ustedes, dijo Nacho.

Todos entraron, quedándose Nacho al último para cerrar la puerta, pero el joven se había preocupado á tal grado al acercarse el momento de ir á cometer un crimen, que quitó la llave de la cerradura sin cuidarse de cerrar por dentro. Nadie lo notó tampoco.

Encendió Perico un carillo, y con él una linterna sorda que llevaba.

A la escasa luz que producía la linterna, los jóvenes pudieron ver el lugar á donde los había conducido Nacho.

Era un espacio cuadrangular, húmedo y oscuro: el techo era de teja.

Había cinco carruajes descompuestos, cubiertos de polvo y telarañas. La luz de la linterna le daba á aquel sitio un aspecto triste.

En el fondo de aquella carrocería abandonada, había una fragua destruida que conservaba aún *cisco* y ceniza.

Nacho y Perico reconocían el terreno.

—Es indispensable que retiremos uno ó dos coches para tener espacio.

—Al avío.

—Empújalo de las ruedas.

—Fuerte..... ya; no me lo echés encima.

—Vamos á esa fragua para cargar las pistolas.

Perico y Nacho se dirigieron á la fragua arruinada, y al ir á poner la linterna sobre ella, salió un gato asustándose, brincó sobre la linterna y la apagó.

Nacho sintió un terror inexplicable, y tuvo un presentimiento.

Perico volvió á encender la linterna, la colocó sobre la fragua y abrió la caja que contenía las pistolas.

Entre él y Nacho cargaron las armas, dejándolas sobre la caja. En seguida midieron quince pasos, colocaron á Salvador y á Julio en sus puestos y dándose la espalda: fueron por las pistolas, y armaron á sus ahijados.

Ernesto se había recargado en la pared, y rezaba en silencio, mirando aquel cuadro con profunda ansiedad.

—Las voces de mando serán cuatro y dadas por medio de palmadas, dijo Perico; á la una, se dan ustedes el frente, á las dos, preparan sus armas, á las tres se apuntan, á las cuatro se hacen fuego.

Retiráronse Nacho y Perico á la fragua después de haber colocado la linterna entre el espacio que separaba á ambos combatientes, procurando que la luz quedase en el centro.

Hubo un momento de silencio que interrumpió el canto de un grillo.

Perico dió una palmada.

Salvador y Julio, con una precisión militar, giraron sobre sus talones, quedando frente á frente.

Oyóse la segunda palmada, y los jóvenes amartillaron.

Al ruido que produjeron los gatillos al montarse, Ernesto cayó de rodillas y elevó al cielo los ojos, murmurando esta sola palabra con honda afición:

—¡Señor!!.....

Al mismo tiempo que Perico daba la primera palmada, un embozado, seguido de otro hombre, llegaba á la puerta de la carrocería.

—Aquí debe ser, si las señas que nos dió Gerónimo son exactas.

—Llamemos, dijo el otro.

—Espía primero.

Al recargarse uno de los dos hombres contra la puerta para espiar, esta se abrió.

—Está abierto.

En ese momento se oyó el ruido de las pistolas que se montaban.

—Déjame entrar, Nicolás, porque he oído un ruido extraño.

Gerardo, pues él era, como habrán comprendido nuestros lectores, entró precipitadamente en el momento en que Perico daba la tercer palmada.

Los jóvenes oyeron un ruido en el momento de apuntarse. Perico dió la última palmada.

Gerardo se había precipitado entre los combatientes exclamando con voz sofocada:

—¡Alto!..... ¡alto!.....

Sonaron dos tiros en ese instante: Gerardo cayó al suelo; Salvador retrocedió un paso, Julio se llevó la mano á la frente diciendo:

—¡Fatalidad!

—Dios es justo, murmuró Gerardo, hoy hace años que maté á Arturo, mis hijos me matan.

—¡Sus hijos! exclamó Perico.

—¡Mi hermano! ¡mi padre! dijo Salvador con asombro.

—Sí, Salvador, eres mi hijo: ven.....

—¡Es mi hermano! murmuró Julio.

Todos rodearon á Gerardo: estaba atravesado á la mitad del cuerpo y la sangre brotaba en abundancia de la herida.

Nicolás alumbraba aquella escena. El estupor, la congoja, la admiración, estaban pintadas en todos los semblantes.

Nadie se esperaba aquel desenlace. Dios acabó aquello según le plugo.

—Julio, exclamó Gerardo, Salvador es tu hermano; ya que Dios quiso que yo fuera el que debía de morir, abrácese en mi presencia.

Julio y Salvador se abrazaron: el primero estaba aterrado, el segundo muy conmovido.

—Vámonos de aquí, exclamó Nicolás, es indispensable que un médico reconozca al punto al herido.

—Yo voy por él, dijo Perico; y salió precipitadamente de aquel sitio.

Nacho fué por un coche. Entre tanto, Salvador y Julio se habían arrodillado, y tenían á su padre entre sus brazos. Ernesto veía aquella escena profundamente conmovido. Gerardo le decía á Salvador con débil voz:

—Perdóname, Salvador, por haberte abandonado: mis culpas son muy grandes, pero la hora de la expiación sonó ya. ¡Bendito seas, Dios mío, por haber permitido lo que está sucediendo: ya siento en el corazón el arrepentimiento más sincero..... lloro, sí, lloro de dolor y espero de tu misericordia divina el perdón.....

Gerardo se desmayó al acabar de decir la última palabra: se había desangrado mucho.

Nacho llegó con el coche, cargaron al herido hasta él, subiendo despues Salvador, Julio y Nicolás.

Ernesto se fué á avisarle á Sofia que Salyador estaba ocupado en un negocio urgente: Nacho se dirigió á la casa de San Fernando á avisarle á Susana lo ocurrido.



una gran multitud de personas se congregaron en el punto de la caída y un coche de

ambulancia se dirigió al punto de la caída para llevar al herido al hospital de San

Antonio. Los señores Gerardo y sus hijos se dirigieron á casa de San Fernando

para avisar á sus familiares lo ocurrido. Había transcurrido poco tiempo desde que Gerardo

había caído cuando se hallaba en el punto de la caída. ¡DIOS!

¡DIOS! ¡DIOS! ¡DIOS! ¡DIOS! ¡DIOS! ¡DIOS! ¡DIOS! ¡DIOS! ¡DIOS!

Ese Sér infinitamente bueno y sábio, sabe sacar un gran partido de las culpas por medio del dolor aceptado con toda espontaneidad y resignacion.

Gerardo, desde el momento en que fué herido por la mano de Julio la noche que era aniversario de la muerte de Arturo, creyó ver, y con justicia, el dedo de Dios puesto sobre su frente: desde aquel momento, el señor Urrutia solo pensó en arrepentirse sinceramente y morir como cristiano, reparando hasta donde le fuera posible los males que habia ocasionado.

Los médicos que lo reconocieron, opinaron unánimemente que el señor Urrutia debia arreglar sus asuntos, pues su gravedad era notoria.

Despues de cumplir con los deberes que impone la religion y que proporcionan tan gran consuelo al alma, como lo han confesado mil escritores excépticos, Gerardo hizo testamento: sus bienes los dejaba á Julio y á Salvador, mejorando á este último en todo aquello que la ley se lo permitia. Dejaba

una suma considerable para los pobres, y un dote para que Susana fuese puesta en un colegio de señoritas en clase educanda.

Nicolás, por orden de Gerardo, le escribió al padre de ella acompañándole el diario que había escrito de la vida del señor Urrutia.

Habían transcurrido doce días desde que Gerardo fue herido de muerte por su hijo. Nos hallamos por la última vez en la recámara del señor Urrutia; en aquella recámara en donde el joven había cometido tantos crímenes en época.

Era de noche: el día había estado nebuloso y metido agua, y al llegar la noche, un aire húmedo y glacial sopaba en la calle.

Esa misma tarde, un carruaje de que hablamos ya al principio de esta obra, caminaba para México.

Pero ¡ah! lectores, qué diferencia tan notable había la noche á que nos referimos comparada con otras en que Gerardo se entregó á toda clase de desórdenes en aquel mismo lugar.

La alcoba estaba alumbrada por una lámpara con velado. Gerardo, reclinado sobre unos almohadones, se hallaba en el lecho.

El cuerpo lo tenía vendado.

Julio y Salvador se encontraban sentados á la cabecera prodigándole consuelos á su padre que muy pronto iba á morir.

Eran las siete: Nicolás entraba á cada momento para ver qué se ofrecía.

El señor Urrutia tenía los ojos cerrados pero no estaba

dormido. Salvador, cuyos sentimientos delicados nos son conocidos, contemplaba á su padre con profundo pesar: Julio estaba mas bien perplejo y contrariado, que afligido; Julio pensaba que el patrimonio que juzgó siempre únicamente suyo, iba á dividirse.

—¿Qué hora es? preguntó el herido.

—Las siete, contestó Salvador.

—¿Está aquí Nicolás?

—No, señor.

—Julio, llama á Nicolás.

Julio agitó el cordón de la campanilla, presentándose un mozo á los pocos instantes.

—Llama á Nicolás.

El criado volvió á salir, y diez minutos después se presentaba Nicolás en la estancia.

—¿Me llamabas, Gerardo?

—Sí, ¿crees que llegue hoy mi padre?

—Estoy seguro: aunque sea de noche, entrará á la capital.

—Deseo verlo y morir luego: solo su perdón aguardo, y Dios, que se ha servido ser tan bondadoso conmigo, me concederá esta última gracia.

—Así lo espero.

—No olvides mis encargos, Nicolás.

—Descuida, ya sabes lo mucho que te he querido, Gerardo.

—A tí, Julio, te recomiendo que no sigas mis huellas: ya ves á dónde conducen los crímenes; prométeme que te enmendarás y que serás un hombre honrado como Salvador, tu hermano: cástate con esa joven Emilia apenas pasen los nueve días. Quiero bajar al sepulcro seguro de que mi san-

gre te sirve de regeneracion, así como Dios por su misericordia me ha regenerado á la orilla de la tumba y me ha concedido morir cual no lo merecia.

A tí, Salvador, nada tengo que encargarte: no has vivido á mi lado, y por lo tanto no participaste del contagio. Mi abandono te fué provechoso, Dios se encargó de ser tu padre, no perdiste, á fé, en el trueque; en la escuela de la adversidad y en la gran fragua de los dolores, se formó tu corazon; sé feliz, hijo mio, recoge los ópimos frutos de tu buena conducta: sé venturoso al lado de tu Sofia.... Quiera el cielo darte una felicidad continuada: educa á tus hijos bajo sólidos principios, enséñalos á amar la virtud y á odiar el vicio, y sobre todo, inspírales un provechoso horror por el ¡JUEGO!..... Tambien enséñales á respetar la virginidad de la muger: son mis grandes faltas que me orillaron á cometer otras muchas: ¡LA AVARICIA Y LA INCONTINENCIA!

Gerardo hablaba inspirado por Dios y á la orilla del sepulcro; Salvador derramaba en silencio abundantes lágrimas: Julio estaba confundido, tenia miedo, y allá en su interior intió remordimientos y ofreció casarse con Emilia y cambiar de vida.

En aquel instante, las campanas de todas las iglesias daban el *toque de ánimas*. Gerardo se estremeció y dijo:

—Mañana acaso rezarán por mí..... Nunca maldigan ninguno de los dos mi memoria..... Salvador, repíteme hasta que muera que me perdonas: Julio, perdóname tambien tú.

Nicolás se salió precipitadamente de la recámara para ocultar su emocion que era profunda.

Media hora despues, se oyó el ruido de un coche que entraba al patio de la casa.

A los pocos instantes se presentaron en la estancia, pre-

cedidos de Nicolas, un anciano encorvado por los años, y una muger de edad madura. El anciano miró á los dos jóvenes que se habian puesto en pié, y se dirigió al lecho sollozando.

—¡Gerardo! exclamó.

—¡Padre, padre mio, perdona!

El anciano don Pedro y Gerardo estaban estrechamente abrazados y llorando. Los circunstantes sollozaban tambien.

—Vamos, háblale á Camila, tu tia; aquí está.

—Tia.....

—Gerardo, en qué estado te vuelvo á ver!

—Tia, era justo este fin, y Dios aun se muestra conmigo bondadoso, puesto que me concede morir rodeado de mi familia.

Gerardo dió á conocer á Salvador y á Julio con su abuelo, todos hablaban esperando un milagro de la Providencia, cuando el herido, excitado por tantas emociones, empezó á delirar por la fuerza de la calentura.

—Julia, decia Gerardo delirando, Julia..... yo te amo: Rosario, Rosario, está muerto..... allí en la azotehuela..... Me llama, ya nos vamos á reunir..... ¡Qué pálido está Arturo!

Reinó un momento de silencio, y Gerardo continuó:

—Sálvame, Nicolás. Sálvame, me persiguen..... ¡El cólera! ¡La Profesa, ejercicios! á la sota, voy á la sota veinte onzas: marque usted bien las cartas para que ganemos..... ¡ahl.....

Gerardo dió un grito; Don Pedro, Camila, Salvador, Julio y Nicolás se acercaron al lecho, alumbrándole la cara al moribundo.

Un sudor helado bañaba su frente: la muerte estaba pintada en su semblante.

—Recemos, hijos míos, dijo el anciano poniendo en manos de Gerardo un Crucifijo que estaba pendiente de un clavo arriba de la cabecera.

Todos cayeron de rodillas, comenzando á rezar entre sollozos.

Gerardo seguía delirando:

—¡Constanza! allí está, allí está en un nicho, me llama; no quiero ir, no, no.....

Hubo otra pausa.

—¡Se la llevan, se la llevan!..... es mi querida, aunque sea monja, sí, sí.

Pasados algunos momentos, Gerardo siguió diciendo:

—¡Qué chasco, ya parece que lo veo! ¿con que así hubiste á Susana? ¡jál jál jál!..... Ya es querida de Julio, eso es, eso es, el padre y el hijo con la madre y la hija.....

—¡Ay, ay! me has herido, Julio, al ir á asesinar á tu hermano Salvador; es tu hermano, es el hijo de la muerta que está allí en el nicho..... Don Nemesio..... ¡pobre padre! Mi padre, mi tía, Salvador, Julio, Nicolás.....

El moribundo dió un gran suspiro y dijo:

—¡Dios!

Después de pronunciar esta última palabra, Gerardo espiró.

Los circustantes prorumpieron en gritos lastimeros.

¡Gerardo estaba ante la presencia de Dios!

EPILOGO.

Ocho años después de la muerte de Gerardo, Salvador se recibió de médico: él y Sofía, tienen un niño y una niña que forman el complemento de su felicidad.

Emilia se ha casado con un hábil artista que supo estimar las prendas morales de la jóven. Doña Angustias, vive con su hijo que está para concluir sus estudios de abogado.

Don Anastasio de Hinojosa había muerto.

Rosario tiene una casa de tolerancia, en donde está Susana su hija.....

Julia murió en el convento un año después de la muerte del señor Urrutia, en un estado de idiotismo completo: al parecer, murió sin muchos sufrimientos.

Don Pedro, Camila su hermana y Nicolás, se fueron para Orizava, á donde acabaron tranquilamente los pocos días que les quedaban de vida.

Julio vive también, lectores: es un jóven elegante, rico, á quien le hablan todos los días muchas pollitas y le aprecian

—Recemos, hijos míos, dijo el anciano poniendo en manos de Gerardo un Crucifijo que estaba pendiente de un clavo arriba de la cabecera.

Todos cayeron de rodillas, comenzando á rezar entre sollozos.

Gerardo seguía delirando:

—¡Constanza! allí está, allí está en un nicho, me llama; no quiero ir, no, no.....

Hubo otra pausa.

—¡Se la llevan, se la llevan!..... es mi querida, aunque sea monja, sí, sí.

Pasados algunos momentos, Gerardo siguió diciendo:

—¡Qué chasco, ya parece que lo veo! ¿con que así hubiste á Susana? ¡jál jál jál!..... Ya es querida de Julio, eso es, eso es, el padre y el hijo con la madre y la hija.....

—¡Ay, ay! me has herido, Julio, al ir á asesinar á tu hermano Salvador; es tu hermano, es el hijo de la muerta que está allí en el nicho..... Don Nemesio..... ¡pobre padre! Mi padre, mi tía, Salvador, Julio, Nicolás.....

El moribundo dió un gran suspiro y dijo:

—¡Dios!

Después de pronunciar esta última palabra, Gerardo espiró.

Los circunstantes prorumpieron en gritos lastimeros.

¡Gerardo estaba ante la presencia de Dios!

EPILOGO.

Ocho años después de la muerte de Gerardo, Salvador se recibió de médico: él y Sofía, tienen un niño y una niña que forman el complemento de su felicidad.

Emilia se ha casado con un hábil artista que supo estimar las prendas morales de la jóven. Doña Angustias, vive con su hijo que está para concluir sus estudios de abogado.

Don Anastasio de Hinojosa había muerto.

Rosario tiene una casa de tolerancia, en donde está Susana su hija.....

Julia murió en el convento un año después de la muerte del señor Urrutia, en un estado de idiotismo completo: al parecer, murió sin muchos sufrimientos.

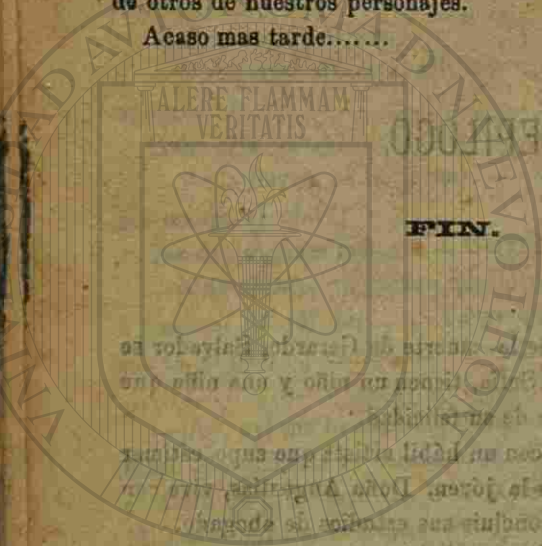
Don Pedro, Camila su hermana y Nicolás, se fueron para Orizava, á donde acabaron tranquilamente los pocos días que les quedaban de vida.

Julio vive también, lectores: es un jóven elegante, rico, á quien le hablan todos los días muchas pollitas y le aprecian

por su dinero. Julio juega mucho, se embriaga y enamora: es un hombre de mundo, habla frances con perfeccion, pero en cambio no habla el español.

Quizá algun dia podamos escribir la historia de Julio y de otros de nuestros personajes.

Acaso mas tarde.....



Detalle de la descripción de la novela de Gerardo. El texto describe la trama y los personajes de la obra, mencionando a Gerardo y su relación con otros personajes.

Detalle de la descripción de la novela de Gerardo. El texto describe la trama y los personajes de la obra, mencionando a Gerardo y su relación con otros personajes.

El padre y la hija 28
Gerardo 28
La novela de Gerardo 28
Conclusión 28
La casa misteriosa 28
Un novio oficial 15
Dos incógnitos 11
La legada 5

INDICE.

Prólogo 5

INTRODUCCION.

LA LEGADA.

Dos incógnitos 11

PRIMERA PARTE.

GERARDO.

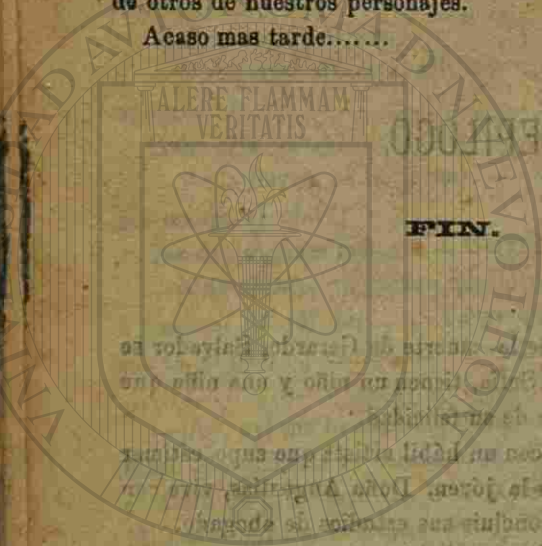
Un novio oficial 15

La casa misteriosa 28

por su dinero. Julio juega mucho, se embriaga y enamora: es un hombre de mundo, habla frances con perfeccion, pero en cambio no habla el español.

Quizá algun dia podamos escribir la historia de Julio y de otros de nuestros personajes.

Acaso mas tarde.....



Detalle de la descripción de la novela de Gerardo. El texto describe la vida de Gerardo, un hombre de mundo que juega mucho, se embriaga y enamora. Se menciona que él habla francés con perfección pero no habla español. El texto continúa hablando de la posibilidad de escribir la historia de Julio y otros personajes en el futuro.



Don Felipe, Gerardo se embriaga y enamora. El texto describe la vida de Gerardo, un hombre de mundo que juega mucho, se embriaga y enamora. Se menciona que él habla francés con perfección pero no habla español. El texto continúa hablando de la posibilidad de escribir la historia de Julio y otros personajes en el futuro.

El padre y la hija
 Gerardo
 La novela de Gerardo
 Continúa
 La novela de Gerardo
 Nicolás es Gerardo
 El padre y la hija
 El padre y la hija

INDICE.

Prólogo 5

INTRODUCCION.

LA LEGADA.
 Dos incógnitos..... 11

PRIMERA PARTE.

GERARDO.
 Un novio oficial..... 15
 La casa misteriosa..... 28

El padre y la hija.....	
Rosario.....	
Una tertulia de. confianza	
Constanza.....	
La sota de bastos.....	
Nicolás se trasforma.....	
Una noche sin nombre.....	
El panteon de Santa María.....	

SEGUNDA PARTE.

JULIA.

Una profesion.....	
El tentador.....	1
La tentacion.....	1
De lo que es capaz una mujer cuando ama.....	1
Al despertar.....	1
El abuelo y el nieto.....	1
Recuerdos.....	1
Un cielo con nubes.....	1
El baile.....	1
La denuncia.....	1
El arresto.....	1
Para siempre.....	1

TERCERA PARTE.

SALVADOR Y JULIO.

Derrumbamiento.....	175
La carta.....	181
Un enamorado y su amada.....	187
De tal palo.....	195
El padre y el hijo.....	203
El Domingo.....	209
La cita.....	215
Historia de Emilia.....	221
Historia de Emilia.....	226
Una madrastra.....	238

Corona

241

La caída del Sol

249

La provocación

255

*Cuarta y última parte**Espiciación*

263

Un fantasma

271

Rosario y Gemelos

275

Preparativos

289

Fatalidad!

297

¡Dios!

303

Epilogo y m. R.

Preparativos.....	281
¡Fatalidad!.....	289
¡Dios.....!	297

Epilogo.....	303
--------------	-----



33565

N
M8289

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



REVISTA



CUBA

COMUNIDAD AUTÓNOMA DE
COMISIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

INTE